MATINGA

Joaquín Mbomío Bacheng

Editorial Mey

Joaquin Mbomio Bacheng nació en Niefang, creció en Rio Benito Mbini , estudió periodismo en Francia y sociologia del desarrollo en Suiza.

Es de familia y educación católica y forma parte de la generación de guineanos que se han puesto la tarea intelectual de forjar en la literatura los valores culturales que definen la identidad guineoecuatoriana.

1ª Edición Octubre 2013
Impreso en Barcelona www.solgraf.cat

Portada Katharina Wagne (wieu)
ISBN 978-84-616-6395-8

Editorial Mey
Milà i Fontanals, 60-68, 1º 2ª
08012 Barcelona
remeisipi@gmail.com

MATINGA,
Sangre en la Selva

Jo
Ni
es
so

Es
for
gu
tar
lite
d
gu

"A mi madre Joaquina Becheng Bikie, a mi padre Joaquin Ondo Mbomio y a mi hermano Cayetano Ondo Mbomio porque me criaron en las orillas del rio Mbini"

Joaquín Mbomío Bacheng viene de Guinea Ecuatorial, reside actualmente en Francia, cerca de Ginebra, y está en casa de todo el mundo – incluso en Viena, Austria, donde lo conocí hace un par de años y donde presentó una ponencia sobre la literatura guineoecuatoriana en la Universidad.

Me impresionó mucho el hecho de aprender la historia de un país poco conocido y a la vez, la de escritores africanos de expresión española. Joaquín me motivó a leer los libros de Leoncio Evita –probablemente el primer escritor guineano en español– , de Donato Ndongo entre otros y –por supuesto– las primeras dos novelas de él mismo: „El párroco de Niéfang" y „Huellas bajo tierra".

Su literatura es tanto africana como universal, tanto guineana como española. Yo, como profesor de español y de culturas hispanas, tenía que ampliar los contenidos del currículum que imparto en las aulas de la Universidad de Viena,razón por la que „pongo en valor"el aporte cultural de ésta literatura.
Es el descubrimiento de la gran riqueza de la literatura guineana, que me impulsa a organizar ponencias y presentaciones de escritores guineoecuatorianos.
Actualmente estamos organizando la tercera semana de literatura guineana en la facultad de Filología Hispánica de la Universidad de Viena, en concreto para la primavera de 2014. Estoy muy orgulloso de poder presentar una literatura viva que despierta la curiosidad y el interés de los participantes.

Joaquín Mbomío es el representante principal en estas jornadas africanas celebradas en el corazón de Europa y éste libro que estamos leyendo, la prueba de que se trata de una literatura actual y viva, animada y

emocionante, que nos ayuda a aprender mucho de la realidad guineana y de la realidad personal de un guineoecuatoriano en Europa.

A través de la lengua española –lengua colonial con varias connotaciones– este autor e intelecual excepcional, nos abre todo un universo africano y nos muestra una cultura con la intención que no sea ignorada, ni desconocida.

Max Doppelbauer

Jo
Ni
es
so

Es
fo
gu
ta
lit
d
gu

Nació donde mueren las olas, en una angosta playa guineana del universo tropical, donde termina el océano y empieza la selva. Entre tierra y mar. El dia en que ella vió la luz de la vida por vez primera, hubo sol en el mar y lluvia en el bosque, como el nacimiento de un elefante en la cadena montañosa de los Ocho Vientres, cerca de Niefang. Cuando su cuerpo, todavía frágil, cayó del cielo se posó sin ruido sobre la arenosa alfombra del litoral riomunense, en las inmediaciones de la desembocadura del Woro, en Mbini, en río Benito, más concretamente en Bolondo.

Su gran hermano fué un cocotero gemelo que sembraron a sus pies el día en que ella brotó de las entrañas de su madre corisqueña. El cocotero creció a su lado y ella vivió junto al cocotero. Muy pronto empezó a andar el tiempo ; entre días de sol ardiente y noches de luna estrellada, el vegetal playero estiró su tronco y puso su penacho entre las nubes, levantándose sobre la mar immensa. Ella tuvo como techo su sombra. Aprendió a nadar entre las largas raíces del largo cocotero que se internaban hacia la mar profunda. Fué sobre la arena fina de las playas de Bolondo donde inició con ensalmo sus primeros pasos de bohemia emigrante. Jugaba al milagro con el agua de la marea, con mucho más acierto que San Agustín con las ecuaciones arenosas de la creación de Dios. Mil veces al dia dibujaba la mar vacía y mil veces la llenaba en los charcos de las marismas, donde se escondían cangrejos de mar y otros anfibios de tierra que, no sin gracia, desaparecían entre sus golosas manos por la mañana para luego reaparecer en la salsa de su comida por la tarde. Así pasó media infancia en un internado de encanto, en Bolondo, al borde de la senda de la playa, protegida por la sombra de la selva.

Cuando tuvo uso de razón y cuerpo de mujer, entre ritos y mitos, su nombre saltó al viento y fué flotando sobre las olas del mar, como una leyenda de la tradición riomunense. De ésta manera debutó su vida itinerante con paso de mujer y estela de sirena en la interminable playa. De tiempo en tiempo y de cuando en cuando, su llegada a los poblados se anunciaba con cantos de Ivangha que se oían de costa a costa, llevados por la brisa marina, desde Punta Mbonda hasta Punta Cuche y desde Punta Ngabe hasta Punta Negra

Más tarde, cuando salía de viaje, cuando bajaba a Corisco o cuando subía a Punta Mbonda, provocaba, casi siempre, un gran chaparrón en los bosques de Bolondo. Con el desorden que se creaba, se alejaba sin oir la sorda y muda protesta del alto végétal que se quedaba sólo y se quejaba, agitando violentamente sus ramas al aire y dejando caer sus frutos secos con furia marina. Durante la borrasca en el vecino bosque, una vieja ceiba que había visto nacer a los dos gemelos, el animal y el vegetal, también ponía sus púas en punta, inclinando sus hojas como señal de descontento y signo solidario con el cocotero triste.

Entonces, la tristeza de la selva nublaba el cielo dorado de Bolondo, provocando apagones y gemidos de la estrella solar cuyos rayos dejaban de dar brillo y esplendor a aquellos parajes de inmutable embeleso. Lo mismo ocurría con las bandadas de pájaros que construían incesantemente interminables nidos señoriales en el kilométrico tronco del cocotero largo que, anulando sus vuelos, también guardaban un silencio sepulcral, respetando el sábado, hasta el regreso de la dueña de la selva, hermana pródiga de aquel hogar silvestre.

Cuando la espera se hacía larga hasta el infinito, la mar inmensa, buscando a su sirena, junto a la tierra

en luto, también levantaba olas de congoja que derramaban sobre la arena fina de la playa de Bolondo grandes y espumosas gotas de lágrimas salidas del fondo marino. Finalmente, cuando llegaba la ninfa, lozana y sonriente como una flor de mayo, dejando a su paso una estela primaveral, el bosque de Bolondo resucitaba y renacía. Terminada la cuaresma, el disco solar reiniciaba su gira en torno a la tierra y, puntual, venía de nuevo a saludar a la selva de Mbini todas las mañanas al amanecer, con el cantar de los pájaros y su ensordecedor picoreo en el largo cocotero. Satisfecho, el hospitalario árbol de la costa también meneaba su penacho a golpes de viento.

De esa manera, la ninfa de la selva que vivía en la playa, pasaba los días de su existencia conviviendo con su universo como pieza clave del equilibrio biocósmico de su entorno circundante. Era como un compromiso ancestral, un diseño existencial, que implicaba profundamente a los elementos naturales de aquel círculo con los espíritus del mundo tradicional que, con desgarrado fervor, seguían protegiendo la quintaesencia del misterio que englobaba el pasado universo africano. Por eso, ella llevaba impreso en su ser, un complejo formato biogenético que abarcaba las características de las tres categorías esenciales y visibles de la esfera terrestre tanto la animal, como la vegetal y la mineral.

Era ésta la plasmación de su destino natural. Muy pronto, su existencia alcanzó la plenitud de su vida, penetrándolo todo con su dilatada sensibilidad y agudo espíritu sensorial. Dominando con su influjo el largo espacio del litoral riomunense desde Río Campo hasta Río Muni ; derramando y esparciendo su ensalmo durante sus largas expediciones y caminatas

a lo largo de la costa junto a la mar inmensa. Matinga, es el nombre que le dió su madre al nacer, se había iniciado en la triple obediencia y la estricta observación de las reglas y ritos más relevantes de las tierras de Mbini. Fue iniciada en el rito del bueti, como miembro emérito de este sesgo del sincretismo religioso, en el mismo lugar donde nacía el río Ndote. Se inspiró del soplo del mibili donde brotan las aguas saludables del Jandje, y le impusieron el genio del Odomle entre las profundas raices de un okume solitario, donde toma sus aguas el río Mikomo. Conocía perfectamente todos los actos y ritos de esas litúrgias que marcaban la pauta de su existencia playera ndowe; hija de la tierra y del mar.

De la misma manera guardaba en su memoria, como un fichero bibliotecario, la lista completa de todos los ríos sagrados de la costa africana. Su madre, una benga de Ibenga de la isla de Corisco, se lo habìa enseñado. De niña, la había llevado a Utonde, río mítico donde fluyen interminablemente las aguas que ungieron la cabeza del primer rey Ndowe. Alli, según la leyenda, el Rey Boncoro cerró como por encanto la desembocadura al mar para fertilizar las praderas del Utonde, acabando de esta manera con la gran sequía que había asolado sus tierras. Allí, por primera vez, se oyó el grito del Mekuyo que penetró en la oscura noche y arrancó el alba. Allí, dicen, brotó el canto del Ivangha cuando, entre rayos y truenos, una viuda one recogió la cesta de pescado que le envió su marido, marino muerto en alta mar. Allí, por fin, llegaban los espíritus ancestrales de Upango, al caer la noche, con el soplo de la brisa,para recoger ofrendas y dones de los mortales ribereños.

Cuando Matinga alcanzaba las orillas del mítico río batense, se mojaba los cabellos y se lavaba la cara; cogía una barca y se dejaba llevar rìo adentro hasta el centro mismo del espacio fluvial. En medio del rio, entre dos vados, la ninfa de Bolondo inmovilizaba su cayuco y, absorta en sus pensamientos, se quedaba quieta y muda como una estatua de roca hecha de ébano. Desnuda en medio del rio, erguida en su barca, su piel negra sin pliegues abandonada al aire libre se ofrecía vulnerable y sin pudor a las mil caricias de los rayos solares que derramaba el intenso cielo azulado. Era como un halo protector que rodeaba todo su cuerpo penetrándola suavemente, se quedaba como embobada, alucinada, al tiempo que una intensa sensación la atravesaba de arriba abajo como una corriente eléctrica desde la cabeza hasta los pies. Una ola de pasión encendía sus ojos y su mirada ardiente se perdía en la contemplación íntima de los mil añicos del espejo fluvial, que con asombrosa nitidez reflejaban lo más profundo de su ser, sin fallar línea ni menguar detalle, calando en lo más hondo de su cuerpo.

Era en los momentos solemnes del día, cuando el astro tropical que inundaba el cielo ecuatorial entraba en diálogo con la selva africana, anunciando urbi et orbi la inmensa felicidad compartida con aquella criatura, frágil y desnuda, que flotaba inefablemente sobre las cristalinas aguas de los dioses de Utonde. Del fondo fluvial, de tiempo en tiempo al soplar el viento, se dejaba escapar un largo y prolongado murmullo, como el canto de las mil esclavas de la sirena de Utonde, producido por el ruido de las aguas del río que liberaban su energía con estrépito al alojarse en la mar, al caer la noche.

Cuando rompía el alba y el dia se levantaba, ella se despertaba y salía de su éxtasis profundo saltando

del cayuco. Ya en la orilla, pisando la arena, emprendía el camino de regreso a Bolondo siguiendo la senda de la playa junto a la selva. Entre la tierra y el mar. Este era el camino de su vida, una estela entre la arena vertida por sus ancestros hacía varios lustros. Matinga no iba a clase, nunca frecuentó la escuela, aquello no era su mundo. Hija de la selva y planta silvestre, ella se dedicaba ante todo a "sus labores", como decimos en Guinea. La flora era su colegio. Matinga era africana, de esa Africa profunda, virgen y pura, violada e ignorada que había brotado como una flor inocente hacía millones de años y que veía al pasar el tiempo, siglo tras siglo, año tras año, de pueblo en pueblo y de tribu en tribu, cómo sus pétalos, todavía húmedos, se marchitaban al paso del cruento sol del norte, con las mil invasiones de ordas bárbaras, moras y blancas. Estas que con furor y frialdad asesina le habían llevado la savia tierna de su cuerpo santo con interminables expediciones allende los mares, cuando no socavaban sus ricas raices en aras de una inigualada empresa colonial. Esta era Matinga; joven y vieja, pasado y futuro, libre y esclava, gozosa y pasionaria. Todo un mundo, una historia, la historia de una niña que vivía con candor las noches templadas de su existencia al borde del océano. Vivía allí, ella, en el precipicio del universo, en la frontera del mundo. Desde donde partieron millones de ancestros suyos para nunca más volver. Mirar la mar inmensa todos los días era para ella como llorar y recordar día a día, a aquella gente cautiva que el tiempo se llevó. Matinga nació así; en medio de la historia, a mitad de
tiempo, entre dos dramas, en el entrecruce de dos mundos: el mundo colonial que se iba y el mundo modernista postcolonial que llegaba. Nunca perteneció a ninguno de los dos, su cordon umbilical seguía ligado al pasado ancestral de la extirpe playera. Su madre

vivía en Corisco y ella en Bolondo, donde murió su padre al que nunca conoció.

Cuando tuvo catorce años, su cuerpo de ébano traspasó el umbral de la pubertad. Regó la tierra hembra con la savia de su seno germinador, su espíritu se deslizó en el pasado en busca de su pueblo para repoblarlo de nuevo de cara al futuro. Fue todo un evento, con gritos de mekuyo, cantos de ivangha y ritos de bueti. El mundo tembló y todo el pueblo del litoral riomunense se levantó, desde Kogo hasta Mbini y desde Bata hasta Campo.

La primera vez que se sintió mujer, tres días de intenso dolor y tres noches de incesante gorgoteo. Ella cayó en trance. Entró en su cuerpo el mibili de la madre tortuga. El espíritu que habitó desde entonces a la ninfa de Bolondo se comportaba como una tortuga de mar preñada. En el primer día de su ciclo mestrual ella se fué a la orilla y con toda naturalidad abrió un hueco en la arena y se quedó medio enterrada, como una tortuga esperando el parto junto al mar. Advertidas por el curandero del pueblo, las mujeres de Bolondo acudieron todas al lugar donde la joven en trance celebraba su mestruación. Pasaron tres días y tres noches junto a la mujer que sangraba, enterrada en la arena, animándola a fertilizar la tierra de sus ancestros. Una vieja del poblado se había instalado a su lado, era la que solía asistir a las mujeres del poblado durante partos. La partera había traido de su choza una gran calabaza que servía de recipiente para conservar ungüentos y otros fármacos de la medicina tradicional. Aquella vez la calabaza de la anciana estaba enormemente vacia. La experimentada mujer se la puso entre sus muslos, donde el viejo recipiente empezó a absorber todo el liquido rojo que salía de sus

entrañas, mientras que el coro de las mujeres del poblado entonaban cantos de alabanza a los espíritus de la tierra y lanzaban gritos de bienvenida al mibili de la madre tortuga que desde los ancestros les había traído el líquido de la vida para la procreación de la étnia, diezmada ésta por siglos de esclavitud y años de colonialismo. Al final de la esotérica sesión, cada mujer del poblado que había asistido al ciclo de la joven se llevaba unas gotas de sangre, como dádiva de los espríritus, para ungirlas a su vez en las partes genitales en la intimidad de la noche. De esta manera, en los meses siguientes, muchas mujeres de Bolondo que hasta entonces habían sido consideradas por sus maridos como estériles se quedaron embarazadas. La arena manchada de sangre en la fosa donde ella había mestruado fue recuperada por el curandero, quien lo distribuyó religiosamente a sus feligreses, hombres del poblado, pescadores y cazadores, que vieron multiplicar después sus presas y capturas.

Desde aquel día la voz corrió por todo el litoral. Cada poblado de la costa reclamaba su ritual mestrual; cada mujer quería ungir en su sexo las gotas de sangre milagrosa de la joven de Bolondo, cada jefe playero reclamaba la generosa dádiva de la ninfa de la sangre de arena. Adulada y reclamada, Matinga se vió obligada a pasar sus ciclos mensuales cada vez en un pueblo diferente para satisfacer a sus moradores. Al tiempo que se propagaba la fama de su encanto y el hechizo de su embrujo. Su vida se convirtió en una eterna peregrinación; una trotamundos que viajaba de pueblo en pueblo y de costa en costa. Fue a Malacha, vió Punta Negra, llegó a Cabo San Juan, pasó por Cuma, atravesó Biapa, durmió en Llende, saboreó las ricas piñas de Etembue, comió un buen djomba en Yubu, fue de pesca en Biadibe, ayudó a tirar redes en Tica, se paseó por las playas de Buabe, visitó Punta

Cuche, dialogó con el espíritu de las nubes en Mbonda, rodeó el islote de Pongüe, bebió las aguas de Ilende, llegó hasta Yengüe y se enfrentó con el viento violento de la bahía de Campo. Ya no había pueblo del litoral, ni playa riomunense que desconociera a la ninfa de la sangre de arena. Todo se transformaba al caer la noche cuando llegaban sus reglas. En el pueblo de turno, la playa elegida era inmediatamente habilitada por las mujeres de la vecindad quienes acudían con gritos y cantos para velar a la hembra semienterrada en la arena chorreando sangre. Al final del ritual,pasados tres días y tres noches, cada participante llevaba en su seno la dádiva sagrada de la sirena de Bolondo. A la mañana del cuarto día, cuando el mibili de la mestruación liberaba su cuerpo, ella recuperaba su juvenil y lozana apariencia. Regresaba a Bolondo a vivir y a esperar un nuevo ciclo. Cuando llegaban otra vez las reglas todo volvía a cambiar de nuevo. Con terrible naturalidad y minuciosa precisión. En harmonía sincrónica con los elementos naturales de su entorno. Nunca llovía en sus días de regla; el sol se helaba y la luna se derretía cuando Matinga chorreaba sangre. La mar tragaba las olas y guardaba su calma, dejando escuchar el dolor de la ninfa que llegaba de la orilla como un grito apagado. Por las noches salían las estrellas brillantes mezclándose, a veces, entre las antorchas del pueblo iluminado.

En aquel concierto harmonioso del universo reconciliado, cada participante ejecutaba fielmente su cometido como si todo y todos hubieran sido movidos por una sola voluntad, obedeciendo y siguiendo al pie de la letra la pauta trazada por una mano mágica. Dotada de una inteligencia luminosa que se manifestaba en aquellos momentos solemnes de su ciclo mensual, a Matinga todo le parecía como una película rodada de su vida proyectada en la pantalla

interminable del tiempo: su cuerpo desnudo semienterrado en medio de la playa, la calabaza de barro de la vieja entre sus muslos, las extrañas caricias sensuales que recorrían todo su cuerpo como mil latigazos de los espíritus de la tierra calentados por el deseo de un amor imposible, las mujeres que cantaban hasta romper el alba. En aquellos momentos de dicha tormentosa, su cuerpo cubierto por un manto arenoso, copulando con la tierra, su existencia alcanzaba la plenitud de su vida llegando a poseer la misma visión ancestral del totem que reinaba en su sexo y poseía su cuerpo. Durante la sesión ella llamaba por sus nombres a todas aquellas desconocidas que celebraban su psicosomática transformación. Preguntaba por sus maridos y sus hijos. A veces consolaba a una viuda, otras vaticinaba un rápido y pronto restablecimiento de una larga e incurable enfermedad. Su estado clarividente la llevaba también a dar frecuentemente buenas nuevas a las mozas del poblado: a una anunciaba su futuro embarazo tras un fracaso matrimonial por esterilidad, a otra, que buscaba novio, le comunicaba su próximo enlace matrimonial.

Durante su trance Matinga alegraba al poblado al tiempo que engendraba con su germen una nueva generación de mujeres y hombres para el pueblo playero que avanzaba hacia su futuro existencial. Durante el trance el genio de Matinga lo veía todo y todo lo transmitía puntualmente a las mujeres que le asistían. Cada anuncio de la mujer enterrada en la arena, era saludado con varios cantos de mibili para agradecer a los espíritus que inspiraban a la jóven que sangraba desnuda en el foso de arena. A los hombres les estaba absolutamente prohibido asistir al rito mientras ella permanecía en el foso sangrando. Los hombres llegaban en la mañana del cuarto día una vez

terminada la liturgia mestrual, para la repartición de los restos arenosos de la sangre de la jóven.

Un día, un mozo de Etembue, llevado por su curiosidad, pasó toda la noche escondido en su cayuco contemplando el baile esotérico de las mujeres en la playa. Se le encontró muerto, a miles de millas, en Bicombé, en una playa camerunesa, cerca de Kribi, en el vecino país del norte. Se dijo que el desgraciado fue descuartizado por un tiburón con cara humana, cuando el finado se hizo a la mar para la pesca de la mañana siguiente. Otra mujer, traicionera, llevada también por la impetuosa curiosidad de conocer el secreto de la sangre de la mujer de la arena, se quedó ciega el resto de sus días. En lugar de ungir en su intimidad el líquido rojo como se recomendaba, la desgraciada la metió en una vasija y la llevó a un curandero-adivino de Comandachina, en Bata. Cuando el brujo abrió la vasija no vió nada, pero al desgraciado le dió un brote de hemorragia interna. El hombre empezó a sangrar abundantemente, por la boca y por la nariz, muriendo en el acto, ante los desorbitados ojos de su cliente que quedó ciega el resto de su vida al contemplar lo ocurrido.

A veces también, en pleno trance durante la sesión, su mibili la separaba de su cuerpo, entonces ella se veía de lejos, veía su cuerpo metido en el hoyo, en la playa inmensa, al borde del océano, junto al precipicio, en la frontera del mundo, entre la vida y la muerte. En aquel momento bastaba un movimiento brusco, un solo gesto, un empujoncito de algún espíritu maligno y malintencionado, y ella se precipitaría en el abismo, desapareciendo para siempre, atravesando la frontera del mundo, para nunca más volver. Dando al traste aquella labor materna que los ancestros ndowes le habían encomendado. Doncella de la playa, ninfa de la selva y

sirena del mar, Matinga llevaba atada a su cintura una cesta letal de doble contenido: dones y ofrendas por un lado, crímen y castigo por otro. Por eso muchas veces, sola en la playa, ella se quedaba largo tiempo pensativa; temblando de miedo al constatar la extrema vulnerabilidad de un ser humano en el transcurso de su vida. La fragilidad existencial del hombre africano, siempre en lucha entre la vida y la muerte, la atemorizaba sobremanera. A pesar de su fortaleza física reforzada por su naturaleza ancestral, la vida del hombre de la selva era tan frágil como el vuelo primaveral de una mariposa, anunciadora de su propia desaparición.

Finalmente, el ceremonial esotérico llegaba a su término, feliz y gloriosamente. Todos habían comulgado con los espíritus durante el misterio de la playa: ella en trance, las mujeres que cantaban y velaban, la vieja que vigilaba la calabaza entre sus piernas, la curandera que lo supervisaba todo y, por último, los hombres del poblado que esperaban y venían a concluir el ritual, recogiendo ceremoniosamente los restos de sangre que quedaban impregnados en la arena sagrada de la fosa. Sangre sagrada que con su hechizo, iba a asegurar el sustento cotidiano del pueblo de la costa, tanto en la mar inmensa como en el bosque frondoso. Después de la ceremonia, el pueblo bendecido por la sangre de la ninfa conocía inmediatamente un intenso período de prosperidad: las mujeres quedaban embarazadas, los niños nacían y crecían, los hombres tenían abundante pesca y caza, y no solo eso, en las plantaciones las cosechas se multiplicaban, los animales se reproducían en los bosques y los peces de los mares aumentaban su población. De este modo, la gesta mensual de la jóven ndowe le llevó a sembrar la prosperidad por

doquier. A veces cogía el cayuco para ir a ver a su madre en Corisco.

Corisco es una tierra de mitos, una isla de embeleso, una perla marina, un pueblo de cuentos y leyendas cuyo origen se remonta a tiempos inmemoriales, cuando los Combes luchaban y los Ndowes ganaban. Se cuenta en el litoral riomunense que esta nave terrena que flota en la mar como un paraíso, vino a alojarse en la costa ecuatorial africana procedente de América. Corisco no es tierra volcánica como su vecina del norte, la húmeda Formosa, Bioko. No, Corisco es una corona oval rodeada de arena blanca, cuyo esplendor atrae a las aves marinas que se dejan caer, cuando baja el sol, en el verdor silvestre de su espesura salvaje para pernoctar en esta isla encantanda y celebrar los mil misterios de su noche sagrada. De modo que, por las mañanas , al subir el sol, la tierra de Corisco recibe un largo y sonoro homenaje con el cantar de los pájaros al levantarse el alba. Se dice que en Corisco, al amanecer, los videntes, los que tienen poderes paranormales, suelen ver al gran espíritu ndowe emerger de las profundidades marinas para tomar posición de su lugar estratégico de predilección, la playa, entre la tierra y el mar. Desde allí, el mitológico ancestro salido de las aguas dirige el destino marino de los hombres de su extirpe.

Se dice también que Corisco fue, antaño, una gran barca que se llevó a las Americas una de las reinas de Ngola, divina beldad que dominaba las tierras bantues del sur, donde se encuentra la Angola actual. Mucho antes de la llegada de los Blancos a aquellas tierras lejanas. En su periplo, la reina de Ngola, conocida por el nombre de su dinastia Mbete, llegó a la meseta del Río de la Plata y fundó varias comunidades, desde los

territorios del imperio azteca hasta las islas y tierras del Caribe; penetró y exploró los bosques africanos de Colombia sembrando oro, diamantes y petróleo traido de su Angola natal. Fue en el territorio carioca en donde dejó amaradas sus naves, prestas para el retorno a su Africa natal. Antes de su regreso, su obra cristalizó con la fundación de varias comunidades, que dieron lugar a la gran civilización afroamericana. Diseminando urbes en la frondosa selva a ambos vados de la diosa fluvial, Amazonas, muchas de esas antiguas poblaciones cuyas migraciones se extendieron en el sur del continente se encontraban dentro de los límites del actual Brasil. De allí se explica, en parte, la numerosa población negra del país de Pelé, el rey negro del fútbol mundial, Brasil. En su viaje de regreso a Africa, tras su expedicón pionera a las Americas, Mbete, se enamoró de una de sus sirvientas esclavas, mestiza de buena cuna americana, auténtica, autóctona, salida de un mundo de esclavos, mezcla de sangre carioca y savia azteca. Fueron amores de mujeres calientes, de cuerpo noble y mente llena con notas de corazón de mil colores que salieron de Cuba. Amorios de playas caribeñas, como los-de-las o la-de-los como se dice en Guinea, dulces y tiernos, expuestos como un sacrilegio en el páramo cultural bantú. Como castigo, los ancestros africanos impidieron el regreso de la reina Mbete a la tierra natal, convirtiendo su flota en islas e islotes que vinieron a amararse al continente negro al final de la travesía.

Corisco era la barca donde viajaba Mbete y su séquito. Barca encantada llena de hechizo como Corisco, lo era todo en el mundo esotérico africano: refugio de almas en pena, escondite secreto de espíritus en fuga, lugar fraterno de encuentros libertinos, entronque de pueblos de sangre caliente, páramo secular de la

alianza eterna entre la especie humana y su alma divina. La isla mestiza de Corisco, con su población mulata, es la que mejor simboliza, con la mezcla de su sangre, la gran riqueza cultural guineoecuatoriana en su versión ecléctica. Isla de mitos marinos, Corisco era la gran ínsula prometida a los navegantes , una fortaleza rodeada de agua por todas partes y protegida por el manto verde de su espesa maleza. Sus guardianes eran altos cocoteros que meneaban sus penachos con ojo avizor a golpes de viento. Veletas del tiempo, los palmerales de la ínsula ecuatorial con sus movimientos, enviaban mensajes a los pescadores que faenaban en alta mar para anunciar el vendaval que se avecinaba. Corisco era una tierra de gracia, un mundo de entronque y de entendimiento. A veces, cuando la mar estaba tranquila, el bosque de Corisco guardaba un silencio sepulcral y los altos cocoteros se quedaban quietos, inmóviles, rindiendo homenaje profundo a aquella barca de tierra que se mecía entre las olas de la mar inmensa. Eran los momentos del día cuando el espíritu amoroso de Mbete, cogido de la mano de su amada, emergía de las profundidades para bañar con luz diáfana la barca que surcaba el tiempo, siguiendo la estela de la magia ancestral de la vela directora del rey Uganda. Entonces la playa encantada de Corisco, se convertía en un lecho de amor soñador que envolvía con su manto arenoso los cuerpos unidos de las dos sirenas del mar.

Corisco es eso, una tierra de futuro, un mito viviente, una isla de misterio, un pueblo flotante cargado de ritos y leyendas, una morada donde los hombres viven entre la tierra y el mar. La madre de Matinga era corisqueña y vivía recluida en la isla de las arenas blancas, protegida por el muro de los espíritus de la costa.

Su madre nunca permitía que Matinga pasara la noche en Corisco. El tema se debatía entre las dos mujeres de forma escueta. Su madre rompía el silencio y decía:

- Salí de Bolondo para salvarnos a las dos. Debes saber que, desde el día de tu nacimiento, nos prohibieron pasar juntas la noche en un mismo sitio. Si eso llega a suceder, habría una tal concentración de espiríritus, que una de las dos tendría que caer en el precipicio y atravesar la frontera del mundo. Cuando se te corte éste ciclo que llevas podremos volver a vivir juntas... quizás.

- ¿Cuándo será ?- Preguntaba ella angustiada.

- No sé, el tiempo lo dirá ... nuestro país vive momentos trascedentales. Guinea conoce otro mundo. El curso de tu vida cambiará, pero antes tendrás que conocer a un ser como tú, un hombre extraordinario... sacrificará su vida por la independencia guineana. Entonces tú serás libre- Terminaba diciendo su madre con mirada ausente.

- ¿Por qué no me hablas de mi padre, como era? - Preguntaba ella, como para pedir compensación por su resignado regreso a Bolondo.

- Tu padre fue un ser extraordinario, por eso te engendramos y te tuvimos, te quisimos tener y tú llegaste. Algún día te contaré todo el secreto de tu existencia. Por ahora no puedo, es por tu bien, ahora vamos a por tu cayuco, te están esperando.

Estas palabras de su madre anunciaban siempre el final de sus visitas a Corisco. Visitas que solo duraban unas horas. Por eso también la conversación entre las dos mujeres durante su estancia en la isla giraba en torno a lo mismo. Ella quería conocer el secreto de su nacimiento y quedarse a vivir con su madre en Corisco. Esta última se moría de miedo ante tal eventualidad.

La madre de Matinga era una mujer hermosa, de cuerpo castigado por un pasado tormentoso. Ella resumía su dolor en parcas palabras llenas de misterio. Matinga presintía que hacía falta mucho tiempo y un gran evento en su vida que cambiara radicalmente su existencia para romper el cerco que la separaba de la mujer que la había traido al mundo. ¿Y su padre ? ¿Qué pasó con su padre? ¿Quien fue su padre? Fuera quien fuera la hija de Bolondo intuía que su progenitor había sido un hombre bueno y que él también tenía algo que ver con lo de sus menstruaciones ¿Por eso murió, porque ella nació? Al llegar a este punto de sus reflexiones, Matinga no podía dejar de experimentar una enorme frustración y dolor ante la posible eventualidad de que su existencia fuera la causa de la desgracia de su padre.

Camino de regreso, para salir de su laberinto, Matinga se daba una vuelta por los islotes guineanos adyacentes, Elobey Chico y Elobey Grande, Mbañe, Hoco y Ebumya. Diosa fluvial y sirena de la mar, Matinga era una negra y loca africana enamorada de la navegación. La corisqueña de Bolondo hacía largas travesías de terapia para calmar su dolor existencial. A veces abandonaba la costa marítima y se internaba en la selva por via fluvial, entrando por el estuario del Muni y siguiendo el afluente del Utamboni hasta llegar al rio Mitemle, una de las vertientes del Muni de largo recorrido. Su pasión por la navegación fluvial le llevó también en una ocasión a remontar el curso del río Mvia, desde su desembocadura cerca de Mbonda. Llegó hasta los altos del río Nvia Ncobía y regresó al mar. En otro momento, en el curso de su gira menstrual, la playera llegó remando hasta las cascadas de Yengüe. Fue precisamente en Yengüe, en las laderas del inmenso bosque que cubre las riberas del

Ntem, el Río Campo, delimitado por la depresión del Uoro, en el sureste, llegando hasta Mikomeseng, al este, donde la hija de la playa saboreó por primera vez el encanto del bosque fang, descubriendo al mismo tiempo su segunda naturaleza: su profundo arraigo por la selva africana. Sin previa iniciación ni aprendizaje empezó a identificar las múltiples especies forestales que pueblan el país guineano de los " cuatro E " Esamongon, Esandón, Esambira y Esacunan, las cuatro tribus mayoritarias de aquellos parajes; sin olvidar, claro está, la variedad de sus árboles: adjab, tóm, nthom, oveng, elón, abang, ayang, anguma, atuing, engong, nvut, y otras muchas especies de gran encanto.

Matinga hizo entonces un nuevo descubrimiento, el bosque era su refugio. La selva era su morada y la maleza su hogar. La senda de su laberíntico camino se abría a sus pies a cada paso que daba, llevada por sus pensamientos, perdida en su ensimismamiento hasta la profundidad de la espesura salvaje. Allí llegaba a la esencia de su existencia. Allí tenía su escritorio, cuando la planta de sus pies dejaba impresa en el libro abierto de la humífera tierra tropical huellas indelebles que, el tiempo y el espacio transformaban en signos, puntos, comas y letras que describían, por el menú, el mito biográfico de la ninfa de Bolondo, hoja por hoja, planta por planta, árbol por árbol, capítulo por capítulo, de río a río y de costa a costa, con una profusión de detalles desordenados desde sus raices profundas soterradas bajo la ceiba gigante de Kogo, hasta el penacho del último gavilán que cuidaba la cima del monte Alén. Entropía, era el nombre bárbaro con el que los videntes del mundo moderno designaban ese entronque poco natural, entre un ser salido de las tripas de los ancestros y su entorno

circundante. Era ella naturaleza, quien cogitaba antes, durante y después de haber vivido, porque existía. Su mundo era materia trascedental, harmonía intangible, un ruedo ibérico guineano, hecho de un nuevo concierto de Aranjuez, celebrado sin orquesta en plena selva ecuatorial. Un embeleso natural de canto a la vida, que encerraba todo un misterio. Matinga era ésto, una eterna primavera, un nuevo renacer africano que tenía también su sombra enemiga al otro vado del río. Al cruzar el trecho, de lo dicho se pasaba al hecho, al caer la tarde la noche implacable, con su ley, se adueñaba de la jungla oscura sin dejar ningún atisbo de rayo solar, segando la vida. Entonces la angustia se amparaba en las fieras del bosque que aullaban con fuerza su espanto.

Llegaba el tiempo de la bestia, cuando el felino, el dictador, el soez, el traidor, el carnívoro, el tirano, el hechicero, agazapado en el silencio de la noche, atrapaba a su presa y con toda su familia y miembros de su clan celebraba sus ágapes en la frondosa selva. Era el sacrificio de la noche, una liturgia pascual caníbal que anunciaba el fin del tiempo de ayuno, que la luz del sol le había impuesto durante la cuaresma diurna. La noche, asesina del espíritu del mal pasaba también su factura, porque de éste modo extendía su poder sobre los espíruitus de la tierra, y exigía a los hombres el cumplimiento del eterno mensaje de la vida mediante el sacrificio de la sangre. En la oscura noche africana, todos en torno a la bestia extendían sus manos y abrían sus venas para beber aquel líquido espeso, puro, rojo, potente, que brotaba a chorros, aullando de dolor con el grito profundo y apagado de los muertos, despertando a la bestia que dormía en la selva, fuerte como una tormenta, arrasando todo a su paso, hasta llegar a la mar inmensa y proclamar a los

cuatro vientos el mensaje de su fuerza y el imperio de su poder: la brujeria, el mbóo, el masanga.

Por las mañanas Matinga se levantaba, iba a la playa, a regar de nuevo la tierra con su sangre, para clamar de nuevo el eterno grito de Africa, con la voz de los ancestros. La verdad de la vida se proclama a la luz del día. En el continente negro nadie muere, nadie vive, todos existen. Ser vivir y alabar su existencia, era la naturaleza profunda de la hija de Bolondo. Principio fundador y esencia de Africa.

Ser y existir, es el nombre de la avisada colmena de la casa señorial de los moradores de la selva. Una choza que se pierde en la maleza al borde del camino al despuntar el alba. De día aparece un nuevo mundo, entropía, dicen los videntes. Para muchos es el renacimiento, cuando las florecillas se alegran al ver salir el sol, las aguas del río dibujan una sonrisa en el semblante de las mujeres del pueblo que van a bañarse y a lavar; los pájaros cantan en los árboles del vecino bosque; las ramas de las palmeras se menean al ritmo del sonido del viento; el cielo se ilumina con nuevos colores solares y la selva inicia su concierto de mil sonidos. En esa melodiosa harmonía matinal, la hija de Bolondo, renacida, se adentraba, soberana, en su propia interioridad, llegando hasta la plenitud de su existencia, sintiendo en sus venas la savia que nutría aquel mundo vegetal de infinito encanto y simplicidad.

Una vez, en las riberas del sagrado río Mitemle, ella se hizo amiga de una mariposa, una especie muy rara que sólo se encontraba en la confluencia del Muni y en los altos del Utamboni; era un bicho que sólo vivía doce horas. Salida de una larva, aquel ser infinitamente supremo se convertía, al levantarse el sol, en tierna mariposa. A mediodía, altanera, hecha

mujer, la mariposilla de la mañana desplegaba sus alas de mil colores y se lanzaba a la conquista de la fauna y su flora: ora acariciaba con sus repetidos vuelos dubitativos el lóbulo de un enorme paquidermo, ora se posaba con suavidad sobre el pétalo húmedo de una flor en eclosión. Al caer la tarde muchas de sus conquistas llevaban ya en su seno el germen de su genio y así moría, gloriosa, aquella estrella matutina cuando llegaba la noche, devorada por su ciclo vital. Esa vida frágil, cruda, corta y efímera había sido sin embargo una profunda existencia, plena y fecunda. Esa realidad existencial, todo un sueño, es la que quedaba grabada en la mente de la ninfa de Bolondo. Un emocionante y desgarrador recuerdo. Su amiga la mariposa ya no vivía, ni había tardado mucho en morir, tan solo un día, pero la mariposa seguía existiendo, en lo más profundo de su ser. Ella también fecundaba, germinaba con su sangre, un dia dejaría de vivir pero seguiría existiendo en lo más profundo de su ser, junto a los ancestros, como un proyecto imperecedero sin comienzo ni fin.

A su regreso de Yengüe, ella encontró un recado de su madre en Bolondo. Tenía que ir a Ndote, el pueblo de Ñangüe, un jefe ndowe oriundo también de Corisco, para asistir a una fiesta. Para Matinga el mensaje de su madre era como una cita con su destino. Ya estaba harta de su vida errante, sangrando por doquier, dando felicidad a troche y moche, aumentando su hechizo noche tras noche y de día en día, para luego regresar a Bolondo solitaria y triste. Quemaba su soledad bajo el sol al lado de su único consuelo y hermano, el cocotero. Ella que iba fertilizando a las demás mujeres, enmendaba sus vidas, las curaba, les encontraba novios, les devolvía

a sus maridos y les daba un hogar, una familia feliz con muchos hijos. Pero ella misma ni siquera podía gozar del consuelo de la compañía de su propia madre. Su sexo, que había gestado la maternidad de miles de madres, nunca se había abierto a otro sexo. Tampoco en su vida de sirena en medio de la playa, había sentido un solo instante la grata presencia de un ser amado y los latidos de su corazón. A veces, por las noches, se quedaba soñando bajo la solitaria sombra de su cocotero hermano. Esperando hasta el alba el cayuco de su pescador, que regresaría de la mar con el pecho encendido y la barca llena de mil promesas para la playera enamorada. Pero, al amanecer, atravesada por mil dardos solares, ella se levantaba con el cuerpo dolorido y se encontraba otra vez sola con sus penas y lágrimas ante la mar inmensa. Entonces llegaba la luz matinal que derramaba su encanto sobre la selva tropical, despertando a los pájaros que alegraban las mañanas con cantos y melodias de corazón,que calmaban el dolor de la corisqueña de Bolondo. Cada día la bella sirena se sentaba a esperar la llegada de su marino; sólo llegaban los cayucos llenos de pescado de los pescadores de Bolondo, todos la veneraban, pero ninguna embarcación le traía promesas de amor, ni caricias bajo la luna. Al atardecer, cuando el sol también triste y melancólico se despedía allende los mares, dos lágrimas de agua salada bajaban lentamente de sus mejillas como gotas de espuma blanca vertidas en una ola solitaria de la mar en llanto.

Cuando Matinga recibió el escueto mensaje de su madre para ir a la fiesta de Ndote, se quedó muy pensativa. Era la primera vez que su madre le pedía acudir a una fiesta, en toda su vida su madre siempre se había mantenido al margen de sus actividades, en sus raras visitas a Corisco ni siquiera las dos mujeres evocaban las proezas de la ninfa de Bolondo ni su

extraordinario don de colmar a las demás mujeres y pueblos del litoral. Sin embargo durante la última visita hecha a su madre en Corisco, ella le había dicho cosas misteriosas que era incapaz de comprender, ¿qué era Guinea? Ella no conocía a ese pueblo al que se refería su madre: "Guinea vive momentos transcedentales",le había dicho. La hija de Bolondo sólo conocía el litoral riomunense y su selva. Ni más ni menos. Lo que sí quería, era encontrarse con el galán de sus sueños, sentir en su cuerpo las caricias de un hombre de verdad, y no sólo los deseos impotentes de los espíritus de la tierra que poseían su cuerpo durante sus reglas. Ella ya quería vivir como las demás mujeres. Sí, ya era hora. Con esos pensamientos en la mente Matinga se quedó profundamente dormida aquelle noche bajo el regazo de su cocotero hermano. Aquella noche, soñó con la fiesta de Ndote como una cita de novios en alta mar. Era una noche de estrellas marinas.

Ndote es el nombre de un río del distrito de Río Benito, es el segundo afluente en orden de importancia, después de Nume, saliendo de Mbini, por la costa hacia Etembue. Este río vierte sus aguas en el océano Atlántico, después de un recorrido de unos treinta kilómetros en el interior de la selva. Ndote es una senda fluvial de corta distancia pero de gran caudal y alcance. En período lluvioso su curso se desborda inundando sus riberas varios kilómetros. A veces, por su caudal sin control y llevado por la fuerza de su empuje, sus aguas invadían inmensos territorios poblados por pacíficos pescadores cuyas mujeres, invocaban entonces a los espiritus de la tierra, con ofrendas y sacrificios, para apaciguar a aquel genio fluvial que siempre se declaraba en guerra contra sus

ribereños cuando llovía. Al pasar el tiempo, con fuertes y repetitivos vendavales, las ofrendas al río se hicieron rituales y el genio de Ndote, agasajado y colmado por la generosidad de los hombres, se calmó clementemente, cayendo en un profundo sopor. Hoy, el río Ndote es un espejo fluvial sin destellos tumultuosos ni reflejos desbordantes. Es un curso apacible y suave cuyas aguas encierran mil misterios y secretos legendarios que, año tras año, van a desaparecer en las profundidades del fondo marino, a veces atravesando el inmenso océano. Las mujeres iniciadas en el hechizo del bueti, la religion de los moradores de la selva ecuatorial, que llevan también el espíritu del mibili nunca cruzan a pie la desembocadura de este río sagrado.

El curso de Ndote nace en medio de la selva, lejos de la costa marina. Sus aguas brotan en un bosque triangular, rodeado por tres aglomeraciones que en su tiempo configuraron un gran centro de gravitación religiosa bueti en medio de la selva. Fue una trilogía mística integrada por los pueblos de Nsagnam, Salom y Saba. Tenían como capital religiosa Saba. Saba conoció su siglo de oro con Lucas Oden Mboa, consagrado obispo del Bueti y destacado oficiante de los ritos de la selva. Lucas Oden Mboa se dío a conocer en su tiempo, al enfrentarse con el presidente del gobierno autónomo de entonces, don Bonifacio Ondó Edú, durante una de sus giras en Mbini en 1965. Oden Mboa pidió a Ondó Edú una absoluta libertad de culto del Bueti tal como se practicaba libremente en Gabón, en el vecino país del sur. Por su osada reivindicación a la muy católica administración colonial, Oden Mboa y sus seguidores fueron condenados a seis meses de prisión en la Cárcel Modelo de Bata. Glorificado por su martirio batense, la

estrella de Oden Mboa renació entre los hombres adquiriendo una dimensión sin parangón en el cielo divino de la selva de Saba. Todos los habitantes de Mbini acudían a los centros de Bueiti, construidos y camuflados en varios puntos del bosque del litoral riomunense.

Los sábados, día de celebración, hombres, mujeres y niños, prohombres del distrito y personalidades de la comarca, todos venían a celebrar la liturgia del Ngombi que brotaba de la mano de Oden Oboa, en el frondoso bosque tropical. En Saba, el sumo sacerdote de la selva, con su canto lírico, oficiaba en el bosque como un ensalmo, llevando en peregrinación a sus discípulos hasta el lugar del nacimiento del Ndote, río sagrado y cuna de ancestros. Allí, en la espesura salvaje, Oden Mboa encendía la llama de su fe; atravesando el fuego de la muerte; y allí convertía a los infieles y bautizaba a los profanos al cabo de una larga sesión esotérica. Allí el ser simple, sin arraigo, alcanzaba la magnificencia de su existencia y la plenitud de su vida; allí, hasta el más impío de los seres vivientes alcanzaba su transformación de Tabor. Allí, por fín, el hombre de poca fe, al cabo de un largo periplo entre los muertos, regresaba iniciado hecho «bandji », vidente y sabedor de la verdad oculta.

Esta era pues la oculta verdad del río Ndote. En cuyas aguas profundas fluye la historia de los hombres de Mbini. En su desembocadura, frente al mar, se levantaban varias chozas que con el tiempo se trasformaron, poco a poco, en casas de mampostería, barrancos de barro cocido con techos de zinc y una escuela rural. Ndote llegó a tener rango de municipio distrital. Punto de encuentro en la desembocadura, el poblado de Ndote era férreamente vigilado y visitado por la administración colonial decidida a reprimir todo brote de culto religioso autóctono en Guinea. La

comunidad de Ndote, al igual que el resto de la demarcación de Mbini, integraba todo el espectro etnolingüístico riomunense, Ndowe, bisió y fang, principalmente. El buen hijo de Ndote se expresa en Ndowe en la pesca, en fang en la caza y en bisió al caer la tarde. En tiempos coloniales, Ndote fue, al igual que los demás poblados vecinos de la ex colonia española, una próspera sociedad que exportaba productos variados para la venta: cocos, mangos de primera calidad, atangas y pescado. Ndote mantenía una fuerte rivalidad con comunidades vecinas como Nume y Jandje que también surtían el mercado de Mbini y Bata. Pero Ndote les llevaba ventaja por su acceso a una doble vía de comunicación con Bata y Mbini. Por vía marítima y por la carretera nacional. En tanto que Nume y Jandje sólo disponían de una única vía, la marítima. Últimamente se había abierto un tramo que unía Jandje a Ndote, lo que reafirmaba más la supremacia de la comunidad de Ndote.

En Ndote se practicaba una excelente pesca animada por Ñangüe, un notable benga que por causas oscuras y muy corisqueñas se escapó de la isla de las arenas blancas, para instalarse en la desembocadura del Ndote con todos los miembros de su clan: tres hermanos, dos mujeres y diecisiete hijos, dos varones y quince hembras.

Ñangüe, a su llegada, estableció una alianza con el sacerdote de la selva, Onden Nboa, a quien sirvió de bedel en la costa; al mismo tiempo que la administración colonial le encargaba la vigilancia comarcal ante subversivos brotes religiosos. Para este cometido, los españoles dotaron al corisqueño de una impresionante flota pesquera de vigilancia. En la comandancia de marina de Mbini, se consideraba que muchos adeptos del prohibido Bueti, utilizaban el río

Ndote como vehículo natural para llegar al lugar de sus celebraciones camufladas en la frondosa selva. Inversamente, la administración española consideraba también que aquella senda fluvial, era el principal vector de la profana religión que desbordaba la selva difundiéndose por todo el litoral continental. Aliado con Oden Mboa en la selva y guardián de la autoridad colonial española en la costa, Ñangüe se hizo indispensable en la constelación del entramado mundo del poder de Mbini.

Nada se hacía ni se deshacía en la comarca, sin que se haya sopesado su criterio, tanto en la selva como en la costa. Asistía semananlmente a las autoridades de la ciudad de Mbini, quienes requerían su incesante y utilísima presencia en la toma de decisiones, de asuntos y realidades complejas que no comtemplaba el imponente fuero español de justicia. En Mbini, Ñangüe llegó a ser intocable, como un hacendero andaluz, un cacique, dueño y señor del pueblo de Ndote.

En sus incesantes viajes a través del litoral riomunense, caminando en la costa, Matinga había pasado varias veces por el poblado de Ñangüe. A veces se quedaba a descansar unas horas antes de reemprender su camino. La familia de Ñangüe era muy conocida también en Corisco, ellos venían de Nanda, del clan Bodugu, mientras que su madre vivía en la otra parte de la isla, en Ibenga, era una Boboba. Cuando llegaba a Ndote, ella se daba un baño en el río sagrado saludando con su cuerpo desnudo a los espíritus del fondo fluvial. Iba luego, al caer la tarde, a saludar al monarca local Ñangüe, el jefe del poblado. Este conocía bien a la familia de la jóven ndowe y conocía también el secreto de sus reglas. Ñangüe le

daba la bienvenida en nombre de todos los seres de la comarca, vivientes y no vivientes, existentes y existenciales, añadía humorísticamente el filósofo africano. Ella se quedaba unos minutos sentada de forma tradicional ndowe sobre las rodillas del gran hombre playero, recibiendo su bendición en la pura tradición del isosi, ceremonial playero ndowe. Ñangüe era un patriarca. Su trayectoria se nutría de un influjo ancestral de su pasado tradicional. Pero también su personalidad, en constante mutación, se hallaba imbuida de los nuevos aires preindependentistas que empezaban a soplar fuertemente en la pequeña colonia española, en aquellos primeros años de la década de los sesenta. Ñangüe era uno de los pocos autóctonos de entonces que daba una realidad concreta a lo que se empezaba a denominar, en los círculos más progresistas de los territorios españoles del golfo de Guinea, Guinea Ecuatorial. Ñangüe es el que empezó a utilizar y a darse el gentilicio de "guineano".

Hombre de poder, Ñangüe sabía caminar siempre hacia la gloria, mudando de sitio, alternando alianzas, cambiando de ideas, manejando bienes y manipulando a hombres. Este era Ñangüe, un hombre del instante, presto al momento. No dudaba en negar el pasado, ni repudiar lo adverso para mejor conquistar el futuro ganando el presente. Hombre de intuición, resuelto y determinado, la estrella de Ñangüe había nacido para brillar todo el tiempo; tanto en invierno como en verano, en otoño como en primavera, Ñangüe siempre se situaba bajo un cielo claro sin umbral.

De esta manera, inefable, el hombre de Ndote que era también afable, había llegado a ser el cacique de todos los regímenes que Guinea conoció antes de

su independencia. Su autoridad era irresistible en Mbini y su influencia tentacular se extendía desde Corisco hasta Bata. Cuando alguien de poca calaña le plantaba cara, Ñangüe lo tomaba como un descarado desafío a su augusta persona. Un reto que saldaba al instante. Entonces, el hombre de Ndote entornaba sus ojos semicerrados de ira y lanzaba un gran suspiro. Con voz lejana, cavernosa, como un grito de ultratratumba, recordaba a su interlocutor que él, Ñangüe, era el único ndowe que quedaba en vida y que podía hablar en todo momento, cara a cara, con el Rey Uganda, el terrible jefe benga desaparecido en la mar hacía varios lustros. Un día, uno de sus visitantes, insolente, se mofó de su solemne advertencia; al instante, el jefe ndowe le arrastró hasta la playa, allí le arrancó de cuajo un lóbulo de la oreja que utilizó en el acto como cebo en su anzuelo y lo echó al mar. Poco después la oreja picaba. Los hombres de Ñangüe tiraron la cuerda de nilon y sacaron de las aguas a un enorme tiburón, que llevaba impreso bajo su vientre un impresionante tatuaje con letras doradas donde se podía leer claramente «ÑANGÜE». Acto seguido, Ñangüe retiró del estómago del escualo la mitad de la oreja que todavía sangraba y se la devolvió a su visitante muerto de pavor, colocándosela como antes estaba. Desde aquel día, la fama de Ñangüe llegó hasta la metrópoli. En Madrid se supo que había un hombre en Guinea cuyo nombre proclamaban todos los peces del mar.

Ñangüe era un buen ndowe, nadie podía precisar su edad, ya que el hombre de la playa nunca se envejece sino que rejuvenece con la senectud. Ñangüe archivaba sus recuerdos al pasar el tiempo sin gran desgaste físico. Se levantaba todos los días a la misma hora, a las cinco y media de la mañana. Bajaba

a la playa para colocar sus redes en compañía de sus pescadores.

Cuando todas las barcas se habían hecho a la mar, Ñangüe daba una vuelta por sus plantaciones. Tenía diez hectareas de café, cinco hectareas de cocoteros y tres de mango. El hombre de Ndote abastecía directamente al mercado de Bata, mucho más rentable, donde enviaba toneladas de café, cocos y mangos. Los indios de Metharaham son los que se encargaban de comercializar sus productos. El pescado de sus barcas, dos toneladas por día, lo llevaba Gonzalo, el comerciante santanderino de Río Benito; él a su vez, vendía el pescado fresco de Ndote a toda la aglomeración de Mbini. Ñangüe guardaba medio quintal de su pesca, para su amigo y patrón Godoy, el comandante de marina. Lo que quedaba, que no era poco, se repartía en familia entre todos los habitantes de Ndote.

Hombre de bienes y de provecho, nombrado «emancipado» por la administración colonial , Ñangüe se esmeraba mucho en sus relaciones con los más pudientes. Siempre se ponía del lado de los más fuertes. Nunca le gustó la oposición política. Siempre la había combatido. Duramente. Se conformaba siempre con la ideología del régimen imperante. En tiempos de Alfonso XIII, para estar a tono con la Corona, el hombre de Ndote se hizo traer de Corisco una corona de madera cubierta con piel de oveja, que se ponía majestuosamente en los momentos festivos. Decía que aquella joya, se la pusieron los griegos sobre la cabeza de uno de sus antepasados corisqueños, cuando la expedición de Herodoto llegó en el Monte Camerún, donde vieron el carro encendido de los dioses. Pero la gente de la oposición, las malas lenguas, decían que la corona de Ñangüe había sido regalo de un negrero judío, que se había enriquecido

en Amsterdam como armador en tiempos de la trata de negros.

Con su corona de judío en la cabeza, Ñangüe se hacía montar sobre una cabra del poblado, en tiempo de cuaresma, cuando llegaba el día del Domingo de Ramos. En este día, Ñangüe daba una apoteósica y triunfal gira por todo el pueblo de Ndote, desde la playa hasta la calle principal que enlazaba con la carretera nacional Rio Benito- Puerto Irradier, entre Kogo y Mbini. Y, detrás, todo el pueblo iba alabándole, como Jesús a su llegada en Jerusalén. Cuando llegaba el día del Jueves Santo, Ñangüe cambiaba de personaje y cedía su plaza de pasión a su hijo primogénito, que se llamaba Bandja. De éste modo, durante el via crucis que se organizaba camino del calvario, el sucesor de su linaje heredaba la pesada cruz de Cristo, mientras que el mismo Ñangüe se transformaba en centurión romano, con un látigo en la mano izquierda y un machete bien afilado en la diestra. Entre gritos y lloros de compasión que lanzaba el devoto público de Ndote con mucha aflicción, Ñangüe acompañaba a su vástago al monte del sacrificio, azotándole bajo el duro sol tropical.

- Sí señor, los méritos se ganan sufriendo -, gritaba Ñangüe a Bandja, ensañándose dúramente con su hijo caido bajo la cruz y proseguía.

-Si quieres sucederme un día, si quieres heredar esa fortuna que se extiende por todo Ndote grita, llora, sufre y muérete, entonces resucitarás a mi lado, estarás a mi diestra, como Cristo en el trono de su Padre Eterno.

Aunque en el itinerario de la Pasión oficialmente se cuenta tres caídas de Jesús, Ñangüe añadía dos caidas más, para azotar abundantemente a su hijo

antes de llegar al término del itinerario del mártir. El padre Miguel Sabori, misionero español especialista en teología tropical y párroco de la comarca, admiraba en extremo a aquel buen patriarca, Ñangüe, que sabía traducir la Pasión de nuestro Señor en Palestina, en aquellas tierras lejanas de Africa.

Aquel hombre iluminado por la gracia de Dios, siempre daba un formidable ejemplo de fe y vida, con la sangre y sudor de su hijo primogénito Bandja. Para Sabori, hombre versado en estudios bíblicos, Ñangüe era, ni más ni menos, el Abraham de los negros en Africa. El hombre de Dios veía en la acción de Ñangüe, la prueba palpable de la voluntad inquebrantable de los guineanos por abrazar resueltamente la liturgia católica, como único camino de la salvación.

Para el padre Sabori, eran aquellos momentos de intenso apostolado en el corazón de la selva, gracias al martirio de jóvenes como Bandja. Y, él también, poniendo su cruz en ristre, como si fuera a combatir al mismo Satanás en persona y expulsarlo de la espesura de la selva que se extendia a sus pies, el padre catalán, inmóvil y sin parpadear, se quedaba mirando fijamente al sol, desafiando el fogoso esplendor del astro rey, bendiciendo a Ñangüe, al tiempo que sus labios ungidos murmuraban sabias palabras, doctamente pronunciadas en la lengua de Dios: «Dominus Vobiscum, Pater, Filius et Spiritus Sanctus. Gloria in excelsis Deo et in terra pax hominis laudantis tuo». Consagrado hombre de paz y habiendo recibido la santa bendición de la mano del misionero español, Ñangüe, llevado por su espíritu piadoso, redoblaba entonces sus esfuerzos golpeando furiosamente a su hijo caído bajo la cruz y azotado también por el sol tropical.

Este era Ñangüe: gran católico, hueso duro, hombre recto, alma piadosa y tormentosa que a veces también se deslizaba por sendas tortuosas. Porque el héroe de Ndote era también hombre sin convicciones profundas ni ideologías duraderas. Ñangüe se adaptaba con inusitada rapidez ante cualquier cambio sociopolítico. "Si alguien le toca a mi amigo Alfonsito allí en Madrid, se enterarán de mí aqui en Guinea y sabrán de verdad quienes son los de Ndote", solía decir refiriéndose al Rey Alfonso XIII, cuando recibía a una delegación oficial española.

Pero el día en que los españoles optaron por la República, mediante referendum, mandando al exilio a su amigo "Alfonsito", Ñangue fue el único autóctono guineano que junto a los colonos españoles fueron a condenar públicamente en Bata al malogrado monarca.

" Yo siempre he dicho que los Borbones son unos traidores, gritaba, Alfonso XIII ha hecho en España lo mismo que Enrique IV hizo en Francia, una gran traición, Alfonso ha abandonado a los españoles tal como Enrique se deshizo de los protestantes".

El mismo día de la caida de la monarquía española, Ñangüe cogió la barca y se fue a Corisco donde todavía se encontraba el representante de la Corona de Madrid. Con la ayuda de otros habitantes de la isla, la "comitiva republicana " de Ñangüe echó al mar al asustado funcionario, que tuvo que ganar a nado las costas gabonesas para salvar su pellejo. Tuvo suerte, se agarró al tronco de un cocotero que iba flotando y de ésta manera fue recogido por una fragata de la marina francesa en las costas gabonesas.

En Bata, siempre con la solapada presencia de Ñangüe, los republicanos inauguraron el Sub-Gobierno de Río Muni, sede de la nueva representación del poder de Madrid. De regreso a Ndote, Ñangüe abandonó su credo monárquico, echó su vieja corona

de reyezuelo playero al mar y se puso una boina vasca. La boina se la procuró un comerciante bilbaino de familia arruinada, cuya lejana fortuna se debió a los fueros españoles y a la nobleza colectiva que se decretó en tierras de colores de ikurriña.

El espaldarazo republicano se lo dio el noble vasco venido a menos. Pero el acto tuvo mucha solemnidad y envergadura. Se pasó revista a la maltrecha población indígena, que miraba embobada la ceremonia del autogolpe de su líder local. Tras el acto, Ñangüe, que era un político de mucha madera, hizo una escueta declaración que reflejaba todo un programa de gobierno "Los carlistas y los republicanos son los que deben gobernar en España", declaró.

El período republicano fue cachondo para Ñangüe. Extendió la red de su influencia hasta Punta Mbonda y más tarde hasta Río Campo. Negoció no sin éxito, la instalación de varias empresas madereras y comerciales en su distrito de Mbini. La batalla fue ardua, puesto que la mayoría de las sociedades entrantes quería instalarse en Bata, capital provincial y emplazamiento céntrico a la vez que geoestratégico, con numerosas vías de comunicación, terrestres, marítimas y fluviales. Desde los ríos Ekuku y Utonde, partiendo de Bata, se podía penetrar rápidamente hacia el interior del país y montar una red de exportación maderera. Ñangüe tuvo que hacer uso de toda su artillería oratoria, utilizando a fondo sus relaciones con la administración colonial, para atraer a Río Benito un apreciable número de emprensas, entre ellas Juan Jover, Garrita, Alena, Izaguirre y Fortuny. Por su dinamismo económico, estas sociedades crearon a su vez en Río Benito, un polo de atracción comercial que sedujo a numerosos comerciantes

españoles como Ramos, Zarandona, Escauriaza, Tomilio, Tapia, Gonzalo, Léman y otros.

En aquellos días, en Ndote, cuando el padre Sabori llegaba para la celebración pascual, el jefe ndowe mandaba decir al sacerdote catalán que estaba indispuesto en la cama y no podía moverse. De este modo, durante todo el período republicano en España, la pascua se celebró en Ndote, sin calvario ni azotes. Con la cruz en el bolsillo y sin sacrificio, el padre Sabori regresaba a su morada misionera de Etembue sin dar su dolorosa bendición pascual.

Pero aquella amnistía no duró mucho. El 18 de julio de 1936, los militares proclamaron el "Alzamiento nacional", un golpe de Estado que fraccionó a la sociedad española. En Guinea la mayoría de los colonos eran todos «fachas» y desde el primer momento ganó la junta militar. Aquel día, Ñangüe saltó de su republicana cama y, deshaciendose rápidamente de su enfermedad imaginaria, fue a ponerse de hinojos ante el padre catalán. "Bendíceme padre, le dijo, he estado atado en la cama impedido por la enfermedad republicana". Tras lo cual Ñangüe volvió a coger su cayuco, rumbo otra vez a Bata. En la capital provincial, Ñangüe volvió a ser entre los blancos el único "hombre de color", como le llamaban púdicamente los colonos blancos, que formó parte del "comité civil antirepublicano" que respaldó el "Alzamiento" en Río Muni. En Bata Ñangüe se encargó de comunicar a los "indígenas" la nueva buenanueva que llegaba de España; le bastó hacer un par de visitas enérgicas; una en Udubuandjolo y otra en Mabenga, los dos barrios que se conocía entonces en la capital batense. En realidad eran pueblos ndowes, que la expansión de la capital litoral había ido devorando y modificando. Mabenga ya desaparició dando lugar a varios barrios batenses, Moganda, Mondoasi, Mvam Nguele y Los

Cocos. Udubuandjolo sigue invicto como bastion ancestral ndowe en la capital litoral.

De regreso al Sub-Gobierno, tras haber condenado en su pequeña gira batense al "criminal gobierno repúblicano y a todos los canallas que habían estado a su servicio," Ñangüe se dio de narices con el último representante del gobierno republicano de Madrid que andaba haciendo apresuradamente sus maletas.

Se llamaba Juanjo Lobo López, apodado "el lobo." El funcionario de la gobernación era un asturiano de mucha madera, símbolo de la historia de España; había sido miembro de todos los sindicatos en boga en la Península: empezó con el sindicato del socialismo obrerista UGT, luego pasó al no poco laborista CNT, para continuar en secreto con los federados de la FAI, antiguo miembro de las Comisiones Revolucionarias y veterano huelguista de las minas de Oviedo, habituado a los enfrentamientos políticos y físicos. Era alto, con muy buena corpulencia de boxeador. Ñangüe midió las fuerzas y perdió; ante el peligro sólo pudo articular una cobarde oferta: —Ejem, eeh, soy Ñangüe, vengo a salvarte porque tú siempre has sido muy bueno en el ejercicio de tus funciones durante el periodo republicano. He venido a ofrecerte mi barca para que puedas escapar a la frontera, hacia Gabón; allí te recogerán los franceses.

El asturiano le miró de arriba abajo, comprendiendo inmediatamente la razón de su oferta, pero él también analizó la situación llegando a la misma conclusión. La propuesta de aquel "inidígena emancipado" no se podía escatimar, pero le hubiera gustado romperle la cara a aquel sinverguënza descarado que hacía apenas unos días no paraba de lanzar vivas y glorias en nombre de la República.

—Está bien,dijo, pero escúchame bien: si me la

juegas te reviento los sesos con esto. Le mostró una enorme Bereta que llevaba camuflada en su cintura.

—Otra cosa, continuó el asturiano, ayer tus energúmenos del "Alzamiento" se cargaron a García Lorca. Dudo que puedas comprender algún día el alcance de lo que te acabo de anunciar.

Días después, en España, la familia de "el lobo", fue diezmada por el victorioso y rencoroso ejército franquista, que perpetró varias masacres en zonas republicanas después de la guerra. Su madre, su hermano menor y sus tres hermanas, fueron ejecutados junto con otros campesinos en las inmediaciones de Villaviciosa (Asturias). Se dijo que la carnicería la ejecutó el Batallón de Arapiles, una unidad de la VI Brigada de Navarra, perteneciente al cuerpo de ejército del general Mola.

En Guinea, Ñangüe salvó la vida del republicano que se escapó a Gabón. Esta vez fue la gendarmería colonial francesa la que acogió al español en las playas de Cocobeach. Sin embargo el hombre de Ndote dio una versión muy diferente de su bravura cuando se fue al confesional del padre Sabori. "Le llevé al matadero colonial de Corisco; allí le degollamos como a un perro a este rojo." Satisfecho, el cura transmitió la información al comandante de la guarnición de Bata. El militar era un sevillano de pelo en pecho, de mucha caña y lengua caliente. Presumía de haber conocido personalmente a Franco, cuando el futuro Caudillo fue desterrado en Canarias por el régimen republicano. Moyano, era su nombre, decía también que había acompañado al general Mola en lo que él llamaba "la campaña de África," donde había ganado muchas batallas. Para contar sus proezas, el andaluz se subía en una mesa impresionando a su público con una larga lista morisca de nombres altisonantes: Bab-el-Tizzi, Kudia Mahfora, Abd-el-Krim, Bab-Izugar, Ait Kamara,

Admán-Zercat-Targuist, etc.

-"Señores, concluía dando unos pasos de flamenco, yo sigo la marcha iniciada por este general invicto (Mola), caído en el frente al pie del cañon".

En Ndote, otra vez, Ñangüe volvió a tomar juramento de fidelidad vitalicia al nuevo régimen profascista de Madrid, los actos de toma de poder los presidió montado sobre su cabra, con mucha solemnidad. Se oyeron las notas castrenses del "Movimiento", " el cara al sol", "yo tenía un camarada y la mirada"; este último himno falangista es el que más gustaba a Ñangüe, tenía una letra que le inspiraba mucho para su futuro en Guinea "la mirada, clara y lejos, con la frente levantada, voy junto a ti caminando ... quiero levantar mi patria ..".

El período franquista vino a colmar una vez más, las pujantes ambiciones del hombre de Ndote. Su economía era boyante y el distrito de Mbini, que también ya respiraba la prosperidad de la economía franquista de la postguerra, estaba prácticamente en sus manos. Ñangüe empezó a promocionar a una nueva generación de jóvenes instruidos, la mayoría maestros y administrativos, regresados de la Escuela de artes y oficios de Bata y de la Escuela superior de Santa Isabel, hoy Malabo. Muchos de ellos los conoció en el curso de sus giras por el litoral riomunense, en Bata, Mbini, Kogo y Río Campo. Poco a poco, les fue situando en los puestos claves de la nueva administración colonial autóctona.

Este periodo fue fasto para el benga. Empezó a interesarse también por lo que pasaba más allá de sus tierras del litoral. Empezó a asomarse por el interior del país, en el país fang, y mirar también lo que

pasaba en el otro lado del mar, en la gran isla, en Fernando Poo. Ñangüe presentía que el futuro de su pueblo se fraguaba en estos dos espacios que él no conocía. Ñangüe poseía un infalible instinto político, como hombre de poder que era. En el tejado de su casa había instalado una veleta, regalo de su amigo marino, el comandante Godoy jefe de la marina de Rio Benito. El pescador de Ndote sabía siempre por donde soplaban los vientos, cuándo había que hizar o arriar la vela. Sabía exactamente el momento de virar a estribor o de girar a babor. Ñangüe era un buen navegante.

Le hablaron de un jefe tradicional de Mikomeseng, Abeso Motogo, primer jefe de la tribu meban. Ñangüe preparó un viaje y fue a verlo, volvió encantado y la experiencia le gustó.

Eran los años cincuenta, años de hegemonía política franquista. Para ponerse a tono con los mitos castellanos que el franquismo había puesto en boga en España, Ñangüe empezó a bautizar sus bienes con nombres gloriosos de la historia de España. Su flota pesquera se llamó la Armada Invencible, su barca de pesca preferida se llamaba Trafalgar, la de de su hijo primogénito, Bandja, se llamó Lepanto, su timonero era manco, un tiburón le arrancó el brazo y llevó parte de su mano al fondo marino. Este incidente tuvo lugar en el curso de una intensa jornada naval que se desarrolló a orillas de Jandje, pueblo rival de Ndote.

Naturalmente, Ñangüe acusó a su contricante el jefe de Jandje, Ngulampanga, otro cacique comarcal, de haber provocado con su masanga(hechizo), la pérdida de la mano de su timonel. Ngulampanga tenía fama de gran brujo. También poseía varias barcas de pesca, pero se decía que su verdadera armada era un escualo feroz. Se contaba, entre rumores de río y murmullos de mar, que al caer la noche Ngulampanga aparecía

desnudo en una playa solitaria, allí se transformaba en tiburón y atacaba a sus enemigos.

La enemistad entre los dos hombres se situaba más bien en el marco político. Traducía también el antagonismo de los dos principales partidos políticos hegemónicos del distrito de Mbini en aquellos días, el Munge (Movimiento Nacional de Guinea Ecuatorial) y el Monalige (Movimiento Nacional de Liberación de Guinea Ecuatorial). Ngulampanga, oriundo de Mbini, no soportaba el protagonismo hegemónico ejercido por Ñangüe, que había nacido en Corisco, en Nanda, instalándose más tarde en Mbini, en Ndote.

Desde su llegada, todo lo que se hacía en Mbini y en toda la comarca pasaba en las manos del acaparador benga. Mientras que antes de la llegada de Ñangüe, Ngulampanga dejaba oir su voz, desde Jandje hasta Malacha y desde Bolondo hasta Sendje. Incluso las reuniones anuales que la administración española organizaba en Jandje, se habían trasladado a Ndote. Durante estos encuentros, el comandante de la marina de Mbini, el capitán Godoy, se reunía con los jefes playeros de la región sur del litoral para tratar asuntos marítimos y temas variados. Los asuntos marítimos se trataban colegialmente en la asamblea de jefes, pero los temas variados que eran los que más abundaban en la carpeta del marino español, eran tratados en reducido comité, cara a cara entre Godoy y Ñangüe. Lo que irritaba en sumo grado al hombre de Jandje, que tenía muy mala uva. Ngulampanga era bapuku, los bapukus son primos de los bengas, por esa razón de proximidad tribal, las relaciones de los dos hombres eran muy distantes y tirantes. La rivalidad muy fuerte. Se trataba de dos clanes hermanos en pugna por el poder.

En varias ocasiones, los dos jefes, primos hermanos, con argumentos idénticos habían intentado disuadir a la playera de Bolondo de no acudir durante su ciclo mestrual al poblado del otro. A lo que la ninfa de la sangre respondía, que aquella prohibición le estaba vedada. El germen que salía de sus entrañas pertenecía a todo el pueblo playero en su máxima extensión, incluyendo a los fangs y bujebas que convivían con los ndowes en el litoral riomunense. Entre ellos ya existían desde generaciones atrás lazos de consanguinidad. La tensión entre los dos hombres, alcanzó su punto culminante a principios de los años sesenta; cuando la administración española que acababa de inaugurar en Guinea el régimen autonómico, nombró para Río Muni un nuevo Gobernador civil en la persona de don Victor Suances Díaz del Río, un jerarca franquista de buena cuna y buen padre de familia.

Era un hombre afable, honesto y honrado, enviado por el poder de Madrid para venir a calmar y templar paternalmente, los impetuosos espíritus guineanos que reclamaban precozmente la independencia. En Mbini, don Victor Suances fue objeto de un recibimiento apoteósico, con todo el ceremonial del Movimiento entonces en boga: militares vestidos de gala, traje blanco con hombreras rojas, desfilando bajo las notas de la Aguila Real, niños con uniforme de Falange y paso marcial entonando cantos de marcha:

Ran, tam, plan el regimiento infantil
Ran, tam, plan va a luchar y vencer
Lleva en la mano un fusil
Ran, tam, plan va a luchar

Para defender nuestros honores
Vamos sin miedo a combatir

Por Cristo el enemigo muera
Pero a la Patria hay que servir

Ran, ran, ran, ran
Ran, tam, plan, plan, plan.

El que dirigía toda esa orquestación con mano de maestro y ritmo de africano era, una vez más, el inevitable Ñangüe, cuyo discurso de bienvenida al gobernador, lleno de elogios a la "madre patria, España", agradó al hombre que venía de Madrid; que pudo apreciar también el estilo nuy elegante del benga al reindivicar "la autodeterminación de los pueblos de Guinea no contra España, insistituible madre patria, sino con y por la metrópoli. Para dar testimonio del progreso y madurez adquiridos por el pueblo de Guinea, gracias a la intensa y fraternal labor civilizadora de España, madre de naciones, en sus entrañables territorios africanos". Como recompensa, Díaz del Río anunció dos buenas nuevas a los habitantes de Mbini: la ciudad iba a tener su primer alcalde negro hijo de Mbini. El cargo recayó sobre el maestro Luís Mitogo Ekang. Un jóven político, estrella emergente de la comarca y mano derecha de Ñangüe. La segunda noticia-regalo para la población de Mbini, era el anuncio de la ordenación próxima del primer obispo negro de Guinea: el doctor Rafael María Nzé Abuy, también hijo de Mbini, natural de Egombegombe, un pueblo aliado al hombre de Ndote. Un gesto eminentemente político de la administración colonial española. El nuevo Gobernador civil nombró naturalmente, a Ñangüe presidente de la comisión riomunense de la ordenación de Nzé Abuy, "en aras a su experiencia y por los múltiples servicios prestados a España en todo momento y a lo largo de su historia contemporánea", dijo el bondadoso jerarca castellano.

Durante los meses que precedieron a la ordenación del obispo, la comisión de Ñangüe, mediante una intensa y eficaz campaña, se encargó de recolectar limosna en todos los lugares públicos del territorio riomunense:en las playas, en las plantaciones, en los ríos, en los puentes, en los puertos, en las barrerras, en las prisiones, en las capillas, en las iglesias, en las escuelas, en los mercados, en las estaciones, en los estadios, en las ciudades y en los poblados. El dinero recolectado fue un montón, superando con creces el monto necesario para financiar la ordenación del primer obispo autóctono de la historia católica de Guinea. Tras su instalación en la diócesis de Bata, el jóven obispo empezó a publicar su "Hoja pastoral" con un tema recurrente: "los cristianos ante la independencia de su país".

La operación Nzé Abuy fue un negocio redondo para Ñangüe, quien no solo ganó dinero sino también fama, prestigio personal y nuevas parcelas de poder. Generoso y reconocido, Ñangüe distribuyó parte de la bolsa del apostolado batense al obispo de la selva de Saba. El hombre de Ndote, reexpedió una buena suma de dinero a su aliado Oden Mboa. Colérico y celoso ante la iressistible ascensión de su rival, Ngulampanga fue a ver al jefe de la Guardia Territorial de Mbini, acusando a Ñangüe de practicar el bueiti y desviar al mismo tiempo los fondos destinados al futuro jefe del prelado guineano(hijo elegido de la Santa Madre Iglesia Católica), en beneficio de una pagana y profana iglesia de la selva, cuyo culto estaba expresamente prohibido por la administración española.

Le explicó que Ñangüe y los suyos, se iban todas las noches de los sábados a oficiar en Saba, donde vivía Oden Mboa, el jefe bueti. En aquellos días, la guarnición de Río Benito estaba bajo el mando de un

jóven e impetuoso teniente llamado Fernando Enseñad Sánchez Cruzado, ávido de medallas y amante de cruzadas. Sánchez Cruzado no esperó a consultar con su homólogo de la marina, el capitán Godoy, ya que Saba se encontraba a varias millas tierra adentro, dentro de la jurisdicción de la Guardia Territorial. De modo que el militar, una buena noche de lluvia, se llevó a medio batallón de la Guardia Territorial a la selva sagrada de Saba.

En el laberinto de la selva de Saba, los soldados sorprendieron a miles de adeptos en pleno trance, recibiendo al espíritu de la noche. Muchos se encontraban todavía bajo los efectos de un fuerte alucinógeno y tenían los ojos desorbitados. Disfrutando del "viaje", llevados por el hechizo de la iboka. Advertido por su sexto sentido, Ñangüe no se presentó aquella noche en el "bandja", noche solemne del bueti. Así se salvó de la redada, pero muchos miembros de su familia fueron capturados. Tuvo que venir a prestar declaración a la comandancia de la Guardía Territorial.

A la mañana siguiente, informado de los hechos, por el teniente Enseñado, Godoy, que conocía a los dos hombres, supo de inmediato lo que había pasado. Hubo Celos y rivalidad fratricida. Como militar de mayor graduación y decano del jóven Enseñado, Godoy decidió organizar un debate público entre los dos jefes en el Tribunal tradicional de Mbini. Era justamente en el Tribunal tradicional donde la administración colonial zanjaba los pleitos y rencillas entre los autóctonos.

Se convocó pues a los dos jefes a un debate público, donde sólo la elocuencia y los argumentos del uno y del otro iban a decidir. Godoy conocía sobradamente al brillante orador que era Ñangüe, quien sólo se podía comparar con otro famoso jefe del país fang, el famoso Abeso Motogo, primer jefe de la tribu meban, en

Mikomeseng. Para resolver el litigio que oponía a los dos jefes ndowes, el comandante Godoy decidió organizar un duelo sin igual en la arena del Tribunal tradicional de Río Benito.

En aquellos días Abeso Motogo era uno de los jefes tradicionales de los fang, que tanto por su visión tradicional de los valores del hombre negro, como por el saber hacer que había ganado en su trato cotidiano con la administración colonial española, se había destacado, sobresalientemente, hasta el punto de ser un personaje imprescindible en el escenario político guineano. Figura legendaria en los tribunales tradicionales de la Guinea española, las gestas y hechos del Primer Jefe de la tribu Meban, su título oficial en la nomenclatura colonial, no pasaban desapercibidos por los administadores españoles, que no cesaban de solicitar y pedir consejos a aquel sabio africano que parecía tener respuesta para todo, con una oratoria poco común, trasladada literalmente del fang a la lengua de Cervantes.

En una ocasión durante una sesión del tribunal tradiciona, Abeso Motogo no dejaba de apoyar a uno de sus protegidos, quien a cada tirada pedía el asentimiento del gran jefe de la tribu Meban, pero el orador lo hacía en el más puro estilo dialéctico fang, demostrando de forma sutil y progresiva su familiaridad y parentesco con el famoso jefe, artificio que garantizaba su testimonio durante el pleito.

Entre los fang la amistad y los lazos familiares priman sobre todo lo demás. Esta es la base de la idiosincracia fang y los fundamentos de la cultura bantú: el parentesco. Un fang puede llegar a ser Papa en el Vaticano o Secretario general de la ONU; éstas funciones no implican de ningún modo su emancipación repecto a su clan, todo lo contrario, el

marco de sus funciones estará estrictamente supeditado a los intereses superiores de su estirpe. Es decir, la primacía de su clan sobre todo lo demás. A todo fang, hombre, mujer o niño, le consta que no hay nada en el mundo más serio que ser un fang, de ahí la altivez y prepotencia natural de los fang.

El linaje, el sesgo cultural, los lazos de solidaridad de las alianzas tribales, son categorías que cimentan y configuran la cosmología fang. En este sentido, en Guinea, la alianza indisoluble entre los nsomo y los anvom es legendaria entre los fang. Conocedor de todo ello, el súbdito de Abeso Motogo que comparecía aquel día en el Tribunal tradicional, artículó todo su sistema defensivo en demostración de sus lazos estrechos, amistosos y familiares con el gran jefe de la tribu meban.

A cada intervención terminaba matizando: "ye muy Abeso Motogo aguog"(¿no es así "mi querido amigo" Abeso Motogo?). Abeso Motogo asentía con la cabeza y el ponente continuaba su discurso para volver a solicitar la aprobación del jefe fang:

– "ye muy nmia Abeso Motogo aguog"(¿es verdad no? Mi querido "amigo y cuñado" Abeso Motogo). Esta vez Abeso Motogo asintió sacudiendo la cabeza y pronunciando sonoramente la palabra eeesues (eso es). Envalontonado, su protegido siguió apelando por su causa y concluyó implicando otra vez al hombre de Meban: - "ye muy nmia nkukuma" Abeso Motogo aguog"(¿es que mi querido "amigo, cuñado y jefe", Abeso Motogo corrobora todo lo que acabo de exponer?

Abeso Motogo se puso en pie aplaudiendo al brillante orador, lo importante no era la justa causa del pleito sino los lazos de amistad (amigo), de parentesco (cuñado) y de reconocimiento de su autoridad (jefe),

que el pleitista sacó a relucir durante su comparecencia.

Abeso Motogo corroboró las declaraciones de su protegido, repitiendo varias veces su famosa frase "eesues", apenas le importó si el testigo decía la verdad. La verdad estaba en la fidelidad del ponente, fiel como amigo, fiel como pariente y fiel como súbdito. En aquellos días en Guinea, un capitán de la Guardía Civil no podía permitirse el lujo de condenar a un hombre protegido por el influyente cacique de Mikomeseng.

Abeso Motogo no era un simple jefe tradicional, era todo un sistema político cuya influencia se extendía no sólo por todo el país ntumu de Guinea, sino por toda la nación fang, desde Guinea hasta Centroáfrica, pasando por Camerún y desde Gabón hasta Congo Brazzaville. Este es el espacio natural de los fang en Africa central. Pero el verdadero feudo del hombre de Mikomeseng, desde donde gestaba su poder muy singular era Afanengui, la temible zona de la resistencia anticolonial fang, cuna de la lucha de los movimientos de liberación de los pueblos de Africa central. Por allí pasaban los líderes políticos guineanos camino del exilio, por allí venían también los enviados de políticos guineanos refugiados en Camerún a impartir órdenes y recibir consignas sobre la marcha de la senda hacia la independencia. En tierras de Abeso Motogo los fang iniciaron a destacadas personalidades de su estirpe, como los míticos escritores camerunes Oyono Ferdinand y Mongo Beti, grandes genios del arte de la palabra fang que vinieron en peregrinación, e iniciación, en la tierra de fuego de Afanengui, allí recibieron la llama de Pentecostés de la mano del gran brujo y filósofo Abeso Motogo. De este modo, el régimen colonial español

tenía fundadas sospechas de la doble actividad del jefe de la tribu meban, pero carecía de pruebas, porque de día, Abeso Motogo era un fiel aliado de la potencia ocupante, a la vez que un subordinado eficaz que imponía orden y disciplina en la comarca; pero de noche, cuando no le veían los blancos, Abeso Motogo desaparecía en la selva de Afanengui, para ir a recibir a los grandes líderes independentistas de Camerun y Gabón. En la larga senda de su selva protectora de Afanengui dejaron sus huellas líderes históricos de la talla de León Mba, primer presidente de Gabón y Ruben Um Nyobé, héroe de la independencia camerunesa. De la misma forma, Abeso Motogo recibió con todos los honores a su homólogo del litoral riomunense, el divino Ñangüe.

Saliendo de noche de Afanengui, Abeso Motogo se trasladaba a la selva sagrada de Nsuasomo en Ebebiyin, donde reposa el cráneo del legendario jefe fang, Mboo Mba, héroe del Oban(ejército) fang, el hombre que frenó las invasiones negreras árabes en la selva africana. Abeso Motogo era uno de los pocos jefes vivientes que todavía gozaban del raro privilegio de mantener largas y vivas discusiones con el gran genio fang muerto hacía varios lustros. A su regreso entre los vivos, el jefe meban (plural de oban=ejército), llevaba la buena nueva que le había transmitido el temible jefe Mboo Mba desde su tumba, para ello Abeso Motogo, todavía temblando de pavor por la impresionante visión de la cabeza cortada y sangrante de Mboo Mbaa, convocaba una gran asamblea de las tribus fang en Afanengui, pero engañaba a la administración española declarando que era un período de fiestas específico para los moradores de la selva.

Para su estratagema se invitaba a todos los baleles existentes en el universo de los "Bong Ba Afiri", así se designan los fang entre ellos. Se invitaba pues a todo el mundo del ambiente fang, con sus respectivos grupos: olaocha, menguemomias, mendjang meyecaban, mbatawe, mokom, ngoantangan, mosong mebere engon, obrung, nlup, akomamba, eñeng, mekamenka, biben, onzila, moan biang, ndong mba, machacando y otros grupos variopintos que integran el mundo de la feria fang.

En esas asambleas el gran sabio de Mikomeseng recordaba a todos los participantes, ávidos de saber lo que había dicho el eterno Oboo Mba desde su tumba, los principios elementales que constituyen la base de la civilización fang. El jefe meban repetía lo dicho por el legendario ancestro de ultratumba. Los momentos principales en la vida de un fang son tres: el primero, el día de su nacimiento, cuando su comunidad lo admite y le acepta como su mienbro; el segundo, el día de su casamiento, cuando su tribu mediante su unión marital, establece una nueva alianza reforzándose; y, el tercero, cuando el fang muere, se celebra su defunción, la comunidad recupera sus bienes y los distribuye entre los miembros más meritorios y próximos del difunto, luego prepara su alma para entrar y formar parte del mundo de los espíritus.

Un fang (mujer u hombre) que se identifica como tal tiene tres cosas principales en su vida: casa, familia y tierras. El credo fang es esencialmente materialista, por eso el modernismo materialista occidental, lejos de debilitar a los fang, ha contribuido a su reforzamiento con la incorporación de objetos de consumo del mundo tecnológico. La comunidad fang, por su fuerza arrolladora en la selva, siempre se

presenta en Africa central, como uno de los actores de primer plano.

A un fang no le presentes jamás a un hombre frágil, santo, piadoso y lleno de buenas intenciones, éste no tiene cabida en el poderoso universo fang, el fang siempre se burlará de él. Este ha sido el fracaso de la iglesia católica en el país fang. El modelo fang, es un hombre que se ocupa de su familia, ayuda a su tribu y trabaja para su clan. A nivel ético, el fang se identifica plenamente con el blanco colonizador, porque el blanco invade, somete, domina y asesina despiadadamente a las demás agrupaciones humanas militarmente inferiores. El fang procede exactamente de la misma forma en su espacio de conquista. En su estricta liturgia existencial, desde su nacimiento hasta su muerte, el fang no necesita nada exógeno, intrísecamente nada proveniente de otra cultura tiene cabida en el "ntu", núcleo del hombre fang. Un Dios que no es fang no existe.

Esta interioridad absoluta, mental, casi germánica es también la que hace del hombre fang un ser frágil, normal, como los demás, es decir un hombre universal. Por eso también, como toda cultura que se cree dominante, el fang integra coloraciones locales en su inmenso espacio de conquista de geometría variable.

Este era el credo de Abeso Motogo. El jefe fang, transmisor del legado de Mboo Mba, preparaba ya a su pueblo a adaptarse a la nueva sociedad en gestación acorde con las transformaciones del tiempo moderno. La lucha por el poder y por el dominio de bienes venía a sustituir las viejas rencillas tribales originadas por ocupación de tierras y ambiciones hegemónicas. La creación, por el órden colonial, de un nuevo instrumento moderno, el Estado, daba a los fang un nuevo instrumento de poder jamás soñado por el

mismo Mboo Mba en tiempos de su gloria y poderío. "Sed buenos con los blancos, decía Abeso Motogo a sus hermanos en la selva, nos traen el futuro, nos traen el poder".

El poder, el ser fang, la alianza con los poderosos blancos, era esa la trilogía que definía la doctrina política del príncipe de la selva Abeso Motogo. Durante las sesiones del Tribunal tradicional, el capitán español que las presidía observaba, que el viejo fang pasaba todo el tiempo masticando algo en la boca cuando no hablaba, pero al ver que no había ningún plato de comida puesto junto al comensal, el militar le preguntó un día:

- ¿Y Abeso Motogo, que siempre dice eesues, qué comes? Al escuchar la pregunta del oficial español Abeso Motogo respiró profundamente y adoptando una actitud doctoral respondió a su interlocutor:

- Abeso Motogo, primer efe (jefe) de la tilbu (tribu) meban come boca boca sin nada dentolo costumbre moreno (mastico la cola como acostumbran a hacerlo los morenos).

- ¿Y por qué los demás no comen? inquirió el capitán

- Porque no lligado idad mi capitán (por que no han llegado a la edad de comer cola).

La otra proeza de mucho sabor, fue la defensa de Abeso Motogo a favor de un guardia colonial que su oficial quería castigar. Se mandó al guardia, como era de rigor entonces, ir a hacer obras de remiendos en algunos tramos de las carreteras, echando gravilla. La mano de obra debía ser requisada en los poblados que atravesaba la ruta.

Cuando llegó el oficial de inspección, encontró que nada se había hecho y se ensañó con su soldado encargado de las obras. En ese momento vino Abeso Motogo, el jefe fang, sabiendo que el régimen

franquista se proclamaba de inspiración divina,(Franco había firmado un concordato con el Vaticano); Abeso Motogo no dudó un solo instante en culpar a Dios del retraso de las obras con una demostración. Para empezar el jefe meban disculpó a todos los presentes.

-" el señol capitán, decía, que viene ver obras en tierras del plimel efe de la tilbu(tribu) meban no tiene culba(culpa), el gualda (guardia) que capitán mandado para obra tampoco tiene culba, el poblado meban que ayuda a gualda trabajo en caletela (carretera) tampoco tiene culba, yo mismo, Abeso Motogo, primer efe de la tilbu(tribu) meban tampoco tiene culba".

-Muy bien Abeso, al parecer nadie aqui tiene "culba" del retraso de las obras, cortó irritado el oficial español.

-Sí mi capitán, replicó Abeso Motogo, el que tiene culba es Dios.

-¿ Quién, Dios?, exclamó el capitán asombrado.

- Sí Dios, aseguró el jefe fang, Dios es el que manda la lluvia, la lluvia llava(se lleva la) gravilla y el trabajo paró (se retrasa). El que tiene culba es Dios-, concluyó Abeso Motogo.

- Muy bien, dijo el capitán, como no podemos enfadarnos con Dios, vamos a disculpar a todos y esperar que Dios nos de buen tiempo para proseguir las obras; mientras tanto os dejo tranquilos con la paz del Señor.

Por su fama de gran orador el jefe fang fue invitado desde Milomeseng para asistir al enfrentamiento entre los dos hombres de Mbini.

Fue un enfrentamiento de antología. Todo el pueblo de Mbini había venido a presenciar el duelo entre los dos caciques más influyentes de la región. Se

decía también que los dos hombres militaban en sendas formaciones políticas antagonistas que luchaban por la independencia del país. Se trataba también de las dos formaciones más populares de Río Benito cuyos miembros, se decía, esperaban ganar puestos relevantes con mil honores el día grande de la triunfal independencia. Ñangüe era el presidente distrital de Monalige (Movimiento Nacional de Liberación de Guinea Ecuatorial), liderado por Atanasio Ndongo Miyono; Ngulampanga era un notable del Munge (Movimiento de Unión Nacional de Guinea Ecuatorial), liderado por Bonifacio Ondó Edú. Los otros partidos eran prácticamente desconocidos por los habitantes de Mbini. Se hablaba de Ipge (Idea Popular de Guinea Ecuatorial) liderado por Francisco Macías, pero a nadie le gustaba, decían que era un loco. Un loco que decía verdades a los blancos, esa era la base de su popularidad. El día en que Macías llegó a Mbini, en 1966, era todavía Vice-Presidente del gobierno autónomo y Consejero de obras públicas, la población de Río Benito le abucheó.

Los dos jefes playeros ambicionaban puestos en la futura república. El primero en abrir las hostilidades, en lengua vernácula bapuku, fue Ngulampanga, quien hizo un prolongado relato de su arraigo en el distrito de Mbini, sus realizaciones y sus hechos como auténtico hijo del pueblo de Río Benito. Contrario a « muchos errantes que cambiaban de pueblo y de origen, de costa a costa, como la mariposa de flor en flor » concluyó Ngulampanga con malicia. Su discurso se tradujo para los blancos presentes, por medio de los traductores habituales del Tribunal tradicional.

A continuación habló Ñangüe. El benga, como es costumbre en Corisco, se expresaba perfectamente en castellano. Se decía también que el hombre de Ndote había ido a las grandes escuelas. Pero nadie sabía

decir dónde se localizaban esas grandes escuelas que habían dado a Ñangüe todo el español que «castizaba». En su ponencia, el cacique de Ndote empezó contraatacando a partir del último ataque del jandjés.

-«Dicen que soy un errante, empezó diciendo, abandono pueblos, voy de costa a costa. ¿Esto va para mí o para nuestra adorable hija de Bolondo, sirena de nuestras playas, Matinga, que va de pueblo en pueblo, de costa a costa, sembrando con su sangre el germen de nuestra regeneración?».

Matinga era una diva, una diosa para el pueblo de Mbini, todos conocían a la mítica leyenda viviente de Bolondo y muchos se habían beneficiado de sus dádivas mensuales distribuidas de costa a costa y de pueblo en pueblo. Hábilmente, con esta breve introducción, Ñangüe metió al público de Mbini en su bolsillo, con la sola evocación de la jóven playera. Imediatamente después entró en materia.

-"Como súbdito guineano, y más particularmente como ndowe, continuó, no se me puede negar asentamiento en el area cultural de mi extirpe que es el litoral riomunense, más concretamente aquí en Mbini. Porque este es mi pueblo, tal como Corisco es vuestra isla. El que pone en entredicho mi legitimidad como hijo de pleno derecho de esta nuestra comunidad, no solo socava los fundamentos sagrados del pueblo ndowe, sino que también atenta contra los principios inalienables de la Ley orgánica del Estado español, que regula el funcionamiento armonioso de nuestras comunidades guineanas como territorios españoles ".

Esta última tirada iba destinada a los españoles presentes quienes, sin dejar terminar la frase del orador, se pusieron a aplaudir. Desde entonces, con todo el público a sus pies, el corisqueño de Ndote,

seguro de haber ganado unos buenos puntos de entrada, continuó su pugna contra su contricante, ignorando ostensiblemente la presencia de su rival en el Tribunal tradicional y hablando ex cátedra, como si no estuviera en un debate contradictorio.
Ngulampanga guardaba silencio, él no había ido a la escuela ni había visitado Corisco. El hombre de Jandje no podía «castizar» como lo hacía su rival de Ndote. Y, adoptando la culpable y vergonzosa actitud de un niño que ha abierto una colmena por imprudencia, Ngulampanga se hizo como un ovillo en su asiento y esperó, temeroso, el paso del enjambre. Los picotazos no se hicieron esperar. Satisfecho por el efecto de su preámbulo, Ñangüe continuó golpeando con su elocuencia.

-"En Mbini, aquí en Río Benito, un benga nunca ha sido extranjero ni mucho menos forastero. Es más, los bengas que se nutren de la savia que mana de la extirpe ndowe, han participado cumplidamente y con creces de la prestigiosa y hegemónica evolución de la cultura playera en nuestro distrito. Yo díría incluso más allá de nuestro distrito. Sí señores. Aquí y ahora os puedo hacer una pequeña revelación, continuó Ñangüe con aires misteriosos, hace poco el gobernador de nuestra provincia, don Víctor Suances Díaz del Río..."

Al pronunciar el nombre del gobernador, Ñangüe marcó una breve pausa, saboreando el impacto de sus palabras en su auditorio y antes de continuar miró rápidamente de reojo a su rival de Jandje, Ngulampanga, éste sudaba a chorros en su sillón.

-"Decía pues, reanudó, que don Víctor me hizo llamar un buen día en Bata y me recibío personalmente en su despacho, al verme exclamó:
-Ñangüe te conocen en España- yo le respondí con mucha emoción. Me acuerdo que yo le dije textualmente esto:

" Excelencia, si me conocen en España es porque yo soy de Mbini y natural de Ndote".

Al contar esta anécdota, todos los asistentes se levantaron aplaudiendo largamente al héroe de Mbini, ciudadano emérito de Río Benito.

-"Por eso, continuó Ñangüe, yo saludo la acción y la actitud peculiar de los hombres de Mbini, ndowes, bujebas, fang todos se han integrado plenamente a la cultura ndowe tal como nosotros los ndowes nos hemos también abierto a sus culturas; llegando a generar lo que yo llamo la civilización playera de Mbini, fruto de la intronización de nuestras diferentes culturas. Por eso los que vienen de Bata, de Santa Isabel y del interior del continente a visitarnos aquí en Mbini, se quedan agradablemente sorprendidos por nuestra identidad polifacética y por la armonía que reina en nuestra comunidad, fruto de la riqueza de nuestro sesgo cultural. Recogiendo esta realidad como palestra, prosiguió doctoralmente el benga, vemos también que en esta nuestra comunidad caben también aquellos hombres, mujeres y niños que salieron de sus tierras de España, para venir a transmitirnos valores hispánicos, su cultura y su lengua, vehículos de expresión y señas de identidad que nos permiten situarnos en ésta Africa que avanza hacia el mundo moderno contemporáneo. Este es el proyecto de sociedad que yo, Ñangüe, presento aquí y hoy en Mbini. Es un compromiso fraterno que excluye todo tipo de discriminación racial, tribal, geográfica, étnica y religiosa. Por eso yo siempre digo a mis amigos españoles, que no deben establecer barreras ni controles por todas partes, impidiendo a los guineanos participar en la magna labor de civilización que ellos mismos nos dicen que han venido a realizar en nuestras tierras africanas..."

Tras pronunciar estas palabras Ñangüe volvió a observar una breve pausa para ver la reacción del público y medir el impacto de sus ideas. El mesurado achaque a la administración española, sonó a oidos de los jóvenes guineanos dúramente reprimidos por el cerco colonial, como un ataque en regla contra el opresor español, lo cual provocó largas ovaciones en el público guineano con gritos de «¡Ñangüe, Ñangüe, Ñangüe!».

-"Esto significa, concluyó el líder playero, para todos nosotros, que en estos momentos en que nuestro pueblo avanza al encuentro de su destino, con todos sus valores, debemos hoy más que nunca, fomentar nuestra unión dándose la mano unos a otros como yo lo hago ahora, avanzó, para dar la estocada final, a abrazar al pobre Ngulampanga desmoronado en su palco, dando mi mano al gran jefe bapuku, señor de Jandje, mi querido hermano y amigo Ngulampanga".

Al terminar su intervención Ñangüe fue largamente aplaudido. El líder de Ndote fue aureolado, no solo por el público guineano, sino también por numerosos miembros de la colonia española de Mbini quienes, inquietos por el destino que les resevaba la futura independencia del país, habían acudido al mítin para asistir al debate de los dos jefes de Mbini, considerados entonces como futuros prohombres de la próxima república. Se decía entonces que en Madrid el Generalisimo, ya había recibido en su palacio del Pardo a varios líderes autóctonos que reclamaban la independencia. El discurso de Ñangüe, moderado y reinvidicativo, había gustado tanto a la franja de la población guineana que quería la independencia inmediata, como a los colonos españoles que querían preservar sus privilegios en aquellas tierras de encanto tropical, donde cualquier blanco, aun viejo y feo, podía

ligar sólo con la mirada, a una hermosa negra de dieciseis años. Lo mismo ocurría en la selva virgen guineana, penetrada por potentes empresas forestales que ofrecían a la economía española sus abaundantes recursos, con una variadad de especies forestales altamente cotizadas en el mercado internacional. La madera que se explotaba en los bosques de Mbini era transportada en almadía, hasta los buques que fondeaban permanentemente en la desembocadura del río Benito y que partían directamente a España.
Mbini exportaba también a la península productos agricolas variados como cocos, aceite de palma, piñas y mangos. Este era el tributo colonial que la región pagaba anualmente a la potencia ocupante. Lo mismo ocurría en las demás zonas económicas del territorio guineano sometido a España. Por eso el horizonte de la independencia asustaba sobremanera a los colonos españoles mientras que los guineanos lo vislumbraban con ansias y ganas de libertad.

José Ramos, un acaudalado comerciante canario de Mbini, que había asistido al triunfo de Ñangue sobre su rival, satisfecho por la prestación del hombre de Ndote, vino a ofrecerle un garrafón de vino de 36 litros: los seguidores de Ñangüe al ver la gustosa ofrenda, sedientos, también colmaron a su jefe con gritos y vítores:
- « Ñangüe moana mboka, Ñangüe moana Mbini » (Ñangüe hombre del pueblo, Ñangüe hijo de Mbini) y, en volandas, lo llevaron a Ndote, para ir a abrir el exquisito recipiente que contenía el precioso líquido.

En Ndote, Ñangüe volvió a montar sobre su cabra y efectuó otra vez una triunfal y apoteósica marcha por la avenida principal del poblado. Aquella noche fue muy calurosa en las playas de Mbini, con inauditas mezclas de vino de Jerez y vino de palma. Llegó un grupo musical que venía del pueblo vecino de Sípolo,

que en aquellos días encabezaba la lista de los cuarenta principales de la discografía riomunense con un tema muy en boga en aquellos tiempos. Asili Café (la reducción del precio del café), un éxito muy sonado acorde con los aires preindependentistas que soplaban en el golfo de Guinea.

La noche negra se iluminó en Ndote con las mil antorchas que salían de las chozas. En la playa, frente al mar, los hombres prepararon una gran hoguera en medio de una pista circular. De entre las llamas surgió como por encanto el mekuyo de Egombegombe, que vino a animar la fiesta del benga victorioso. Todos habían salido de la cabecera del distrito para ir a rendir homenaje al jefe de Ndote que celebraba su triunfo.

Matinga contemplaba satisfecha el encanto de la noche en fiesta. Había llegado a Ndote hacía unas horas aquella misma tarde, procedente de Bolondo, siguiendo las instrucciones de su madre. No se arrepentía de haber viajado, encontró a la gente del poblado con buen humor y aires de fiesta, preparando la celebración del triunfo de Ñangüe. En Mbini, el hombre de Ndote arrolló a su rival de Jandje. Mucha gente jóven de los poblados vecinos, chicos y chicas, empezaban a llegar también al ferial. Antes de entrar en el pueblo, Matinga había ido, como tenía por costumbre, a saludar a los espiritus en el río Ndote. En el río sagrado con su cuerpo desnudo en signo de respeto, echó las plumas aleras de una gallina blanca para que su espíritu pueda subir muy alto, sobre las cimas de árboles y montañas para abrazar un alma pura en un mundo de amor. Allí sintió una intensa sensación que envolvió todo su cuerpo como una protección invisible. Después de ese breve

recogimiento en el río, la playera entró en el poblado y se fue a casa de una tía suya donde pasaría la noche.

Cuando empezó la fiesta, al caer la noche, Matinga se unió al grupo de mujeres que bailaban "ivangha" en la plaza del poblado. Cuando se cansó fue a ver el mekuyo, el baile de los hombres de la playa. Cada vez que veía aparecer al mamarracho que giraba en torno a la hoguera de la playa, una profunda sensación de bienestar y euforia invadía todo su cuerpo.

Con su extraordinaria vitalidad, el mekuyo daba vueltas y piruetas al aire libre aquella noche, multiplicando figuras inimitables sobre la fina arena de la playa y liberando una energía magnética que hechizaba al público congregado. A su lado, jóvenes del poblado caían en trance y se contorsionaban poseidos por el hechizo de la noche en fiesta. Dando tumbos al aire, trazando mil figuras con sus malabarismos sobre la arena de la playa, animando el carnaval con sus gritos de invitación a la mar encantada.

En la playa de Ndote, a altas horas de la noche, entre cantos y tambores, llegó el momento solemne del genio oculto, el espíritu tenebroso de los hombres de la playa, la "cosa" salida de los abismos del universo que provoca temor y espanto, un ser inaudito que cobra vida en la memoria ancestral de los hombres que viven entre la tierra y el mar. Se produjo un chispazo en el cielo abierto: todo se paró y reinó un silencio profundo, un sonido sepulcral. La mar se calló retirando sigilosamente sus olas de la orilla, las estrellas desaparecieron súbitamente del cielo brillante, las mujeres entraron apresuradamente en las chozas, los niños del poblado cayeron todos en un sueño profundo, los hombres se quedaron quietos y mudos. La luz miedosa de la luna, se perdió en la

sombra del firmamento oculta por espesas nubes negras suspendidas sobre el tejado de las chozas. Durante un momento, interminable, casi eterno, el pueblo de Ndote quedó suspendido.
La noche oscura extendió su sábana negra, apagando las mil y quinientas antorchas iluminadas durante la feria. El manto del misterio cayó sobre el pueblo costero y del laberinto de la frondosa selva, brotó una voz de trueno que recitó, para el pueblo congregado, los orígenes místicos de la étnia ndowe. Una estirpe celeste que amaneció en la esfera terrestre antes del levantamiento de las mismas pirámides de Egipto. Los ndowes, buenos navegantes, bajaron por el largo río de Africa hasta el país de los Grandes Lagos creando reinos y fundando imperios. Vieron el nacimiento del imperio de Uganda y engendraron la dinastía de los Bogandas, conquistaron el rio Congo y llegaron hasta su desembocadura a la mar inmensa. Descubrieron el océano Atlántico y se instalaron en su litoral, ocupando la costa riomunense hasta Camerún. Dejaron a su paso una estela histórica de larga trayectoria. Después de su recital la voz de trueno se desvaneció en la selva.

La mar reapareció de nuevo vestida de fiesta con sus olas de espuma, los hombres de Ndote continuaron la fiesta con sus mujeres bajo la luz púrpura del cielo estrellado. La luna sonriente con su mirada de amor salió de su escondite, fue también cuando Matinga salió a la playa para dialogar con las olas del mar bajo la luz de las estrellas. Allí encontró durmiendo al sueño de su vida. Allí le vió por primera vez.

Se llamaba Mbele, era el benjamín de los hijos de Ñangüe y el único que no tenía madre. Lo encontró

durmiendo plácidamente al pie de un cocotero, ella se dejó caer a su lado abriendo sus brazos.

Mbele era el mito viviente del poblado de Ndote. Nadie conoció a su madre. Se dijo que Ñangüe le tuvo con una « mamiwata », una sirena que el jefe benga capturó en sus redes una noche de pesca. Se decía que la sirena madre de Mbele, vivió cautiva en una habitación secreta de la inmensa casa de mamposteria de Ñangüe. La madre de Mbele desapareció en una noche de tormenta, de regreso al fondo marino, cuando el niño tenía ya uso de razón y podía defenderse sólo en el poblado.

Con encanto y magia Mbele creció en la costa de Ndote y forjó su propia reputación como gran cazador marino. Se iba de pesca siempre a nado y regresaba al pueblo con enormes piezas que venía arrastrando entre las aguas. Le gustaba sobremanera la caza de la ballena, la pesca de tiburones y la captura de hipopótamos. Era un hombre taciturno y solitario. Su soledad alimentaba el misterio de su existencia. El misterio que envolvía el origen de su nacimiento contribuía a la notoriedad de su fama. Tenía un físico escultural tallado en un cuerpo de ébano. Su musculatura hercúlea, sus fuertes brazos y sus manos de remo, le facilitaban sobremanera un desplazamiento rápido por el fondo marino. Su cuerpo de atleta y sus formas aerodinámicas, hacían de él un verdadero felino entre las aguas. Mbele era un halcón de mar. Cuando caminaba en la playa, la planta de sus pies no pisaban el suelo, iba acariciando suavemente la fina arena del mar.

En las horas muertas del día, el jóven marino se subía en el cocotero más alto del poblado, donde hacía la siesta colgado de una rama al tiempo que vigilaba, con un ojo semicerrado y otro avizor, el movimiento de

las ballenas en alta mar y el paso de los hipopótamos de la selva al océano.

La hora de la siesta de Mbele, coincidía con el momento en que los grandes cetáceos marinos salían de las profundidades para venir a tomar el sol, lanzando enormes chorros de agua para ahuyentar a las bandadas de gaviotas curiosas que nublaban el cielo marino. Eran también los momentos en que los escualos siesteaban cerca de la costa. Momentos en que los hipopótamos salían del río Nume y entraban al mar pasando por la desembocadura cerca de Ndote.

Desde su observatorio, Mbele seleccionaba las especies y escogía su presa. Cuando terminaba su siesta, el pescador-cazador se lanzaba a la mar como una centella y al cabo de varias horas de intensa lucha bajo las aguas con la bestia, Mbele emergía triunfante del fondo marino. Llamaba a gritos a los pescadores de su padre, que traían sus botes para arrastrar la pieza según se tratase de una ballena, de un hipopótamo o de un tiburón.

Para su pesca Mbele nunca llevaba utensilios de gran tamaño; a veces todo lo hacía con sus manos desnudas. Tenía un completo conocimiento de la anatomía de las principales especies que abundaban en su espacio maritimo.

Asimismo conocía perfectamente la geografía submarina de toda la costa del litoral riomunense, no había refugio, ni recoveco marino que desconociera el mozo de Ndote. Cuando elegía su presa la acorralaba, entonces ya no había escapatoria posible para la condenada bestia marina. Esta era la vida de Mbele, un quehacer cotidiano hecho de lucha y de mito, toda su vida se desarrolló en un entorno circundante anfibio, entre la tierra y el mar, era casi una encrucijada, un peligro constante que oscilaba entre la vida y la muerte. Típica realidad africana donde la

esperanza de vida sigue siendo de apenas cuarenta y cico años. Sobrevivir todos los días era el reto cotidiano de Mbele, el elixir de su vida. Cada mañana, en Ndote, nacía un superviviente salido del mar y llevado de la mano de Dios.

La realidad de su existencia era la caza permanente. Ya tanía veinte años, edad idónea para el matrimonio en el mundo playero, pero hasta entonces ninguna mujer le había interesado. Todos sus hermanos se habían casado y él seguía siendo el soltero solitario del poblado. Su única afición, desde su infancia, era el baile del mekuyo. Desde niño siempre había sentido una extraña fascinación por el mamarracho del baile endiablado. Ya adulto, siempre utilizaba su embrujo para darse coraje y hacerse a la mar. Cuando asistía al baile del mekuyo, Mbele imitaba al hombre emascarado, multiplicando su presencia con saltos y piruetas, subiendo y bajando de los cocoteros, aullando con su voz de león marino al lado del mekuyo:

- « endetée, endetéee, todavía más, todavía más ».

Cuando llegaba la medianoche el hombre del mekuyo caía en trance, iniciando una danza endiablada, dando mil vueltas en torno a la hoguera de fuego ante su hipnotizado público. Cuando llegaba ese preciso momento, Mbele desparecía y se hacía a la mar para regresar al romper el alba, con un enorme tiburón de desayuno para el pueblo que había bailado toda la noche. Entre gritos y cantos, el pueblo de Ndote le agradecía a su hijo y su mito se extendía a lo largo de la costa prolongando su leyenda.

Así, día a día, tras sus pasos dejaba siempre una estela de gloria de hombre solitario. Era un buen mancebo, un muchacho apuesto, cuyo corazón de tiburón encendía la pasión de todas las sirenas y mozas de la comarca. Todas querían conquistar a

aquel caballero de las aguas, pero él siempre se había mostrado insensible a los suspiros que provocaba al pasar junto a las hembras. Hombre anfibio, nadie sabía donde tenderle la trampa ni en la tierra ni en el mar.
Un buen día le llegó el turno al corazón. Fué en la tarde víspera de la fiesta de Ndote. El flechazo le dió de lleno, cuando se encontraba en su lugar favorito de siesta en lo alto de un cocotero. Desde su observatorio favorito él la vio por primera vez. Mbele vió a la ninfa de sus sueños. Sola y desnuda en medio del río ofreciéndose a la naturaleza y abrazando a los espíritus del amor que salían del fondo fluvial. Mbele nunca había soñado con ningún amor, pero aquella tarde, al contemplar el hermoso cuerpo de la esbelta playera, robando su mística intimidad, tuvo la certeza de que siempre había soñado con ella, había crecido con ella, había vivido con ella allí en Ndote compartiendo con ella todos los instantes de su vida.

Mbele ya no podía creer que hubiera habido un solo instante en su vida, en que ella no hubiera estado presente llenando todo su ser con su dulce presencia. Alli, agazapado en el cocotero, absorto en la contemplación de la mujer desnuda en el río, Mbele empezó a sentir la vida, a palpar su existencia.
Su corazón frio de escualo empezaba a latir con ritmo humano, la sangre fluía en sus venas y regaba su cuerpo, su corazón palpitaba gozosamente, despertando sus sentidos caidos en un largo letargo de anfibio. Allí, acurrucado en la cima del vegetal playero, el mozo de Ndote se quedó embelesado ante aquel espectáculo excitante y sublime. La ninfa de Bolondo, con los muslos ligeramente abiertos, abandonaba su cuerpo a las caricias solares en medio de la barca flotando en el río.

Allí, descubriendo un mundo nuevo, los ojos de Mbele se pasearon pausadamente por aquel paisaje de inenarrable belleza. Cuando su mirada se posó sobre el pubis de la mujer, junto a la selva virgen, penetrando su espeso follaje, Mbele se dío cuenta por vez primera que era un hombre, tenía un sexo, un miembro fuerte, libre, que tenía vida propia y su propia energía, se levantaba, se erguía e incluso podía guiar su voluntad y llevarle al paroxismo. La sangre le subia por las venas, el ritmo de su respiración se aceleraba vertiginosamente, a medida que iba sintiendo una intensa sensación de bienestar y felicidad en todo su cuerpo. Quería gritar y llamar a la mujer desnuda en la barca, cuando sintió una dulce y suave explosión bajo su vientre, su sexo estaba eyaculando abundantemente. Mbele experimentó una grata sensación de euforia. El mozo de Ndote no bebía, nunca supo el sabor del alcohol ni conoció la borrachera, pero aquel día se emborrachó con el sabor de su sexo y cayó en éxtasis. Debilitado y sin fuerzas, Mbele bajó del cocotero y cayó en un profundo sopor al pie del árbol sobre la suave arena de la playa de Ndote. Cuando se despertó era ya de noche, estaba todavía soñando, la tenía entre sus brazos, desnuda y caliente. Estaban los dos solos sobre la arena de la playa, sus cuerpos enlazados y sus sexos unidos.

Con este largo acoplamiento, los dos jóvenes iniciaron una larga luna de miel nocturna que duró una eternidad. Fueron besándose y amándose locamente de costa a costa y de pueblo en pueblo. Cogieron la barca y subieron por el río Ndote acompañados por la nota lírica del "ngombi" que salía de la selva de Saba y la voz de oro del hombre del "nghos" (liturgia bueti) Oden Mboa. Volvieron a la costa y se fueron al sur

pasando por Jandje. Hundieron sus pies en las playas de Biboco, en el país de los bapukus, se bañaron en Baga, en el mar de los balengues, llegaron a Etembue, pasaron por Egobengombe, vieron Santa Cruz, visitaron Cabo San Juan y volvieron otra vez a Mbini, cruzaron la desembocadura del Benito y esperaron el final de la noche haciendo el amor en las playas de Bolondo, bajo el techo del guardían vegetal de la ninfa playera. El largo cocotero saludó a la jóven pareja cuando salió el sol meneando sus ramas entre las nubes. Los pájaros que salían de los nidos, parecían celebrar la buena nueva alborotando con sus cantos en el bosque vecino. La vieja ceiba también parecía compartir el entusiasmo de las aves, agitando sus hojas cuando pasaba el viento.

En Bolondo, Matinga llevó a Mbele a visitar el poblado. Le presentó a su tía, su madrina, que estaba casada con un hombre del pueblo. Mbele, nunca había salido de su universo de Ndote. Nunca viajaba ni le gustaban los desplazamientos fuera del mar; pero pasó una grata estancia en el país de los combes, en Bolondo. Jugando en el bosque como un niñito y caminando por la costa llevado de la mano de la jóven playera.

Durante su estancia en Bolondo, el gran cazador, fiera del mar, olvidó por completo su pesca marina perdiéndose locamente en los brazos de su amada. Por primera vez en su vida estaba con una mujer y era un hombre feliz. En el tercer día, el joven dijo a Matinga que debían regresar a Ndote antes del término de la fiesta de su pueblo, que estimaba duraría todavía unos días, según tenían por costumbre los hombres del pueblo de Ñangüe. A lo cual la joven asintió; pero, antes de emprender el viaje de regreso, la hija de Bolondo invitó al muchacho de Ndote a sentarse a su lado frente al mar y le habló.

-"Yo no sé hablar, aunque en nuestra tradición siempre hay que hablar, hay que palabrear buenamente cuando la gente se encuentra o cuando hay un acontecimiento". Mbele asintío silencioso y Matinga continuó:

- "yo te conocía antes de verte, porque siempre hablaban de tí cuando pasaba por Ndote, pero nunca te había visto. Te ví ayer por primera vez y me enamoré locamente de tí. En el río de Ndote, en tu pueblo, yo pedí a los espíritus que me dieran a un hombre, un hombre que me quiera mucho; al parecer me han escuchado y nos hemos encontrado. Muchos hombres me tienen miedo porque mis reglas se celebran en los poblados con otras mujeres, pero no saben que yo soy como las demás mujeres quiero amar y me gustan los hombres. Lo que ha pasado entre nosotros no lo olvidaré nunca porque has sido mi primer hombre, mi primer amor. Eso muy pocas mujeres lo olvidan. Cuando era niña jugaba a escondites, para que no me viera mi tía, esa que has saludado, yo jugaba siempre con los niños de este pueblo a marido y mujer, pero eran juegos de niños. Contigo ha sido algo real, verdadero y maravilloso. Ha sido una nueva experiencia para mí aunque desde niña ya me sentía madura antes de tiempo, porque mi madre no podía cuidarme ni quedarse mucho tiempo a mi lado. Me confió a su hermana y a ese cocotero que ves allí. Siempre me había sentido plenamente mujer, llena de mi propia existencia, porque los espíritus me lo decían, porque yo lo sentía en mí misma; porque yo sangro todos los meses para las mujeres de nuestro pueblo. Pero nunca un hombre me había tocado ni penetrado. Este ha sido tú. Tú lo has hecho y me gustaría que lo hagas siempre todos los días una y mil veces, porque te quiero...te quiero mucho".

Cuando hubo dicho esto, Matinga se puso a llorar de la emoción que le embargaba, pero también por presentimiento de su destino ancestral. Aquel encuentro com Mbele no era fortuito, era como una película rodada, la ninfa de Bolondo siempre tenía esa facultad de poder contemplar su propia existencia desde fuera, desde lejos, desde su propia interioridad y esa comprensión de si misma siempre ocurría en los grandes momentos de su vida. En aquel momento Matinga miró a Mbele con profunda tristeza. Mbele no sabía hablar, no tenía dotes de gran orador como su padre, tampoco tenía mucha experiencia con las mujeres. Él a su vez, prorrumpió en lloros abrazando desesperadamente a Matinga pensando que la iba a perder. Advertido sin duda por su sexto sentido, por su instinto de luchador invicto. Mbele adivinaba que se avecinaban para él momentos difíciles en su existencia.

Un sentimiento de aflición que llegaba en el momento más feliz de su vida. Como todo luchador victorioso el cazador marino sabía que tarde o temprano su derrota llegaría, por eso en aquel momento el mozo de Ndote se sintió confuso, con el espíritu desorientado. En aquellos momentos en que era el hombre más feliz del mundo, pero en los que también se sentía como el ser más deseperado de la tierra; gozaba de una grata y conmovedora compañía pero, a la vez, se sentía desesperadamente solo. Había obtenido un gran triunfo por la conquista de la ninfa más guapa del mundo, pero se sentía al borde de la derrota y acorralado.

A Mbele le costaba hablar, siempre había sido un ser taciturno y silencioso, por eso manifestaba una extrema sensibilidad que la moza de Ndote apreciaba notablemente. Todo su amor por ella se lo expresaba con su tierna y profunda mirada. Si el mozo de Ndote

hubiera sabido hablar tan bien como lo hacía su amada, le hubiera contado una historia de amor que nunca acababa hasta la eternidad. Le hubiera dicho, que ella siempre había sido su gran amor y el sueño de su vida. Le habría contado también cosas de su niñez. Una infancia reciente que él vivía junto a ella: acababa de nacer hacía tan solo unos días; sí, él acababa de nacer, llegó a la vida cuando la vió por primera vez en el río sagrado de su pueblo. Desde el primer momento sabía que sus vidas estaban unidas por el destino ancestral.

A Mbele le hubiera gustado decirle todo ésto, hablar con ella largamente, noche y día sin parar, para suspender el tiempo y vivir siempre a su lado. Quería gritar su amor loco por la bella ndowe, decirle a Matinga que ya eran los dos un solo ser, un cuerpo anfibio, nacido en la playa, entre la tierra y el mar, en la frontera del mundo que ya podía franquear porque ella estaba a su lado. Mbele se identificaba con el mundo de la sirena de Bolondo. Nunca le gustó la escuela, ni le interesaba la vida de los blancos, nunca comprendió el nuevo mundo que proclamaba su padre. Por eso siempre le embargaba una profunda nostalgia cuando veía su pueblo, Ndote, transformarse poco a poco con nuevas y extrañas construcciones. Ante la modernidad colonial, el mozo de Ndote se sentía, cada día que pasaba, como un extraño en su propia tierra.

Por último Mbele hubiera querido también decir adiós eterno a su amor, decirle que él Mbele, era como una estrella fugaz que había hecho su recorrido, pasado su tiempo, y el encuentro amoroso entre los dos le había situado en el umbral del espacio sideral donde su existencia iba a cobrar una nuevadimensión, cósmica, invisible, indetectable, casi inexistente, porque la naturaleza nunca admite lo maravilloso y eterno. Los tiempos cambian, el tiempo de Mbele se acababa y

nuevos tiempos llegaban; aires nuevos, con gente nueva.
Como si leyera sus pensamientos tristes, la joven que tenía a su lado le atrajo lentamente, uniendo con dulzura sus labios en un profundo y angustiado beso. Matinga también experimentaba con miedo el cambio de los tiempos. La joven presentía, que eran ellos los últimos destellos de un mundo que se apagaba, lentamente, como el disco solar en poniente. Por eso también tenía un vago presentimiento. Algo iba a ocurrir.
Su encuentro amoroso en las playas de Ndote había sido demasiado maravilloso, demasiado bonito para que fuera cierto. Hacía pocos días, pensó Matinga, cuando estaba mestruando en un pueblo cerca de Etembue, el jefe militar del puesto les mandó detener, a ella y a las mujeres que le asistían, acusándolas de brujeria. Afortunadamente, alguien del pueblo alertó a Ñangüe, quien intercedió ante el comandante Godoy.
Entretanto, una mujer había muerto a causa de un ataque de claustrofóbia, al encontrarse encerrada en un recinto cerrado. Su mibili era claustrofóbico. Miles de vidas se habían perdido así,a causa de la incomprensión humana; gente que avivaba con candor y ternura el fuego del hogar de su mundo tradicional, terminaba aplastada bajo la bota del furor colonial. La independencia, de la que tanto se hablaba en su entorno, tampoco traería el esplendor a aquel pueblo que veían sumergirse lentamente en el océano del ocaso.

Los dos jóvenes cogieron el cayuco, saliendo de Bolondo rumbo a Ndote. Era el momento de la marea baja, cuando el río Benito con todo el furor de que era capaz, arrojaba sus aguas en el océano Atlántico. Con

destreza y maestría, Mbele giró el cayuco y puso rumbo río arriba y empezó a remar de espaldas al mar contra la corriente del río, en sentido opuesto a la desembocadura del Mbini y situándose en el centro del río. Una vez enmedio, entre los dos vados, el jóven marinero puso de nuevo rumbo hacia el mar, aprovechando al máximo el impulso de la corriente del caudaloso río. Instantes después, cuando se levantó el viento marino Mbela desplegó la vela que llevaba el cayuco. La barca adquirió su velocidad máxima en pocos minutos y salió proyectada hacia la mar inmensa, dejando muy atrás lejos de la costa, en la orilla izquierda, la ciudad de Río Benito. Una vez en alta mar, Matinga pudo gozar del espectáculo que ofrecía la aglomeración de Mbini, que se extendía a lo largo de su desembocadura.

Desde su barca, apenas divisaba la punta de tierra que se internaba hacia el mar, donde se levantaba el edificio del servicio agronómico, a pocos metros del edificio de la iglesia de la ciudad. En la mar de su tierra, cerca de la costa, la hija de Bolondo se sentía feliz y libre al lado de su marino que, por fín, la llevaba meciendo en una barca llena de promesas y sueños de amor.

Matinga saludaba encantada a los pececillos que saltaban dichosos al paso de la nave nupcial, compartiendo la inmensa felicidad de la pareja navegante en aquella luminosa mañana en el mar. Mbele navegaba viento en popa, manejando la embarcación con destreza y gran experiencia. Era un buen marino. El cayuco del jóven ndowe se deslizaba velozmente sobre las olas del mar de Mbini, empujado por el viento oceánico.

Muy pronto a lo lejos, los dos jóvenes divisaron los bosques de Vivac, un pueblo bujeba. Poco después en la costa, se les presentó una fina pelicula blanca, eran

las playas de Gabongobo, un pueblo ndowe habitado por familias y clanes parientes de los combes de Bolondo. Luego vieron, siempre desde alta mar, los bosques de Sípolo, las casas de Mipenda y la desembocadura del Nume.

El sol se ahogaba en poniente, sumergiéndose en las aguas del Atlántico cuando llegaron a Ndote. Al atracar en el muelle del poblado, se dieron cuenta de que había mucha gente en la playa guardando silencio. Vieron a Ñangüe que les estaba esperando con cara de circunstancias. Mbele presintió que algo grave había ocurrido en el poblado durante su ausencia. Saltó prontamente de la embarcación y fue al encuentro de su padre.

Antes que hablara su progenitor, Mbele ya adivinaba lo ocurrido; una enorme tragedia. Un vistazo fue suficiente para comprender la situación. El pueblo que había dejado en plena euforia, bebiendo, cantando y bailando, hacía apenas cinco días: ahora lo encontraba de luto, gimiendo, llorando e implorando a los espíritus de los mares.

Un avezado curandero, destacado hombre de ritos, que habían traído aquel mismo día de Egombegombe, iba pregonando por las calles del poblado, acompañado por un grupo de ancianos; calmando a las almas en pena y ahuyentando a los espiríritus malignos atraidos por el olor de la muerte. A veces se rompía el manto de silencio del poblado en luto, con profundos alaridos y prolongados sollozos de dolor que salían de las chozas. El llanto de la desesperación asolaba al pueblo mártir cuyos moradores, costeros, iban a vertir sus lágrimas al mar.

En pocas palabras Ñangüe explicó lo sucedido a su hijo, todo el drama que afectaba al pueblo. Después del comienzo de las festividades y a la mañana

siguiente de la salida de Mbele para su gira nupcial con Matinga, los hombres y sus familias empezaron a tener hambre en Ndote, él envió, como siempre, a sus pescadores a faenar, les pidió capturar una ballena que divisaron poco antes de hacerse a la mar. Los que formaron el equipo de pesca eran experimentados cazadores de cetáceos y veteranos marinos. Era un grupo de seis pescadores, repartidos en dos embarcaciones de tres miembros cada una, entre ellos se encontraba el primogénito de Ñangüe, Bandja, el que solía llevar la cruz en los momentos de Pasión y dos sobrinos del jefe de Ndote. Todos casados y padres de familia.

Se hicieron a la mar una mañana y nunca más se les volvió a ver. Los hombres del pueblo organizaron equipos de búsqueda, sin resultado. El tercer día, la mar vomitó sus restos descuartizados: seis cabezas humanas y algunos miembros de las extremidadades. Los muertos fueron identificados inmediatamente, eran todos miembros de la tripulación perdida. El macabro descubrimiento lo hizo un grupo de mujeres, que solía salir temprano a la pesca de las sardinillas que se dejaban arrastrar por las olas del mar, a primeras horas de la mañana.

La noticia de la tragedia afectó profundamente a Mbele. Mbele sentía un afecto especial por su hermano Bandja, éste es el que le había iniciado en la vida marina y el que siempre le había cuidado, reemplazando a su padre durante sus largas ausencias y supliendo también, con su dedicación a su hermano menor, la eterna ausencia de su madre desaparecida también en el mar.

Bandja había sido la única persona en su vida, que le había dado el amor de un padre y el cariño de una madre. Cuando salieron de Bolondo estaba precisamente pensando en Bandja, se decía que era la

primera persona de su familia que él quería presentar a Matinga. Bandja había muerto, nunca más volvería a verle. Mbela se sintió el culpable de aquella tragedia. Si él se hubiese quedado en el poblado, hubiera podido acompañar a la expedición como siempre lo hacía, y ciertamente el drama no hubiera llegado. Desconsolado y triste, Mbele se retiró a su lugar favorito, en la cima del cocotero, su observatorio. Su novia intentó consolarlo, pero fue en en vano.

- No ha sido por tu culpa, tú no sabías que iban a salir de pesca. ¿además qué idea es esa de ir a pescar una ballena?, ¿acaso no hay suficientes peces en la costa para ir tranquilamente a pescarlos con redes y dar de comer a la gente?

- Ya es una tradición en Ndote; se come ballena o tiburón después de una gran fiesta, respondió Mbele. Esta vez estábamos en medio de una gran fiesta y había muchos invitados, así que se debía matar una ballena y soy yo precisamente, quien debía salir a pescacarla.

- Tú no vas a estar todo el tiempo arriesgando tu vida de esa manera.

- No lo haré toda mi vida, claro, pero por ahora éste es mi deber y no tengo otra alternativa, ni quiero hacer otra cosa.

Matinga no quiso insistir más. Comprendía el dolor de Mbele y sabía que su amado iba a hacerse a la mar a la primera ocasión, para vengar a su hermano. Esta es la tragedía que su espíritu le estaba anunciando desde que conoció al hombre de Ndote.

La noticia de la tragedia de Ndote corrió a lo largo de todo el litoral riomunense como un trueno, de costa a costa y de pueblo en pueblo, provocando pavor y espanto en la población costera. Nadie daba crédito al atroz relato. Muchos pescadores que se hacían a la

mar al caer la tarde para la pesca nocturna, dejaron por unos días sus barcas en la orilla guardando el luto y ahuyentando sus miedos.

Era muy duro, para aquella pobre gente que sacaba del océano su sustento cotidiano, aceptar que la mar inmensa, su único horizonte y riqueza, albergaba también a feroces monstruos inhumanos, que podían devorar en un santiamén a seis miembros de una aguerrida tripulación; resultaba increíble.

De esos interrogantes planteados en voz baja por muchas personas,nacieron varios rumores y diferentes versiones de los tristes acontecimientos. Esas expeculaciones se extendieron como un reguero de pólvora, como es costumbre y tradición en los pueblos de Guinea, cuando surge un acontecimiento trágico. Para muchos habitantes de aquellos parajes el drama que se cobró la vida de los seis miembros del clan de Ñangüe había sido provocado por su rival Ngulampanga como venganza por la humiliación sufrida durante el debate en el Tribunal tradicional de Río Benito.

Se dijo que Ngualampanga hizo venir a la "ballena-caníbal" para consumar su venganza. La "ballena-caníbal", era un mito muy en boga en aquellos días en las playas de Mbini. Se le atribuía la ferocidad de un tiburón y la corpulencia de un cetáceo. Este monstruo de los fondos marinos, no dejaba opción alguna a sus víctimas, pero tampoco atacaba inocentemente al azar. La "ballena-caníbal", era un instrumento de poder de los espíritus dominadores que imperaban en el océano. Aquel que entraba en contacto con los espíritus del fondo del mar, podía utilizar la fuerza brutal de aquella bestia terrorífica.

En otras versiones se acusaba al mismo Ñangüe, como el responsble de la tragedia. Los entendidos en dicha materia explicaban entonces, que

para arrancar la independencia de manos de los españoles, los guineanos tenían que hacer muchos sacrificios... humanos. Esta peculiar responsabilidad recaía plenamente en prohombres como Ñangüe, hombre de poder y presentado como futuro dirigente del nuevo Estado en gestación.

En la tragedia de Ndote, Ñangüe había dado su parte, sacrificando a su tripulación y a su propio hijo. Todas estas especulaciones se difundían rápidamente por todas partes desde la playa de Ndote, como noticias de prensa. Ndote volvió a ser el centro de atención de toda la comarca. Teatro de varios acontecimientos. Venía gente de todas partes para dar los pésames a Ñangüe y a los familiares de los muertos.

Muchos venían también para enterarse de las últimas versiones y detalles del dramático accidente. Muchos de los que llegaban y que tenían una doble visión, se dieron también cuenta de un fenómeno extraño que ocurría en el río que daba nombre al poblado. En efecto, en aquellos días el río Ndote cambió de fisonomía, se presentaba como un largo estanque que se secaba bajo el sol. Sus aguas cambiaron de color y su desembocadura se cerró, taponada por un banco de arena que se formó durante la noche de la desaparición de los pescadores.

Las versiones alarmantes que llegaban al mayorazgo de Bata, hicieron reaccionar a la cúpula militar que envió dos expertos a Godoy: el jefe de la marina de Mbini, para analizar los restos mortales de los desaparecidos e identificar la causa de la muerte. Los expertos no pudieron precisar con certeza, lo que había provocado la muerte de los pescadores; se les presentaba una infinidad de posibilidades.

En efecto, la guillotina marina podía haber sido cualquier cosa, tanto los dientes afilados de un

tiburón, como el agudo filo del machete de un calabar. Mientras tanto el duelo y el dolor se habían adueñado completamente de Ndote. En el poblado aún se encontraban muchos invitados, que vinieron días antes a celebrar el triunfo del cacique de la comarca. Estos tras escuchar el anuncio de la tragedia del mar, cambiaron prontamente sus atuendos y se vistieron de luto. Se dejaban ver ostensiblemente por el poblado, con muestras de profunda aflición y gestos de desconsolada congoja. Tampoco dejaban de visitar muy a menudo, la choza de la feria donde aun quedaba por vaciar la garrafa de vino de 36 litros. Esas visitas a la bodega, facilitaban sobremanera las lágrimas y el hecho de respetar alegremente el doloroso ritual de luto impuesto en el pueblo.

En Ndote, durante la ceremonia del funeral, en el cementerio del poblado donde fueron a enterrar las seis cabezas encontradas junto a algunos trozos de los restos mortales, Ñangüe, rodeado de todos los suyos, juró vengar a su tripulación. Preparó su flota. Una expedición punitiva contra la "ballena-caníbal" o lo que fuese, dijo; iba a hacerse a la mar después de los últimos actos del funeral.
El mismo estaría al frente de su flota. Ngulampanga, respetuoso de las tradiciones africanas y buen perdedor, vino al frente de una imponente delegación de notables de Jandje, para dar el pésame a Ñangüe. Ofreció también su ayuda y puso a disposición su armada de cayucos, la primera de la comarca, pero ésta fue rechazada en el acto. Ñangüe le expresó su reconocimiento.
-"Es una cuestión de honor y de sangre, le dijo, mi hijo yace en el fondo del mar, pero también mis mejores

hombres. Tengo que ir personalmente a resolver este asunto".
El cacique de Ndote entendía que aquella bestia feroz, le había lanzado un reto personal llevándose despiadadamente a su hijo primogénito y a los mejores hombres de su hegemónica flota pesquera, una de las mejores de todo el litoral riomunense.
Ñangüe era un ndowe. Sabía que su poder estaba en la costa, en el mar. La fuerza de un ndowe, se mide por la exuberancia de su pesca y por el dominio de su espacio marítimo. La mar es el principio existencial del hombre de la playa. Es su inalienable bastión. Dos conceptos resumen el mundo playero: pesca y navegación.
El ataque contra su tripulación era un reto mortal que le habían lanzado. Tenía que acabar con la intrépida bestia marina, que venía a desafiarle en sus propias aguas territoriales, inrrumpiendo en su feudo ¡Plantándole cara en sus propias narices!
Aquel monstruo se había llevado, a las profundidades del océano los cuerpos de seis de sus hombres. Seis miembros de la élite pesquera riomunense que él mismo, Ñangüe, había formado año tras año, forjando sus temperamentos, modelando su temple, adiestrando su instinto de cazadores marinos, aguantando sacrificios y pasando largas y duras jornadas en alta mar.
Aquellos hombres rudos, curtidos por el duro viento del océano Atlántico, los más nobles de la raza pesquera, intrépidos marinos, habían sido traicionados y condenados por la guillotina del mar. Sus cabezas rodaron entre las olas de la mar traicionera, hasta llegar a las orillas del pueblo de Ndote; fue en una horrible mañana de lluvia. Fue un atentado inhumano perpetrado contra la inocente comunidad playera del

pueblo sagrado de Ndote. Ñangüe pedía justicia y su pueblo reclamaba venganza. Sangre en la selva.

Terminados los preparativos del equipaje, la expedición se hizo a la mar muy temprano, a primeras horas de la mañana, la misma hora en que el grupo de mujeres hicieron el macabro hallazgo. Eran tres embarcaciones, compuestas por una nave de cierto tonelaje que dirigía el mismo Ñangüe, con diez miembros a bordo y dos barcas rápidas, eficaces para hacer maniobras y faenas de captura en alta mar.

Como siempre en tales circunstancias, cuando la flota de Ñangüe iba a una misión pesquera de envergadura, en operación frontal de choque, Mbele iba por delante nadando, era la primera avanzadilla y se ocupaba de la observación submarina. Bajo las aguas se desplazaba a veces mucho más rápido que la flota de su padre.

Avanzaron mar adentro durante ocho horas. Hacia las tres de la tarde, divisaron el objetivo. La bestia parecía aguardar su llegada. Vieron primero un inmenso chorro de agua que se alejaba rapidamente hacia el horizonte, mientras emergía en el mismo lugar una enorme isla negra como un submarino. La tripulación confundida por lo que había visto en un primer momento, comprendió después lo que pasaba. Había un primer cetáceo que tomaba el sol, éste fue ahuyentado por el que acababa de emerger y que al parecer inspiraba mucho miedo a la ballena que se escapaba a toda mecha. Este comportamiento inusual en los cetáceos, hizo deducir a los miembros de la expedición punitiva que se encontraban ante su verdadero enemigo. A medida que avanzaban hacia la enorme bestia, iban descubriendo también su magnitud. Unas dimensiones descomunales, inhabituales en una ballena.

Ñangüe ordenó reducir consideablemente la velocidad cuando se encontraban a unos quinientos metros del monstruo.

A esa distancia la bestia flotante se les presentaba con todos los detalles de su anatomía. El monstruo de las profundides marinas se parecía a un cachalote del período devónico, de talla antediluviana, surgido de un mundo sin espacio ni tiempo. Se parecía a una isla viviente en reposo. Una isla de piel rugosa, hosca, tosca, repugnante, que desplazaba varias toneladas de agua al iniciar el mínimo movimiento. Cada una de sus aletas tenía la talla de una barca. Cuando se quedaron a unos trecientos metros, pudieron ver al monstruo en toda su extensión. Ante el espectáculo, los marinos de Ñangüe, hombres curtidos por mil aventuras marinas, se quedaron petrificados. Hinoptizados por aquella criatura extraordinaria surgida de los abismos.

Aquella inmensa masa viviente, amorfa, flotante, materializaba de forma casi violenta el poder y la fuerza en medio del océano. Un poder bestial, dotado de una fuerza criminal, cuya existencia bajo las aguas puras y cristalinas del Atlántico adquiría una nueva dimensión, divina y sagrada. El monstruo era un ser inefable, hecho a su medida y consciente de su poderío. Máxima expresión del mundo acuático.

Mbele efectuó una rápida inmersión, para ver el nivel de flotación del monstruo respecto al fondo marino. Lo que vió bajo bajo las aguas le horrorizó. El vientre de la superballena quedaba casi a unos metros del suelo marino. Quedaba pues descartado un ataque por asfixia o por ahogo del cetáceo, como solía hacer con las ballenas normales. Cuando emergió a la superficie, encontró la flota todavía inmóvil y la tripulación paralizada. Los hombres estaban hechizados por el embrujo de la "ballena-caníbal". Mbele comprendió que

la situación no podía presentarse de peor manera, los marinos habían olvidado las consignas de seguridad: desplegarse en triángulo y rodear al objetivo una vez localizado.

Las tres embarcaciones no habían iniciado una sola maniobra y estaban allí juntas ofreciendo un blanco perfecto al enemigo. Mbele empezó a sentir temor y espanto, era la primera vez en su vida que experimentaba dicha sensación. Siempre se había sentido mucho más seguro y protegido entre las aguas que en tierra firme, cuando se encontraba con un monstruo marino, él se transformaba en la fiera de las aguas y ejecutaba a la pobre víctima sin nigún ápice de miedo. Aquella vez todo era diferente. Sentía cundir el pánico entre los suyos. Con su sensibilidad ultrasensorial, a Mbele le llegaban claramente los latidos acelerados de los marinos de su padre, de cada miembro de la tripulación. Todos estaban atemorizados, habían perdido sus reflejos, incapaces de reaccionar ante el peligro. Sólo su padre demostraba una fría determinación bélica.

Ñangüe se servía de su "mibili", su espíritu tutor, y mediante su sentido ultrasensorial, el hombre de Ndote entró en comunicación directa con el monstruo de los mares que se presentaba ante él. Se entabló una dura batalla entre los dos genios. Ñangüe cambió de aspecto, sus ojos desorbitados como los de un zombi, expulsaban fuego. En aquellos momentos, la mirada de Ñangüe era irresistible, era la visión pura de un genio en trance presto a devorar su presa. El jefe ndowe llevaba un arpón venenoso en la diestra y un amuleto que servía también de cuchillo de combate en la siniestra. El amuleto era el tótem del clan familiar.

Mbele no conocía muy bien la historia de su tribu, la sabía a retazos como la perdida memoria de su infancia. Sabía que ellos pertenecían a una de las

familias más poderosas de Corisco, los Bodugus de Nanda. Sabía que varios de sus jefes antepasados, habian perdido la vida en combates navales contra los negreros españoles y portugueses, al intentar impedir que sus miembros fueran enviados como esclavos a América. Más tarde, cuando los españoles empezaron a utilizar la isla de Corisco como punto de concentración de los esclavos camino de América, los bodugus, con la ayuda de otras tribus costeras y del interior del continente, empezaron a sabotear los cargamentos humanos de los buques de la trata.

Uno de sus ancestros, que participaba en éstas operaciones de sabotaje antiesclavista, fue traicionado por una de sus esposas que era amante de un negrero portugués. Su ancestro, para salvar su vida, tuvo que sacrificar a uno de sus hijos enviándolo como esclavo a las Américas. El hijo esclavo no era otro que su tatarabuelo, quien dejó mujer y dos hijos; al primogénito le dió en herencia el amuleto; aconsejándole sacarlo únicamente en los momentos de vida o muerte. Este a su vez lo cedió a su hijo mayor Ñangüe. Cuando fue mayor, le contaron a Ñangüe la historia de su tótem-cuchillo; amargado, Ñangüe decidió abandonar la isla e instalarse en Ndote, donde su familia siempre había tenido importantes plantaciones costeras. En aquellos instantes Mbele y su padre se encontraban en peligro de muerte.

Mbele iba a gritar a los tripulantes advertiéndoles del peligro que corrían, cuando de repente el monstruo salío de su breve letargo, abrió los ojos y los vió. Vió la amenaza de la flota de Ndote. El monstruo giró sobre sí mismo a una velocidad alucinante, como un cocodrilo atacando su presa, aullando de rabia y provocando un maremoto.

Con un solo aletazo envió bajo las aguas a una de las barcas partiéndola en dos. Furioso, Mbele hizo una

profunda inmersión en los abismos del océano. El sol penetraba con fuerza hasta el fondo marino donde reinaba una luz diáfana, en contraste con la furia de la muerte que se desencadenaba en la superficie.
-"Sus pulmones Mbele sus pulmones"-, le gritó su padre desde la barca segundos antes de su imersión. Mbele comprendió en el acto. La proeza que le pedía su progenitor era suicida, pero la estrategia era imparable. La enorme talla del monstruo y su masa desigual, dejaban muy pocas posibilidades de ataque desde el exterior porque resultaba dificil localizar sus puntos vulnerables. Sin embargo un buen buceador como él -se decía que Mbele nació con pulmones de tiburón-, podía atacar al monstruo penetrando en su interior y pinchando sus pulmones, destruyendo sus puntos álgidos.
Tras cerciorase la posición del animal en las aguas, Mbele emergió otra vez, pidió a los suyos que dirigieran sus arpones tomando como objetivo la cabeza del mostruo. Era justo el momento en que la segunda barca, era también arrastrada a los abismos con sus tres arponeros; los pescadores habían tenido tiempo de lanzar valientemente sus artefactos, lo cual aprovechó el jóven nadador dirigiéndose velozmente como un escualo a las profundidades marinas.
Alcanzada por varias lanzas, la bestia herida se enfurecía cada vez mas provocando enormes remolinos y olas gigantes con sus movimientos. Fue en ésta ocasión cuando vió a Mbele bajo las aguas, abriendo su enorme bocaza poblada de una acerada dentadura, para despedazarle. Decididamente aquello no era una ballena, era un tiburón de los tiempos remotos, se dijo Mbele, al tiempo que concentraba toda su energía y, en un potente impulso, el jóven playero transformado en una fiera del mar, se proyectó hacia el interior de la boca abierta del

monstruo marino y se encontró de repente en un espacio cerrado y oscuro.

Estaba en el interior de la enorme bestia. A ciegas y con destreza, sin perder un solo segundo, se situó en el cavidad bucal del animal y con habilidad empezó a arrancar sus órganos avanzando hacia su esófago.

En la superficie, el resto de la tripulación de Ñangüe, los hombres que quedaban en su embarcación, ya repuestos del susto inicial, lanzaban furiosamente sus lanzas contra el monstruo marino que aullaba de dolor, atacado desde sus entrañas por su propia presa. Mbele le había arrancado varios órganos del aparato respiratorio y perforado también sus enormes pulmones.

Durante este tiempo de lucha y de fúria en los abismos marinos y a la vez en la superficie, Ñangüe, con los ojos ardiendo, se había transformado completamente. Inmóvil como una piedra, erguido en la popa de la embarcación, el hombre de Ndote con su tótem en la mano, esperó unos segundos. Mientras tanto en el vientre del monstruo, se ofrecía un escenario apocalíptico de terror y muerte.

Varias bestias marinas, devoradas por el monstruo y liberadas por la eficaz y metódica acción de sabotaje y destrucción del guerrero de Ndote, aullaban con pavor atacándose unas a otras en una lucha sin cuartel. Un enorme escualo, con la cola seccionada y enormes dientes afilados buscó refugio en los enormes brazos de Mbele. Fue un abrazo mortal, su último acto de amor, Mbele se sintió con calor en el vientre de su presa, se acordó de una hermosa mañana en la dormida playa de Ndote, cuando se despertó entre los brazos de la ninfa de Bolondo, el cuerpo de Matinga también estaba caliente. Fue su último pensamiento.

Eran las seis de la tarde, el astro solar se extinguía en poniente enviando sus últimos destellos,

cuando el monstruo marino cerró sus ojos. En ese instante, el hombre de piedra cobró vida, dio órden a su tripulación de remar tierra adentro a toda velocidad, tirando de la cuerda atada a su lanza. Ñangüe se lanzó al agua hasta el fondo marino, para dar la estocada final, cogió su arpón de combate y lo clavó en el costado del monstruo que seguía aullando de dolor. Triunfante, el hombre de Ndote emergió de las aguas.

En la costa, en las playas de Ndote, por todo el litoral riomunense, desde el Muni hasta el Campo, se oyeron varias ovaciones y gritos: "Ñangüe, Ñangüe, Ñangüe". Era el doce de octubre de mil novecientos sesenta y ocho, fecha de la independencia guineana. Ñangüe fue nombrado Consejero de la República.

Matinga miraba el horizonte marítimo, escrutando el cielo y leyendo sus signos. Cuando regresó la expedición punitiva con su trofeo flotando en el mar, la mujer de Bolondo ya sabía por instinto femenino, que su hombre había muerto bajo las aguas. No lloró ni tuvo ganas de hacerlo porque así lo quiso el destino. Fue ella la primera persona a quien se dirigió el padre de Mbele, cuando saltó de su embarcación para darle el pésame.

Ñangüe parecía haber envejecido veinte años de golpe, Matinga supo que aquel hombre orgulloso, sufría mucho más de lo que dejaba ver y veía cercano su fin. En el espacio de unos días, apenas una semana después de su formidable triunfo en Mbini, Ñangüe había perdido a sus dos hijos varones, el primogénito y el último. Se enfrentaba de nuevo con otro reto. Su propio desafío como hombre africano y como ser humano. Como hombre africano, Ñangüe había perdido su duelo junto a la tradición ancestral. El

hombre de Ndote había perdido rotundamente: como padre de familia, como jefe de tribu, como padrino del clan y como patriarca de su tribu.

En la tradición africana es el hijo el que debe enterrar a su padre y no el padre al hijo. En la tradición africana el jefe de la tribu, es el que se expone sólo ante el peligro, ofrece su vida para salvar su linaje. En la tradición africana el jefe de clan deja su herencia a sus herederos. En la tradición africana, el patriarca desaparece el primero, regenerando su estirpe, transmitiendo su genio para la perpetuación de la étnia.

Por eso se condena a los dictadores en la Africa postcolonial. Cuando Ñangüe regresó triunfante del mar, Matinga supo al instante que el hombre de Ndote lo había perdido todo. La desaparición de Bandja y la muerte de Mbele, habían sido dos sacrificios mortales para el prohombre de Mbini. Aceptando su profunda derrota que anunciaba también su próxima muerte, Ñangüe miró el vientre de la jóven benga como su última esperanza, una promesa del futuro. Ñangüe era un hombre como los demás, un simple ser humano. Su único consuelo era su pasado glorioso y sus victorias políticas. Consolado, el viejo ndowe tuvo palabras reconfortantes para la desdichada sirena, que lloraba a su amado perdido entre sus manos, en una batalla naval.

- "Yo sabía en todo momento lo que pensaba cuando estaba en vida. Antes de expirar, su último pensamiento ha sido tu recuerdo. Tu cuerpo caliente junto al suyo, bajo el cocotero. Su espíritu nunca te abandonará".

Ñangüe entregó también a la jóven benga el tótem de su familia.

- "Yo siempre he deseado que esta herencia regrese a su isla, en Corisco, le dijo, creo que esa voluntad mía

se cumplirá con tu hijo, que tú y Mbele habéis puesto las premisas de este voto. Os lo agradezco sinceramente. Tu madre te espera en Corisco, pero antes tendrás que ir a Sendje. Te espera un largo camino, porque te quedas sola".

El pueblo de Ndote organizó de nuevo otro ceremonial fúnebre, en honor de los caidos en la expedición punitiva. Pero esta vez con un sollozo triunfante. Eran héroes que habían ido al encuentro de la muerte para vengar a los suyos y cobrar su rescate. El monstruo marino yacía inerte en la playa de Ndote, aplacando la furia del pueblo victorioso. Glorioso, habiendo recuperado su honra, el pueblo cantó el sabor de la venganza, porque después del crímen hubo castigo.

Matinga quiso que el entierro de Mbele se hiciera en el centro del río de los espíritus, en el lugar donde su amado la vió por primera vez. Hombres, mujeres y niños se congregaron en ambos vados del río Ndote, lleno de mitos. Pusieron el cuerpo de Mbele en un cayuco y, sola, Matinga remó hasta el centro del espacio fluvial. Desnuda, sobre el cuerpo del jóven muerto, la ninfa de Bolondo cayó en trance junto a su amado invocando al gran «masanga» de los espíritus marinos. Inmensas nubes que flotaban en el cielo, descargaron sobre el pueblo de la costa un violento vendaval que rompió el muro de arena que cerraba la desembocadura del río. Desbordado, el Ndote salió de su cauce y sus aguas arrastraron el cadáver del jóven hasta la mar inmensa. Mbele desapareció para siempre entre las olas.

Aquella noche hubo baile solemne junto al río Ndote. Era la noche de la independencia, una noche de libertad, la noche de los sacrificios pasados, la noche de la memoria negra, la noche de los espíritus del mar, la noche del bosque misterioso. Vino el obispo de la

selva, Oden Mboa, liberado del espíritu colonial, con su liturgia nocturna y su lírica del embrujo a adorar a la mujer desnuda, coronada reina de la noche y ninfa de Africa.
Vino el espíritu de Uganda, en las orillas de Ndote, a contar al pueblo reunido sus epopeyas marinas contra los hombres del norte. Vino flotando en el cielo, reflejado en las aguas de Ndote, el cráneo luminoso de Mboo Mba, el mítico héroe de los fangs, a festejar con los ndowes el triunfo de los suyos en aquella noche de mitos. Vinieron pueblos playeros de la costa riomunense, que se juntaron con las tribus emigrantes de la selva ecuatorial, a escuchar en la noche profunda el mensaje trascendental que venía de los ancestros. La noticia corrió de boca en boca, de pueblo en pueblo y de tribu en tribu : la hija de Bolondo terminaba sus reglas y celebraba su maternidad. En su seno llegaban tiempos nuevos, nacía un nuevo hombre. Un nuevo amanecer para los pueblos de Guinea.

La noticia de la independencia guineana se celebró por todo el litoral riomunenese como un triunfo personal del hombre de Ndote, desde el Muni hasta el Campo. Ñangüe salió victorioso en su expedición punitiva. Auque pagó otra vez un rudo tributo, uno de sus hijos y seis de sus hombres dejaron su vida en el fondo marino. Pero lo que importaba en aquellos momentos de euforia independentista, era la victoria que Ñangüe trajo al pueblo que esperaba. En nombre de los suyos, muertos y debidamente vengados, Ñangüe presentó al pueblo congregado en la playa de Ndote, el enorme monstruo que su legendaria tripulación había ido a rescatar allende los mares, atravesando tiempos inmemoriales y cruzando mares remotos. Durante varias semanas acudieron curiosos

de todas partes a admirar la gran presa extraída de las profundidades del mar.
Como siempre, en los grandes momentos, el anuncio del día grande: la independencia guineana, Ñangüe cogió su barca para bajar a Bata donde debía ser intronizado Consejero de la República, junto a un amigo suyo que también militaba en su partido, el Monalige, que fué nombrado Gobernador Civil de la provincia.
En la segunda vuelta de las elecciones, su partido, el Monalige, hizo una estratégica alianza con Macías. Macías fue elegido primer presidente de la República, en tanto que su líder, Atanasio Ndongo, ocupaba la cartera de asuntos exteriores. Varios miembros atanasistas ocuparon también numerosos puestos claves en la administración del Estado en Rio Muni. Camino a Bata, Ñangüe ignoró ostensiblemente el Land Rover Santana, que la capitanía marítima puso a su disposición para viajar a la segunda capital del país, como miembro del Consejo de la República del nuevo Estado independiente.
Ñangüe dijo que era ndowe y como ndowe iba a viajar a la ciudad de Bata en cayuco, el día de la liberación de su país. El benga aprovechó la ocasión para criticar duramente a la administración colonial española saliente, por no haber podido desarrollar las líneas marítimas riomunenses -"a pesar de los inmensos recursos económicos que las aguas guineanas habían vertido en España durante los docientos años de la colonización". Sorprendido, impotente y rabioso, Godoy, el comandante de la marina, arriando la bandera española, escuchó el nuevo discurso independentista de su antiguo colaborador guineano.
En Bata, Ñangüe participó en varios actos conmemoriativos que marcaban triunfalmente el término de la larga colonización española en aquel

pequeño país, considerado entonces como la Suiza de Africa, y el inicio de un próspero y duradero período de paz, progreso y prospedridad. Contrario a la de otras veces, cuando participaba en los cambios de regímenes coloniales, Ñangüe no formaba parte de ninguna comisión de a pie. Siempre se le reservaba un puesto privilegiado en el palco presidencial, al lado de la primera autoridad de la provincia y amigo suyo, el gobernador civil Ntutuma. Se tiró dos semanas en Bata, celebrando la fiesta de la independencia. Cuando quiso regresar a su pueblo, vino un joven diputado, Luís Masoco, uno de sus colaboradores del litoral, hombre de talento que él había descubierto y promocionado, elegido en la demarcación de Rio Campo. Masoco quería que Ñangue, personaje muy estimado en la costa, le acompañase y asistiera a la ceremonia de toma de posesión de sus funciones como diputado por Río Campo. Lo que se hizo con mucha pompa en la desembocadura del Ntem. Aquella fiesta también duró una semana, con invitados que venían de Bata, Punta Mbonda, Yengue, pero también de Camerún, se invitó a gente desde Bicombé hasta Kribi. Los guineanos aún tenían mucho dinero, tenían la peseta española, mientras que los cameruneses tenían un humilde y pobre franco cefa.

De regreso a Bata, al cabo de una nueva gira por el interior del país donde fueron anunciando la buena nueva de la independencia con fiestas y banquetes interminables, Ñangüe empezó a desvelar el verdadero alcance de la realidad de la nueva soberanía y, sobre todo, el precio de la victoria conjunta Macías-Atanasio.

Alarmadas, numerosas personas empezaron a desfilar por la residencia batense donde se alojaba, al lado de la hacienda de los Beholis, en Ukomba. Todas, eminentes personalidades de la nueva república, le

advertían del inminente peligro en que se encontraban. A tenor de sus observaciones, se estaba gestando el inicio de una tragedia nacional. En un primer momento les llamó "el grupo de los asustados", no dando crédito a todo lo que le contaban, pero éste grupo no dejaba de aumentar en número. Hasta que vino a verle Felipe Ondó Ncun, Secretario general del ministerio del interior, que él conocía muy bien por haberle tratado largamente cuando era delegado gubernativo de Mbini. Este le expuso de forma escueta la situación, con informaciones concretas y verídicas, luego vino Luís Mitogo Ekang, su colaborador de Río Benito; Julián Evita, de la delegación de trabajo de Bata, el médico Manuel Combe, incluso miembros del cuerpo militar. Ondó Ncun, en sus funciones de director general de seguridad, había tenido acceso a los expedientes de algunos de los hombres que configuraban el equipo dirigente de Macías. "Es funesto, decían, los españoles nos han hecho una putada al concedernos la independencia con gente de esta ralea".

-No hables así Felipín, intentaba cortar Ñangüe, a quien empezaban a incomodar seriamente aquellos miedos de primera hora. Aquellos niños no sabían lo mucho que él, Ñangüe, había sufrido para conseguir aquella independencia que acababan de conquistar. Todos aquellos cuadros de la nueva república eran buenos profesionales, competentes, pero eran sobre todo técnicos de la administración. No eran políticos. El político era él. Su lucha era de onda raiz africana; había empezado a combatir el colonialismo en tiempos de Alfonso XII, conoció la dictadura de Primo de Rivera, luchó contra el reinado de Alfonso XIII, llegaron los republicanos, también se codeó con ellos. Siempre buscando la libertad de su país, aguantando el pulso de los acontecimientos y aguardando el momento oportuno. Llegó Franco y con él los primeros

signos concretos de reconocimiento del pueblo guineano, con la implantación en Guinea de una economía extrovertida, que redundaba en beneficio de la potencia colonizadora de forma exponencial. Aun con ello, hubo una relativa prosperidad para Guinea durante el efímero periodo autonómico, lo cual permitió intensificar la lucha por la independencia.
Él, Ñangüe movilizó todas sus energías, se fue al país fang, en Mikomeseng, a entrevistarse con el legendario jefe Abeso Motogo, primer Jefe de la Tribu Meban, que comía -" boca boca sin nada dentolo costumbre moreno".
Con Abeso Motogo habló también: "boca boca sin nada adentolo", los dos condenaron a los españoles y su colonialismo. Abeso Motogo le llevó a Afanengui, allí se reunieron secretamente con los políticos cameruneses y exiliados guineanos, y allí volvieron a condenar a los europeos y su colonialismo. Por todas partes en aquellos días en Africa, se condenaba el colonialismo y se luchaba por la libertad. De regreso a la costa, Ñangüe siguió trabajando, con sacrificios personales y familiares. Obtenida esa libertad al cabo de una lucha sin cuartel, hete ahí que los críos, salidos de su mano, se ponían quejumbrosos. Eso no lo iba a permitir. Nadie iba a perturbar la victoria de su vida, en el ocaso de su existencia.

- "Escucha papá Ñangüe, le dijo Ondo Ncun, que era el portavoz designado por el grupo una noche cuando vinieron todos solemnemente a verle, tenemos sobrados motivos para alarmarnos, es más, te diríamos que tenemos pruebas irrefutables de que se está gestando un gran complot para sabotear el proyecto de sociedad por el que el pueblo de Guinea Ecuatorial ha asumido su soberanía. El hombre que ha sido elegido presidente, Francisco Macías Nguema, es

un gran hombre, un nacionalista guineano y militante panafricano. Como persona es muy honesta, por eso ha llegado donde está hoy. Pero su otra faz es tenebrosa. Es un hombre que a veces pierde el control. Muchos de sus parientes lo saben, destacados funcionarios de importantes instituciones que le conocen perfectamente y que han seguido su trayectoria desde la administración colonial, como Francisco Mboa Edu y Masie Mba, militares de profesión y primos hermanos, le han tratado públicamente de loco. A estos, Macías no les ha promocionado.

- ¿Atanasio sabe todo eso? inquirió Ñangue.

- Sí claro que lo sabe desde hace mucho, le respondió Felipe, por eso mismo Atanasio hizo alianza electoral con él, porque Macías tiene muchos defectos: es irascible, le odian mucho en España y Ndongo Miyone piensa que puede desembarazarse de él facilmente. Atanasio tiene sólidos apoyos en la cúspide del poder español. Ya sabes que los bosques y las fincas que tenemos aquí aún pertenecen a altos dirigentes de España. El mismo Carrero Blanco tiene varias propiedades aquí en Guinea, en Fernando Póo le pertenece todo el bosque de la ladera de Ureca, subiendo, hasta el lago Biao. En Rio Muni, todas las explotaciones madereras de los bosques de Mbini y Evinayong también son propiedad de gente de su gremio. Pero el problema es que Macías también conoce los planes de Ndongo Miyone, desde Madrid también le llegan informes confidenciales. Ahora, Macías está prácticamente presto para el enfrentamiento. Ha dado pasos decisivos desde octubre hasta hoy, estamos en diciembre, en tan solo tres meses que llevamos de independencia, Macias se ha hecho con los sectores claves y determinantes en caso de crisis. Se guardó el ministerio de defensa, os

recuerdo que, curiosamente, Atanasio ambicionaba esta cartera. Macías ha promulgado un decreto de ascenso a destacados miembros de las fuerzas armadas con motivo de las fiestas de la independencia. Pero este ascenso ha sido selectivo y sólo ha beneficiado a miembros de su círculo político.El control de la Guardia Territorial ya está en manos de sus fieles. Estos pueden responder en todo momento a cualquier tipo de agresión. Macías ha nombrado una dirección de política interior, es un puesto que no conocíamos antes, pero acabamos de descubrir que es una dirección de seguridad interior. El responsable de este nuevo departamento es un acólito suyo. Hace poco nos pidió, en el ministerio del interior, la lista de miembros de todos los partidos, quiere conocer su trayectoria desde el período de Alfonso XII hasta hoy.

Por último, ¿os habeís fijado que durante la campaña electoral, Macías movilizó a muchos miembros de "la juventud en marcha con Macías"?, pues esta fuerza electoral juvenil, se está conviertiendo en fuerza paramilitar, en un órgano muy activo en nuestra sociedad. Hoy, por todas partes, te encuentras con miembros de este grupo que siguen movilizados como si todavía se encontraran en campaña. Hace poco, de forma discreta, llegaron varios camiones del interior con miembros de la JEM, eso es lo que tenemos aquí ahora. Estos son los preparativos de Macías, concluyó Ondo Ncun en su largo informe. La actitud de Macías, añadió el joven funcionario, yo la considero legítima. Porque tiene que defenderse. Ha ganado limpiamente las elecciones, lo mínimo es que le dejen gobernar hasta su término.

- ¿Bien, y qué hace Atanasio?, preguntó Ñangüe,

- Pues algo muy feo. Actualmente y oficialmente está de viaje. Pero, en realidad está en una gira de consultas y de reclutamiento de mercenarios, él no

sabe que Macías está siguiendo sus pasos, porque todo se lo informan desde Madrid sus amigos. Por eso hemos venido a verte para que se ponga fin a todo eso, porque vamos directos hacia una tragedia nacional.

Aquella mañana ella sentía fraguar en su vientre una nueva primavera. Un halo inefable bañaba todo su cuerpo al contacto de los primeros rayos solares del día que se levantaba. Su cayuco avanzaba suavemente empujado por el rítmico remo de su acompañante. En las dos riveras del caudaloso río, la naturaleza salvaje salía de su ensueño y dejaba descubrir su verdor en todo su esplendor, a medida que avanzaba la mañana. Era un impresionante conjunto arquitectónico floral diseñado por los espíritus de la selva que habitaban aquellos parajes del espacio tropical. El permanente murmullo de las aguas del río Mbini, se unía al incesante susurro que salía del vecino bosque. Era un concierto permanente, que celebraba el encuentro armonioso de la flora y la fauna entrelazadas en un largo beso solar de luz y vida. Estos eran momentos intensos celebrados en la profundidad de las aguas del río, cuando la creación reunía a sus tres reinos: vegetal, mineral y animal, fundiéndolos en uno solo y alcanzando de esta manera su plenitud existencial.

Ella en su cayuco saboreaba el perfume matinal que emanaba de la selva tropical en su largo despertar. En lo alto el cielo abría sus ventanas para dejar pasar la luz del sol. Varias mariposas llenaban de colores el vecino bosque, a primeras horas de la mañana, su labor germinadora paseando de flor en

flor, llevadas por el canto de los pájaros silvestres. Enormes paquidermos saludaban la mañana con su baño matinal chapoteando en el agua mientras, río abajo, algunos cocodrilos perezosos, con los ojos todavía vedados por un sueño tardío, se dejaban arrastrar como troncos de árboles transportados por el aluvión primaveral.

Rumbo hacia Sendje, caminando sobre las aguas, la barca de Matinga avanzaba aquella mañana hacia el lago de la magia y al encuentro de su destino. En el vientre primaveral de la hija de Bolondo se gestaba una nueva vida, un nuevo hechizo, un nuevo embrujo. El grito todavía lejano de la criatura que venía de los ancestros se mezclaba con el canto matinal de los pájaros del río.

Habían salido muy temprano de Bolondo, rumbo a Sendje con el primer canto del gallo, aprovechando la calma de la marea baja. A mediodía llegaron al pueblo ribereño de Eboga, primer puerto pesquero de agua dulce del distrito de Mbini. Allí tomaron su almuerzo. Reanudaron su viaje hacia Sendje cuando el sol se hundía en la desembocadura del Benito. Era ya de noche cuando llegaron junto a las cataratas del gran río.

La noche anterior, después de los ceremoniales de Ndote, la hija de Bolondo regresó a su poblado llevando entre sus cosas la herencia totémica de su novio muerto, que le dió su suegro para su futuro hijo. Era una mujer sin hombre la que iba a ser madre. Como ella, su hija nunca vería a su padre, pero le conocería. Porque en sus manos iba a obrar la herencia de su etnia, el tótem de los Bodungu. Devolviendo así a la isla de las arenas blancas un patrimonio ancestral que nunca debió haber salido de Corisco. De este modo ella se vengaría también de la

secular afrenta que sufrió el ancestro del padre de su hijo, de manos de un portugués negrero y adúltero.

Libre, el descendiente de un esclavo regresaría con honor a su tierra africana, Corisco, para honrar la memoria de su linaje. Pero antes de su retorno a Corisco y del posible reencuentro con su madre, Matinga tenía que viajar a Sendje para ir a purificarse en el lago de los baños de Sendje, cumpliendo el mandato del viejo Ñangüe. Este último había puesto a su disposición un cayuco y un hombre que la acompañaría y le asistiría en todo momento,en este imprevisto y desconocido viaje a las cataratas de Sendje.

Sendje es el nombre del primer puente sobre el río Benito camino hacia el interior. Sendje es también el pueblo que dió su nombre al puente sobre el río Uolo o Mbini. Este pueblo se encuentra a unos cincuenta kilómetros de Bata y a cuarenta de la ciudad de Mbini aproximadamente. Esta aglomeración marca el límité de los dos grandes distritos del litoral riomunense, Bata y Río Benito. Antaño los moradores de Sendje se destacaron como fieles guardianes de las cataratas del río Mbini que reciben también el nombre de las cataratas de Sendje.

Para los moradores de la selva guineana, los saltos del río Mbini son también considerados como una barrera natural para los navegantes que quieren adentrarse en el interior del país fang. Al llegar en Sendje, procedentes de la costa, el río Benito deja de llamarse Mbini para recibir la apelación Woro, Wele o Ouolo. Desde Sendje hasta su desembocadura en el mar, el Benito, el río más largo de Guinea, ofrece un curso navegable de largo recorrido, donde pueden transitar buques de mediano tonelaje, en un espacio fluvial sembrado de islotes de un intenso follaje. Agente económico de primera magnitud, el río Mbini es

la principal fuente de dessarrollo del distrito de Río Benito; por él transitan productos de importación y de exportación. En tiempos coloniales, la exportación maderera se hacía exclusivamente en amadía sobre las aguas del Mbini.

El Mbini, en su desembocadura, es una maravilla natural que se transforma en un paisaje selvático encantador, internándose hacia el continente. Para los pobladores del bosque ecuatorial aquel espacio fluvial, lleno de poder y de fuerza, fue el creador del mundo, de su mundo, porque atraviesa de parte a parte la región continental guineoecuatoriana.

Para los pueblos del país fang, el río Uolo es la espina dorsal, el elemento superior de la naturaleza que diseña su cosmovisión, distribuyendo la geografía de sus étnias: los ntumus en el norte y los okacs en el sur. Las cataratas del Sendje, configuran el límite natural entre el mundo del litoral playero y el mundo del bosque fang. Sendje es el punto de anclaje y lugar de encuentro donde se asiste a la entronización armoniosa, entre el ensalmo del mundo ndowe y el hechizo del universo fang por mediación del río Mbini. Según la leyenda, en Sendje, junto a las cataratas del río, hay un lago escondido en un islote del Uolo, que es un gran polo de gravitación esotérica del universo riomunense.

Se cuenta en el país riomunense, que el destino de Guinea está sujeto y subordinado a la voluntad ancestral expresada por consenso por los espríritus reunidos en asamblea permanente en el fondo del lago. Conocedor de los principios más ocultos que rigen la configuración del universo africano y su realidad esotérica, Ñangüe envió a la ninfa encinta, al lago encantado de Sendje, para su entronización y reconocimiento por las esferas más allegadas del poder ancestral, que emana de la asamblea soterrada

de la alianza de poder contraida por los pueblos de la estirpe bantu, en defensa de la soberanía de las tierras de su dominio. Allí, sola entre los muertos, Matinga, la hija de Bolondo, presentó al pueblo reunido el fruto africano de su vientre.

Después que hubo hablado Ondó Ncun, muchos interrogantes empezaron a encontrar respuestas en la ofuscada mente de Ñangüe. El litoral riomunense, desde Mbini hasta Campo, siempre había sido el dominio de los dos partidos más importantes del período preindependentista, el Munge de Ondó Edu, el partido de su rival Ngulampanga y el Monalige, de Ndongo Miyono que él mismo animaba.

El Munge tenía mucha más aceptación en la población guineana por su mensaje pacífico, su ideología misionera de redención y por las funciones de su líder como presidente del gobierno autónomo. El Munge era el partido de los notables y de los católicos. Mientras que el Monalige integraba a cuadros nacionalistas y se presentaba como una fuerza de contestación contra el órden colonial. El Monalige atraía a la clase más dinámica y progresista de la sociedad colonial guineana. Pero los dos partidos presentaban exactamente el mismo programa de gobierno: crear un Estado moderno integrador de todas las capas de la población guineana, incluida la clase dominante de los colonos blancos. Por eso, durante las elecciones por el referéndum constitucional, los dos partidos hicieron campaña conjuntamente pregonando y apostando por el Sí, apoyando el voto a favor del texto constitucional presentado y elaborado por el poder de Madrid.

En tanto que Macías y sus seguidores pedían votar No a la Constitución, que representaba un pacto de mutua concordia con España. Meses después, en las elecciones presidenciales, muchos que habían votado por el Sí esperaban lógicamente una alianza entre Ondó Edú y Ndongo Miyono, pero no fue el caso. Atanasio pidió descaradamente que sus seguidores votaran a Macías en la segunda vuelta.

Ñangüe recuerda que muchos atanasistas lo hicieron a regañadientes, él mismo y su familia votaron al candidato presentado por el Munge y aquel día hizo las paces com Ngulampanga, pero ya era tarde. Ahora comprendía perfectamente el cálculo individual de Atanasio, cuya única ambición era llegar al poder, aún a costa del sacrificio de los demás.

- ¿Qué dice Saturnino? - preguntó a Felipe.

- Saturnino Ibongo, respondió éste, siempre hace lo que le dice Atanasio. Ibongo es un intelectual que han traido a la política. Un intelectual en política, es siempre un hombre perdido. Ibongo es el portavoz de Atanasio, sin más ni más.

Por primera vez en su vida, Ñangüe pudo medir buenamente el alcance de sus límites. Lo que él conocía de Guinea concrétamente, era el litoral riomunense. Lo que él sabía hacer, era animar aquellas comunidades que abarcaban al pueblo ndowe y las tribus fang y bisió que vivían en la costa. El era el guardián de este modelo de sociedad, que practicaba la armonía entre todas las tribus que vivían en la playa guineana. Durante el dominio de los blancos él siempre había favorecido el entendimiento entre los guineanos. Ahora se planteaba otra problemática, con mecanismos complejos, cuyos resortes no estaban a su alcance.

En tiempos coloniales, él iba a ver a al administrador blanco, a su amigo Godoy, pero ahora no sabía a quién

dirigirse. El sabía lo que quería el hombre de la costa, pero ignoraba las aspiraciones legítimas de un ntumu del norte, la visión de un fang de Evinayong, el planteamiento de un bubi de Fernando Póo, nunca se había encontrado con un annobonés con quien le decían compartían un mismo destino nacional.

En aquellos momentos de amargura, de impotencia y de incapacidad, Ñangüe quiso de inmediato el regreso de la madre patria España. Pero era una tremenda contradicción y traición a su propia acción y al activismo de toda una vida. Él mismo había dado parte de su vida para la independencia y la libre autodeterminación de su pueblo.

Él, Ñangüe, había participado en muchas reuniones secretas, había asistido a inumerables ceremonias esotéricas; a veces vertiendo sangre en la selva virgen, para liberar aquellas tierras del imperio colonial. Para ello, él mismo había formado a una generación de hombres, jóvenes preparados, cultos, dinámicos y prestos para tomar las riendas de la nueva nación naciente.

Cabilando, el hombre de la playa empezó a darse cuenta del drama colonial y de la comedia de la independencia. En Guinea los que lucharon por la independencia, habían cogido como rehén a toda la población africana. ¿Qué legitimidad tenía un líder político oriundo de Rio Muni, para decidir sobre las aspiraciones del pueblo bubi, en la isla de Fernando Póo?; tanto la población, como la clase dirigente, querían mantener sus lazos muy estrechos con España.

Habián visto lo que pasaba en Congo belga y no querían pagar con sus , una mísera independencia negociada por unos dementes salidos de Rio Muni cuya única ambición era ocupar el puesto de los blancos. Durante el período colonial, él había vivido varios

cambios políticos ocurridos en España, pero siempre observaba que los motivos que animaban a las partes en pugna eran sobradamente válidos, fundados y cada formación política defendía unos ideales concretos que nada tenían que ver com intereses tribales. Pero él, en Guinea, sabía sobradamente que un habitante del litoral riomunense siempre le obedecería, aunque le mande tragar mierda, siempre le seguiría porque era de su estirpe.

A partir de esta experiencia personal ¿Qué derecho tenía él, Ñangúe, para embarcar a toda su comunidad en un destino común con gente que era extraña a su tierra del litoral riomunense? El ndowe conocía perfectamente al español, estaba acostumbrado a vivir con el español, y nada tenía que ver ni con el annobonés, ni con el bubi, ni mucho menos con el fang del interior. ¿Como se podía imaginar que identidades tan dispares y alejadas geográficamente pudieran constituir una colectividad con intereses comunes?

Aquel día el ndowe lloró amargamente, los políticos guineanos habían traicionado a sus pueblos, la independencia iba a ser un gran desastre, una eterna cárcel para los pueblos de Guinea Ecuatorial. Al ndowe se le presentó con toda lucidez la gran paradoja de la libertad guineana, porque precisamente el acto fundador, el elemento integrador, el único denominador común, el lazo entre todos los pueblos del nuevo Estado africano se llamaba España. Pieza clave en la constitución geográfica del nuevo país, Guinea era una creación artificial forzada. Una salida brusca de España y aquella agrupación humana ya no tendría la misma realidad ni legitimidad, aun en nombre de los sagrados principios de autodeterminación. Justamente, ningún pueblo de Guinea Ecuatorial obtuvo su libre determinación en el proceso de la independencia.

La jóven generación, flor y nata de la sociedad guineana, que él mismo había embarcado en la aventura de la independencia, le pedía ahora resolver la nueva situación creada. Eran hombres con carreras, casados con familias, tenían hijos y eran buenos padres de familia. Todos tenían miedo por sus vidas, temían la independencia, el nuevo Estado les atemorizaba, no sólo porque ignoraban sus inusitados resortes, sino porque empezaban a experimentar en su propia carne la terrible realidad que vehiculaba: la lucha por el poder.

En aquellos días, en todo el continente parecía que la senda de la libertad conducía a los africanos a los enfrentamientos armados, a una lucha sin cuartel, al caos; guerras en Biafra, matanzas en Congo Belga, luchas en Mozambique, sublevaciones en Argelia, masacres en Kenia. Incluso se hablaba entonces del levantamiento de los buitres del Kilimanjaro, que se habían vuelto caníbales sembrando temor y espanto entre los Massaï, genuina población de vida bucólica que practicaba el pastoreo en las laderas del gran monte. Y los disturbios se multiplicaban en el resto de Africa, con la desaparición de las principales figuras del continente en muertes misteriosas, crímenes y asesinatos; Lumumba en el Congo, Olympio en Togo, Balewa en Nigeria, Leon Mba en Gabón, Ruben Um en Camerun. Apenas levantado el yugo colonial la sangre ya corría en la selva africana.

- Bueno, necesito tiempo, dijo finalmente Ñangüe, prepararme un encuentro con el comandante de la Guardía Civil, para mañana por la mañana.

- No, es imposible, cortó Felipe Ondó Ncun, lo que podemos conseguir es una audiencia con el cónsul general de España.

El joven funcionario explicó, al asustado Consejero de la República, que la Guardía Civil en Guinea acaba de cambiar de estatuto. Esta también era una medida cautelar postindependentista. En la constitución guineana, aprobada durante el referéndum, se contemplaba que las antiguas fuerzas coloniales, incluida la Guardía Civil, continuarían ejerciendo las mismas funciones de mantenimiento del orden público. Pues, por decisión unilateral del embajador español, la guardia española integrada en el nuevo cuerpo de ejército nacional guineano, había pasado a tener un estatuto independiente desligado del Estado Mayor guineano, como Fuerzas Armadas Españolas Estacionadas en Guinea (FAEEG).

- Ya no pueden intervenir en nada tocante a la situación interna guineana. Por otro lado, siguió explicando Ondo Ncún a Ñangüe, si vamos al campamento de los españoles eso alertará a los agentes de Macías. También olvidaba este detalle. Existe actualmente en Bata un molesto clima inquisitorial. Todos los que votaron a Macías, se consideran en todas partes como si fueran los dueños de la nueva república, ignorando que sólo se trataba de una competición electoral democrática y libre. Ya no se considera que los demás guineanos, los que optaron por Ondó Edú, también tienen igual derecho en la nueva república. La Juventud en Marcha Con Macías, ha tomado la calle y se comporta como una policía paralela. Esto es lo que hay, ya estamos en Congo Belga.

Con éstas alarmantes palabras de Felipe Ondó Ncun, se dió fin a la reunión de Ukomba. A la mañana siguiente, Ñangüe fue presentado al cónsul general de Bata. Antes de la independencia aquel funcionario era secretario general del gobierno civil de Bata. Era oriundo de Málaga, padre de cuatro hijos todos nacidos

en Guinea, su mujer era una benga de Corisco. En su vida nunca se preocupó de la eventualidad de una posible independencia guineana y sus consecuencias en el seno de su familia. El malagueño, que era también yerno de Ñangüe, recibió al playero con mucha naturalidad y familiaridad, como si nada hubiera cambiado entre el doce de octubre de 1968 y el 22 de diciembre del mismo año. El único cambio que aceptaba el español era su mudanza, tuvo que ceder su despacho de la gobernación e instalar el consulado en su propia residencia al lado del mar, cerca del edificio del viejo Dumbo, en una casa señorial del típico estilo colonial batense.

- No se preocupe don Gregoriano, le dijo a Ñangüe a modo de saludo, las cosas volverán a su cauce normal -. Ñangüe ganó su nombre de Gregoriano en Mbini durante la primera gran misa cantada que celebró el obispo Nzé Abuy en su ciudad natal. El coro de las monjas oblatas de la parroquía acompañó la solemne celebración cantando en latín el canto gregoriano. Desde aquel día Ñangüe se hizo llamar Gregoriano, en honor del ritmo celeste que tanto le impresionó durante el santo oficio. El malagueño, un hombre muy voluminoso, sudaba a chorros y así también hablaba:

- Claro que la gente sensata no puede dejar mandar a Macías, es un loco de atar: ¿Adónde vaís con este furibundo? Dime. Nosotros los blancos siempre hemos dicho, que vosotros los negros no sabeis lo que quereis: queríais la independencia, pués aquí tenéis la independencia. Queríais también un jefe negro, adelante, concedido, uno de color. Cogeís todo y lo dejaís en bandeja en manos del menos dotado de vuestra élite y, a su lado, colocáis al más ambicioso de vuestros políticos ¿Qué esperabais, que iban a salir rosas en un lirio? No. Claro que no. Cierto que habrá

flores, pero en el camposanto, por lo menos yo lo veo así. Lo veo muy claro.

El malagueño sudaba a chorros y no dejaba de hablar, rezumando todos sus sentimientos defraudados. Continuó:

- Y desde su llegada, ¿qué ha hecho Macías por los guineanos? Nada. Son sus seguidores los que se han hecho con los puestos más relevantes del nuevo Estado. Normal. Pero vuestro flamante jefe se ha ganado también varios enemigos, en tan solo dos meses de ejercicio, un récord. Ha indispuesto a Francia, anulando los vuelos de la Cruz Roja internacional que salían de Santa Isabel para Biafra. Esos vuelos llevaban provisiones, medicamentos, pero también hombres y material bélico procedentes de Libreville. Era el apoyo de Francia a la secesión nigeriana. Como los franchutes se han picado, han comunicado a vuestro excelente ministro de Asuntos Exteriores, que hay un centenar de hombres en armas en paro en Gabón. Ndongo Miyono piensa darles trabajo en Guinea dentro de poco, pero le falta dinero a este pobre hombre. Porque el jefe de los hombres que esperan en Gabón, un tal Gilbert Bourgeud, alias Jean Maurin, que todos llaman Bob, de sangre francesa y cabeza de katanga, pide un millón de dólares para dar un beso a Macías. Sí, un buen beso, como el de Judas a Cristo, un beso que le lleva a Macías a la vida eterna. Yo siempre he dicho que los judíos son buena gente, saben dar besos. Mira lo que hacen los judíos de Palestina con los pobres árabes del desierto, unos buenos besos de rechupete y aqui no ha pasado nada. Sí, es verdad, como en la santa biblia. Yo sé todo esto, porque en Madrid se ha desbloqueado este medio millón para la operación, pero también desde Madrid se ha llamado a Macías para prevenirle que su cabeza de turco, yo diría mejor de negro, vale

medio kilo. En fin son cosas de negros, entre negros y como te decía al comienzo, todo volverá a ser como antes. Antes de la llegada de los blancos, antes del período colonial. Os matareis entre vosotros mismos, ya no habrá colonia, no hará falta, habrá matanzas y cautiverio. Después pedireís otra vez a gritos la presencia blanca en vuestras tierras de Africa. Lo único que me jode es el precio tan alto por la cabeza de Macías, un coco de loco no es para tanto ..."

El joven funcionario español que tenía por nombre Antonio Casado, era una más de las numerosas víctimas que la ola de la independencia guineana iba arrastrando en las aguas de su reciente y cautiva historia; casado con una benga de corisco, el hombre de Málaga nunca pensó en su vida que tal acontecimiento iba a quebrar la unidad de su núcleo familiar. Él era español y su mujer era guineana. Un lazo que la historia venía a cortar brutalmente, convirtiendo su pareja en dos seres distintos, en dos entidades antagónicas, situadas en dos esferas diferentes. Esta era también la tragedia colonial, familias enteras enfrentadas entre dos mundos diametralmente opuestos, entre Africa y Europa, entre el orden colonial que se iba y el nuevo poder nacional que emergía. Muchos españoles que habían nacido en Guinea, al igual que sus propios hijos, muchos que habían construido su hogar en el seno de la selva africana, tenían que volver con las ollas a Egipto hacia Europa, una tierra donde ya no tenían ningún arraigo.

Cuando Ñangüe y Ondó Ncun salieron del despacho del cónsul español, el hombre de Ndote se sintió sin fuerzas y desesperado. Por su parte Ondó Ncun se arrepentía de haber llevado a Ñangüe al despacho del sarcástico consul español. Sin embargo los dos convinieron en que el resultado de la entrevista

había sido muy positivo: el español les había proporcionado informaciones confidenciales de primera mano, de capital importancia, que les podían servir para remediar la situación. A falta de prueba, sabían por lo menos que Atanasio estaba preparando un golpe, sabían que Macías estaba al corriente de los preparativos de Atanasio, sabían que un contingente de mercenarios manipulados por Francia esperaban en la frontera gabonesa, sabían también lo que pasaba realmente en Guinea desde el día de la independencia, sabián por fin que el Estado español esperaba tranquilamente el desenlace de las luchas fratricidas, para un triunfal regreso a la ex colonia como única solución para los guineanos. Los dos líderes victoriosos de la libertad guineana se preparaban para el enfrentamiento final. Un solo gallo tenía que quedar cantando en Guinea al final de la pelea. El poder de Macías estaba solidificándose día a día, preparándose para toda eventualidad. Como siempre en Guinea, la sangre se iba a derramar en la selva.

- Tú sabes, dijo Ñangüe a Ondó Ncun, éste cónsul no es nada malo, es un verdadero hijo de Guinea, quiere profundamente a éste país y está desesperado por lo que está pasando, por eso habla de esa forma. Yo estoy viendo, que todos los componentes explosivos están reunidos para un derramamiento de sangre. Habrá sangre en la selva.

Los dos hombres convinieron que sólo el gobierno español, con su intervención en el marco internacional, podía evitar el drama que se gestaba en Guinea. Y las dos personalidades guineanas con cierta credibilidad ante los españoles, eran dos en aquellos momentos: el obispo Nzé Abuy, y el rival de Macías batido en las elecciones presidenciales, Bonifacio Ondó Edú. Los dos hombres estaban en Bata en aquellos

días, Ñangüe propuso ir a verlos él solo. Felipe asintió: juntos era peligroso.

Cuando se separó del jóven ejecutivo guineano, Ñangüe, camino del obispado de Bata, recorrió un buen trecho del paseo marítimo, en el horizonte costero. A lo lejos en Punta Mbonda, divisó una acumulación de inmensas nubes, presagiando una tormenta tropical. El ndowe aceleró el paso y llegó a la sede de la diócesis de Bata. El jóven obispo le recibió inmediatamente. Al contrario que el temperamento del malagueño, el jerarca católico era un hombre muy reservado, impenetrable, con gestos comedidos, conmesurado y afable. El vicario apostólico de rio Muni estaba perfectamente informado de lo que estaba pasando. Ya había alertado a sus superiores pidiendo incluso una discreta intervención de la Santa Sede. Por toda respuesta había recibido una orden formal del general de su congregación en Madrid, instándole a abandonar rápidamente el país, porque su vida estaba en peligro. A lo cual él se había negado indisponiendose con sus superiores. El prelado guineano, también compartía la idea de una acción del gobierno español, pero mediante mecanismos internacionales, porque toda iniciativa directa de Madrid hacia Guinea, sería interpretada por Macías como una agresión. Puntualizó Nzé Abuy, quien contrariamente a lo que se podía pensar, conocía perfectamente al personal político guineano. Expresó su profunda preocupación por la situación creada y esperaba el regreso de Atanasio de su gira por el extranjero para pedir explicaciones, Ndongo Miyone era su paisano y fue su condiscípulo en el seminario.

El encuentro con el obispo, alentó al hombre de Ndote y le dió nuevas esperanzas. Quien sin perder tiempo, en una carrera contra reloj, y en un intento

desesperado para evitar una tragedia para su pueblo, fue corriendo a ver a Ondó Edú; pasando por un atajo que había desde el obispado de Bata hasta el instituto Carlos Lwanga. Este atajo, pasaba por donde residía habitualmente el ex presidente del gobierno autónomo, cuando se encontraba en la capital litoral. En la residencia del antiguo candidato a la presidencia de la república, encontró a mucha gente atareada en empaquetar bultos y transportar maletas. En el patio había un coche, un Land Rover Santana largo que estaban cargando equipaje de viaje.

- ¿Qué pasá? - preguntó asustado Ñangüe al mismo Ondó Edú que vino a su encuentro.

- Pues que abandono el país. No quiero que se me involucre en nada. Los guineanos no me han votado, han elegido a los dirigentes que tienen ahora, pues a estos hay que dejarles gobernar. Entre tanto yo me largo de aquí.

- Si precisamente quería verte, presidente.

- No me llames presidente, dijo Ondó Edú disgustado, tú sabes lo que está pasando ahora Ñangüe. ¿Cuántas veces yo vine a Río Benito, cuántas veces vine a hablar en tu pueblo? Advirtiendo a la gente, casi implorando por vuestro bien. Al final nadie me ha escuchado. Yo perdí las elecciones y ahora todos vosotros lo estaís sufriendo y llamaís otra vez a don Bonifacio. Yo me retiro de este infierno durante unos años en el extranjero, viendo cómo gobiernan juntos Macías y Atanasio.

- Por eso venía señor presidente, para que puedas servir de mediador entre los dos. No sabemos lo que pasa, pero esta independencia la habeís obtenido los tres, soís hermanos, cada uno tenía derecho a postular la presidencia y aliarse con quien le daba la gana. Pero os incumbe, a cada uno de vosotros líderes guineanos, por tanto héroes de nuestra

República, asumir hasta las últimas consecuencias el proceso que vuestra acción política ha desencadenado. ¿Ahora que te vas de Guinea, has pensado en la suerte de miles de seguidores que te votaron y se quedan? Cuando ocupabas la presidencia autónoma, te quedaste ahora que no te han votado te vas, este no es el comportamiento de un político de tu talla.

- Ahora que has venido a verme, mi querido Ñangüe, tengo que decirte que tengo muchos más motivos para salir de Guinea lo más pronto posible. De nada sirve, ni para mí, ni para mis seguidores, ni para el pueblo de Guinea Ecuatorial, que yo me quede aquí y me deje degollar por los dos sabuesos que habéis puesto al frente del país. No. Yo me voy al exilio, porque estoy convencido de que éste pueblo se merece un futuro y una esperanza. Y yo sigo albergando esa esperanza en el futuro, para con mi pueblo. Yo sé a que has venido. Aquí no puedo hacer nada ni por mí, ni por Atanasio, ni por Macías. Todo tipo de iniciativa que yo pueda tomar ahora, sería interpretado por Macías como un intento de recuperación del poder, y como es un hombre loco puede hacer cualquier cosa. Saliendo del país contribuyo a calmar la tensión que se ha creado. Voy a Madrid, pasaré por Libreville, tú tienes familia en Owendo. Tu primo hermano que vive allí, siempre me invita a comer cuando estoy en Libreville. Nos encontraremos en Beyoc (apelación íntima de la capital gabonesa en fang), la próxima semana. Ven a buscarme en la antigua residencia particular de Leon Mba. Tu primo Ikaka sabe dónde está.Yo ya he hablado con los españoles, muchos de ellos están detrás de todo esto, pero yo sé que si llego a Madrid, puedo evitar un derramamiento de sangre inútil.

Poco después, llegó el Mercedes del dirigente político; antes de subir al auto Ondó Edú, con los ojos

llenos de lágrimas, abrazó largamente al hombre de Ndote. El coche negro del ex presidente del gobierno autónomo desapareció. Fué la última vez que Ñangüe vió a Ondó Edú con vida.

Una semana despúes Ñangüe llegaba a Libreville para su ir a su cita con Bonifacio Ondó Edú. Para el hombre de Ndote. Viajar a Libreville era lo mismo que viajar a Bata, es más, la costa gabonesa, desde Cocobeah hasta el Ogüe estaba poblada por los mienes, los primos de los bengas corisqueños. Cuando Ñangüe llegaba a la capital gabonesa, se iba a Owendo donde vivía su familia dedicándose igualmente a la pesca. En la cita con el antiguo presidente autónomo, el hombre de Ndote hizo su trayecto marítimo habitual. Salió de Ndote por la mañana hizo una parada en Calatrava, pueblo benga, donde viven también sus primos, alli almorzó con ellos y no volvió a parar hasta su destino.

Ikaka le acompañó a la morada del que fuera primer presidente de la república gabonesa, Leon Mbá, muerto en París, un año antes de la independencia guineana. En vida, León Mba, oriundo de Acurenam, había sido el tutor y padre espiritual de Ondó Edú. En su residencia les recibió el secretario particular de Ondó Edú, que les informó que tres días antes de su llegada a Libreville se presentaron en la residencia, miembros de la policía francesa que le llevaron para un simple interrogatorio sobre la situación en Guinea. Después se enteraron que los franceses habían conducido a Ondó Edú al campamento militar general De Gaulle, situado cerca del aeropuerto de la capital gabonesa. Dias después, con el consentimiento del gobierno de Madrid, París envió un avión militar donde el líder guineano fue embarcado a la fuerza, bajo la custodia de miembros de la seguridad gabonesa, rumbo a Fernando Póo, hoy Bioko.

Ñangüe creyó perder el juicio al enterarse de los hechos. Hasta entonces había dudado de la veracidad de las intenciones de Atanasio; el secuestro de Ondó Edú en Gabón ponía de manifiesto el peligro inminente que se cernía sobre el pueblo guineano. Ahora estaba convencido que el peligro venía de Atanasio Ndongo Miyono. Sólo Atanasio era capaz de convencer a los blancos y organizar una acción diplomática de esa envergadura, no era Macías. Organizar la extradición de una personalidad como Ondó Edú desde Gabón, era una obra maestra digna de Ndongo Miyono. Tanto el gobierno francés como el sucesor de Leon Mbá, Albert Bongo, todos odiaban a Macías. Si el poder gabonés consintió en hacer aquel «regalo» a Macías, aquello había sido obra de Atanasio, que era entonces un superministro de Asuntos exteriores, quien, en sus planes, consideraba a Ondó Edú, mucho más peligroso que Macías.

Aturdido, habiendo recibido un tremendo golpe psicológico, Ñangüe regresó tambaleando a Owendo. Se le iba la vida, se esfumaban los sueños de la independencia tanto tiempo añorada. Desde su entrevista con Ondó Edú en Bata, la situación se había degradado notablemente en Guinea, los incidentes se multiplicaban, enfrentamientos entre blancos y negros, guineanos y españoles, seguidores de Macías y militantes del Munge el partido de Ondó Edú. Un accidente de tráfico, en el que resultó implicado un camión militar de la Guardía Civil española, provocó una verdadera batalla callejera en Bata. Muchos colonos, pacíficos agricultores que vivían en sus plantaciones de la selva, tuvieron que ser evacuados ante los repetidos ataques y actos vandálicos protagonizados por miembros de la Juventud en Marcha con Macías. El personal europeo de las grandes instalaciones de las empresas agrícolas y madereras

había sido evacuado. En Mbini la actividad económica estaba paralizada. Los patios de Alena, Garrita, Juan Jover, Izaguirre, Sendje y Fortuny se habían quedado sin personal. Los buques que fondeaban en la desembocadura del río Benito, se encargaban de llevarse a los europeos para evacuarlos rumbo a España.

Por primera vez en su vida, el militante playero se dió cuenta de la terrible realidad del hombre enfrentado a su propia creación. Nangüe nunca luchó por la libertad, nunca luchó por los hombres ni combatió por la fraternidad humana, su acción siempre se orientó hacia la conquista del poder, la independencia no significaba la libertad, ni para el guineano autóctono ni para el blanco español, la independencia era la creación de un nuevo poder, el Estado.

Un poder nuevo en Africa, que se manifestaba con todos los atributos y componentes inalienables de todo poder: la fuerza, la violencia. El Estado tenía su propia lógica, implacable, inexorable, soberana, ajena a la voluntad de los hombres, ignorando sus raíces fang, ndowe, bubi, bisio, annobonés; todos cortados de cuajo y metidos en la olla guineana. El poder, todo poder, se impone con sangre. El poder del Estado llegaba a la selva africana. Una carnicería.

De regreso a Owendo, el estado de Ñangüe se empeoró considerablente. Sus familiares le metieron urgentemente en la barca y le llevaron a Ndote. Al cruzar el estuario del Muni, la barca de Ñangüe fue blanco de los tiroteos de la guarnición de Kogo. Aquellos días, los soldados guineanos, abandonados por sus oficiales españoles, vivían en la ansiedad de un inminente desembarco de mercenarios y tenían los nervios a flor de piel.

Al llegar a Ndote, la gente del poblado, como presintiendo el estado de su patriarca, acudío a la atalaya del poblado. Allí estaba Matinga, esperando la barca de la muerte. Ñangüe ya no podía andar y durante el trayecto había perdido tres veces el conocimiento. Le llevaron rápidamente a una de las habitaciones de su gran morada y alli se precipitaron todos los curanderos de su comarca. En su lecho, antes de expirar, el patriarca ndowe pidió a la hija de Bolondo el relato de su peregrinación a Sendje. En Sendje su nuera fue también su mensajera para preparar su llegada al mundo de los muertos. Ñangüe, antes de su muerte ya conocía el lugar que iba a ocupar en la alianza de los pueblos, la asamblea ancestral que desde el mundo oculto dirige los destinos de Guinea.

Cuando llegaron a Sendje, Matinga y su acompañante fueron en busca del curandero, que era el guardián del lago de los espíritus, el hombre que custodiaba el lago de Sendje. Llegó éste y sin perder tiempo cruzaron el río y se trasladaron al lugar del lago donde se encontraba el la cabaña de los ritos.

A medianoche comenzó la ceremonia. Revestido de todos sus poderes nocturnos, el curandero se dirigió a Matinga para explicar a la joven el sentido profundo del ceremonial esotérico:

" Fuiste enviada por los ancestros, para repoblar este país que va a perder a muchos de sus hijos en los años sangrientos que se avecinan, como precio por su independencia. De pueblo en pueblo, año tras año, tu sangre de ninfa ha germinado el suelo de nuestra tierra. Por tu labor, nuevas generaciones han nacido para apagar mañana la hoguera encendida por el drama que hoy se gesta en nuestra patria guineana. Llevas en tu seno el fruto de nuestras esperanzas,

porque el padre de tu criatura vela por él desde las profundidades marinas. Hoy te liberan los espríritus para que puedas volver a la isla junto a tu madre en Corisco. Allí cuidarás a tu criatura, que será también el nuevo hombre de nuestro pueblo africano que avanza allende los mares.

A continuación, llevaron desnuda a Matinga a una cueva camuflada bajo las cataratas, donde la metieron en un recipiente lleno de agua del lago donde habían vertido también líquidos vegetales y principios activos sabiamente elaborados por las experimentadas manos del hombre del lago. El curandero le hizo beber un brebaje, no sin antes mezclarlo con la yema de seis huevos de pato silvestre. El compuesto hizo su efecto y Matinga cayó en trance, iniciando un largo " viaje" hacia el mundo de los muertos. Allí le contaron la historia de la vida de su padre.

Su padre se llamó Mecheba y fue uno de los primeros alumnos de la escuela de artes y oficios de Bata. Amante de la justicia y de la libertad, Mecheba fue uno de los primeros en hacer sonar la piedra de toque que despertó al continente africano en los albores de los años cincuenta. Mecheba fue todo un símbolo en la gestación de la lucha por la independencia guineana. Jóven combe de Bolondo, insumiso contra el órden colonial, el militante nacionalista fue encarcelado en Mbini y desterrado en las plantaciones de Fernando Póo por haberse negado a trabajar gratuitamente los sábados para la administración colonial. Mecheba fue desterrado por el éxito de su creciente actividad política.

Los sábados, los pueblos vecinos a las cabeceras de los distritos estaban obligados a enviar a los "indígenas" a la ciudad para efectuar trabajos domésticos para el personal europeo que componía la administración española. A las mujeres de los

poblados también se les obligaba a llevar parte de las cosechas de sus plantaciones, comida para los soldados de la armada colonial. Si alguna de las doncellas era del gusto del administrador colonial y de su séquito, se quedaba a pasar la noche en su casa, sin más ni más.

Cuando detuvieron a su padre, su madre estaba embarazada de seis meses y soportó muy mal la separación de su marido. En Fernando Póo, el padre de Matinga encabezó otra vez una insurrección de obreros de la isla, que protestaban por las condiciones inhumanas de trabajo a que les sometía el sistema colonial español. Fue la primera víctima de la violenta represión que se desencadenó. El padre de Matinga murió el mismo día de su nacimiento. Se dijo que su espíritu atravesó los mares para contemplar el nacimiento de su progenitura . Para ello, tuvo que aceptar que los ancestros utilizaran el cuerpo de su criatura para repoblar el espacio playero, para paliar las bajas causadas por el período colonial y prever también el derramamiento de sangre que tendría lugar después de la independencia. Los espíritus aconsejaron también llevar a la madre de Matinga a su isla natal de Corisco donde estaría a salvo, fuera del espacio de gravitación de las fuerzas, donde los espíritus de la tierra ejercían con la sangre de su hija. Su espíritu guardián, su mibili, no era otro que el cocotero que brotó a su lado el día en que ella vino al mundo.

Por la mañana Matinga salió de su trance y el curandero le preguntó lo que había visto. Ella relató sin omitir detalle lo vivido en el mundo de los muertos. El hombre del lago le dío otra vez a beber un poco del brebaje y llamó a su acompañante para preparar el viaje de regreso, no sin antes prodigar a la joven algunas recomendaciones para su nueva vida. El

curandero anunció a Matinga la próxima muerte de Ñangüe.

- "Su espíritu acaba de ser recibido en el círculo de notables de nuestra Asamblea, le dijo, ahora tienes que regresar a Ndote, le traen moribundo de Libreville, te encargarás de sus funerales, le recomendó, por eso también él te envió a verme. Los demás ya le esperan en el fondo del lago".

La barca de Matinga reemprendió su camino hacia el mar. Aquella mañana, la ninfa de Bolondo ya era una mujer. Había ganado en una noche el pasado de toda una vida. Aunque muerto el día de su nacimiento, sentía a su lado a aquel hombre de espíritu rebelde, que se sacrificó en sus tierras contra la opresión colonial. Su padre fue un héroe. Le tocaba a ella honrar la memoria de aquel hombre al que nunca conoció y siempre presente en su mente. Desde entonces y hasta siempre se quedaría a vivir al lado de su madre en Corisco. En la isla de las arenas blancas. Matinga acarició suavemente el bulto frágil que se movía en su vientre. Al llegar a la desembocadura del Benito, miró hacia las playas de Bolondo, pensando divisar a lo lejos el alto penacho de su cocotero hermano; el guardián vegetal había desaparecido y en su lugar se levantaba una esbelta palmera, cuyas ramas se meneaban al viento en signo de despedida a la hija de Bolondo que salía de sus tierras. Dejando atrás el río Mbini como una estela en medio de la selva, su barca siguió avanzando lentamente hacia la mar inmensa.

Ginebra 2003 - Thonon 2006

OTROS TITULOS PUBLICADOS POR EDITORIAL MEY

Maasa Boleka y Remei Sipi
"La razón de un pueblo"
Remei Sipi
"La mujer africana-incasable creadora de estrategias"
Mbuyi Kabunda y VV
"Los retos del fin del siglo en África"
JM Davies
"Heroes"
Gerardo Behori Sipi Botau
"Sueños y realidad"
JM Davies
"Nsabi"
JM Davies
"El rincón de Polopo"
José Fdo Siale Djangani
"Autores Guineanos y expresiones literarias"
Varias Autoras
" El libro de paz de la mujer angoleña"
(Las heroínas sin nombre)
JM Davies
"La Última escalada"
JM Davies
"Recuerdos de anteayer"
Joaquín Mbomio Bacheng
"Matinga, Sangre en la Selva"